

Ercole Lissardi

EDÉN

*Para Ana,
mi esposa,
mi amor.*

MANDATO DE BÚSQUEDA

Salí de la modorra, que me pareció breve pero que en realidad duró casi una hora, con una sensación de mareo como no había conocido antes. Eyectado en el tiempo hacia el pasado, en un pestañeo viajé medio siglo: nos estábamos preparando para viajar a los confines de la Siberia, en las Antípodas, para conocer una flamante súper-estación meteorológica y de investigación espacial, pero todo lo que tenía en mente era decirte la verdad más simple y evidente que había en mí: Cuanto más te conozco, más te amo. Medio siglo hacia atrás, desde este cuerpo gastado que dormita por la tarde y que en realidad ni siquiera sabe si seguís viviendo. Medio siglo en lo que me pareció un pestañeo. Demasiado. Mareador. Desde la fuerza abrumadora de aquel sentimiento a este agotamiento del ser, a esta lenta capitulación final. Minutos largos tardé en volver en mí, en aterrizar, en recordar no quién soy sino dónde estoy, o sea, cincuenta años y pico después de separarnos, decepcionado, desengañado y solo.

Lagriméé, como un niño que ha perdido a su madre. Buscarla... ¡¿Buscarla?! Sí, y recordarle sus palabras, que nuestro amor estaba condenado a la separación, pero que volveríamos a estar juntos al final del arco de la vida. En lo que a mí concierne, me siento llegado al final. Buscarla, pues, y comparecer, presentarme a la cita así como estoy, pasado de peso, vencido en el alma y arrastrando este bastón al que me ha reducido, para desplazarme, la artrosis de rodilla. ¿No buscarla? ¿Puedo no hacerlo? ¿Y si el sentido de todo está cifrado en esa profecía, en el presunto reencuentro al final de la vida? ¿Ir en busca de reconquistar aquel sentimiento esplendoroso para redimir una existencia, la mía, que he llegado a juzgar sin sentido alguno?

Creí que se desvanecería lentamente en mi conciencia aquel portentoso retorno al pasado remoto, como acostumbran desvanecerse los confusos sueños de la hora de la siesta, que volvería a olvidar aquella sensación de plenitud del alma así como la había olvidado durante décadas. Creí que la olvidaría porque dolía como una puñalada, como una caída incesante en un abismo sin fin. Y que aquel proyecto demente de búsqueda, de reencuentro se empantanaría en mi descreimiento de cualquier

imaginación de un futuro que considero ya prácticamente agotado, y en la mengua inexorable, día a día, de mi energía.

...

Incapaz de dar el primer paso para buscarla, pero incapaz también de borrar de mi mente todo el asunto, a la variedad de angustias que venía padeciendo agregué la de comenzar a revivir con espantosa intensidad aquella felicidad tan absurdamente perdida y tanto tiempo olvidada. El manso pero incesante aluvión de recuerdos comenzó a emerger por entre el caudal cada vez más pobre de intereses y entusiasmos que alimenta mi vida de fulano llegado a la edad en la que ya no importa nada. Doloroso recordar que había vivido en estado de Gracia, fuera del Tiempo, en un Edén ganado sin mérito ni esfuerzo alguno, por el solo hecho de habernos encontrado, de habernos visto e instantáneamente habernos amado.

¿Cuánto duró el Edén? ¿Cuatro, cinco años? Todo el bachillerato y tres o cuatro años de Universidad. ¿Mil quinientos, dos mil días? ¿Más? La máquina de recordar se apoderó de mí, el horror de lo absurdamente perdido me crucificaba cada día, la supe capaz de desenterrar un recuerdo para cada uno de esos miles de días, y supe que no podría defenderme, que estaría entregado a esa tortura infinita, infernal. ¿Con qué se defiende uno de la memoria enfurecida cuando la mente y el alma están ya vacías, vaciadas por la decepción y por el desengaño, por el fracaso sin vuelta atrás y sin atenuantes a que nos ha arrojado la vida?

Desde el embotamiento comencé a comprender que la única salida de aquel laberinto de dolor, la única manera de protegerme de la angustia de recordar, era buscarla, ocupar mi mente y mis días en buscarla, en encontrarla si es que aún estaba viva. ¿Para qué, para recuperar lo perdido? No, tal cosa no podía ser sino imposible. Más bien para envenenar a la máquina de recordar, decepcionándome también de Irina, destruyendo mediante su real realidad, su vejez, su presencia marchitada, sus fracasos, su segura estupidización por la vida, esa idealización como Ángel de mi Edén. Recuperaría así la plenitud de mi vacío terminal, la espera de mi Muerte, espera estúpida como la de un animal en el matadero, pero que tendría ahora la ventaja de ya no doler más, de ya no esperar nada bueno ni malo, solo terminar y desaparecer.

...

La belleza de cada nuevo recuerdo que irrumpe inesperadamente en mi adormecida conciencia era como una puñalada que me revienta el corazón. No porque recuerde eventos extraordinarios. Para nada. No son más que instantáneas de dos adolescentes atrapados en un Edén de pura sensualidad. Porque nuestra relación estaba totalmente embebida en sensualidad, era pura sensualidad. Vagamente yo asumía que era así debido a mi naturaleza: mi avidez de sexo no tenía entonces, ni tuvo en toda mi vida, límites. Si a alguien alguna vez le di la impresión de tener algún otro orden de intereses, se equivocó. Nunca tuve ningún otro orden de intereses. Para bien o para mal nada más ha habido en mi vida que el deseo de sensualidad, de voluptuosidad. Mi cuerpo ha sido siempre una fuente inagotable de semen. Me desbordaba, me salía por las orejas.

Sin embargo, ahora, ya viejo, impotente hasta donde he podido comprobarlo, reflexiono, intermitentemente, sin picos de lucidez, como en borrador borroso, y me pregunto si sólo de mi naturaleza era consecuencia que nuestro Edén fuera un espacio fuera del espacio, y un tiempo fuera del tiempo, hecho de pura sensualidad. Porque al fin y al cabo ella, Irina, la chica más prolija, modosa y bien portada del mundo, la súper-inteligente, la primera y la mejor siempre en lo que fuera, bachillerato o universidad, la burguesita modelo, hija de una familia burguesa de clase media intelectual modélica si las hay, ella, en toda la eternidad de aquel Edén, siempre estuvo dispuesta a darme lo que le pedía sin palabras, apenas con un gesto, y su familia siempre aceptó que durante toda la tarde de todos los días excepto sábados y domingos el living-comedor de su espléndido apartamento se convirtiera en nuestro Espacio Edén sin jamás desconfiar, sin jamás abrir la puerta para ver qué carajos hacíamos tantas horas por día encerrados, como si, burgueses o no, suscribieran el credo según el cual los adolescentes tienen derecho a la intimidad sin control ni medida, convicción que hoy, medio siglo después puede ser compartida, aunque no confesada, quizá por la mayoría de las familias, pero que en aquellos tiempos, más de medio siglo atrás, en los años sesenta de la provinciana Montevideo -si hoy lo sigue siendo, imagínese entonces- era algo absolutamente impensable. ¿Qué era entonces su familia? ¿Perteneían a una de esas sectas, que desde siempre las ha habido, que rechazan cualquier inhibición de la sexualidad?

Así pues, me pregunto hoy si nuestro Edén era el producto sólo de mi naturaleza, de mi incontrolable avidez sexual, o si también, en sociedad,

era producto de su, digamos, ADN cultural. Irina nunca dijo no, fueran cuales fueron las circunstancias. Irina era exactamente la horma de mi zapato. Dado un momento y una circunstancia cualesquiera, o estábamos teniendo sexo o era inminente que lo tuviéramos, y ambos sabíamos perfectamente que era así. Yo estaba siempre al borde de la erección y ella, aunque no lo pareciera en absoluto, estaba siempre mojando la entrepierna de la bombacha. Nunca, nunca jamás, le toqué la entrepierna y la encontré seca. A cualquiera más lúcido que yo ese simple dato debiera de decirle sin duda alguna que la naturaleza absolutamente sensual de nuestro Edén no era exclusivamente consecuencia de mi naturaleza. A mí, apenas medio siglo después, bombardeado por los recuerdos, recién ahora, en esta terminal actividad de poner los puntos sobre las íes, recién ahora se me ocurre y lo veo con claridad.

Irina nunca tomaba la iniciativa, pero siempre estaba dispuesta, más que dispuesta, totalmente aquiescente, desde lo más secreto y escondido de su cuerpo. Y cuando a menudo con sólo un gesto le expresaba mi urgencia y mi exigencia, respondía de inmediato con los hechos, y poniendo en ello la concentración y el savoir-faire que ponía en todo, siempre. Savoir-faire, en lo sexual, insólito para su edad -quince años al empezar lo nuestro-, y para su inexistente experiencia en la materia. Ahora lo sé, pero entonces no tomaba nota de lo insólito, porque me parecía natural que, en mi privilegiada existencia, especialmente proviniendo de ella, la magia se diera en toda la dimensión de mis necesidades. Entonces, más que nunca después, hasta que no más en absoluto, me sentía como un príncipe, y como se sabe la magia está sobre todo al servicio de los príncipes. La magia sexual sobre todo, por supuesto. Me pregunto -y aunque la sola idea me maree, los puros hechos legitiman la pregunta- si, puesto que Irina era poco amiguera, y si -ni hablar- no consumía la pornografía repugnante, paleolítica y súper-ilegal de la época ¿de dónde sacó el savoir-faire impecable que derramó a manos llenas sobre mi agradecida humanidad? Y aquí viene la pregunta demente, con la que se aterriza directamente en la fantasía desmesurada, sin límites ¿habría sido su madre -bella mujer para mis ojos de hoy- la que le enseñó en detalle todo lo que hay que saber para dar placer sexual? El aluvión de recuerdos me llevará quién sabe a dónde si no encuentro con qué contenerlo, y ese con qué no puede ser sino buscarla, enfrentarla, reducirla a la medida de un ser humano común y corriente, darla de baja en tanto Ángel edénico.

De más está decir que, quinceañeros, nos conocimos siendo vírgenes. Si en mi naturaleza está la sed insaciable de sensualidad puedo decir que los años que compartimos, los años del Edén, viví en estado de beatitud sexual, enchufado a un ser que jamás me permitió padecer ni el más mínimo nivel de carencia en la materia. Eran los años en los que los más jóvenes, debido a la moralina dominante, vivían en la miseria sexual. Yo no, yo era el one and only, el privilegiado, lo cual me confirmaba cada día mi potencialidad infinita y mi carácter principesco. Algún vericuerdo de su ADN prescribía que es deber de la Mujer aliviar en todo momento las urgencias sexuales de su Hombre, pero estaba en su naturaleza asumir esa obligación en toda su dimensión de goce. No quiero pensar en cómo llegué a desear, o simplemente aceptar, separarnos. Si en el vacío de mis días dejara que el vértigo de pensar semejante absurdo me dominara, seguramente que terminaría por enloquecer, o por hacer más breve la espera del final. Sólo quiero decir esto: en mi vida jamás volví a conocer una plenitud sensual como la que tuve con ella.

...

Insensible y egocéntrico como era -la arrogancia se me fue mellando con los años- no por eso ignoraba las virtudes de su espíritu. Al contrario, su espíritu se me representaba como una arquitectura tan perfecta que sólo podría ser la morada de dioses. Pero yo creía, sin pensarlo en realidad, como algo obvio, que la espléndida fiesta de los sentidos a que estábamos sometidos era una forma superior del entendimiento y de la comunicación, algo que nos unía en la transparencia absoluta más de lo que podría unirnos cualquier otra forma de conocimiento. Y ella parecía, en su laconismo natural, compartir esta convicción. Así, en la embriaguez de la sensualidad supuestamente sin límites -que no era tal, por supuesto-, ignoré, dejé de lado aquello que también forma parte del ser, y que eventualmente pesa más en la vida que la fiesta de los sentidos. Y lo ignoré porque para mí, lo sé, nada pesaba ni pesa más que el Deseo. Pero para ella, por más aquiescente, sumisa, que se presentara en el teatro de la voluptuosidad, para ella cosas como el proyecto de vida, la búsqueda de status social, la unidad de objetivos y propósitos, la división de roles según el género -estoy hablando de cincuenta años atrás-, su necesidad de una imagen masculina fuerte, sólida, para la cual tenía el modelo de su padre, fulano culto pero hosco al punto que en todo aquel tiempo si bien nunca, que yo sepa, se pronunció contra nuestro Edén, tampoco, nunca, me

dirigió la palabra, para ella ese tipo de cosas eran importantes, mientras que yo, claramente, concebía la vida como un flotar a la deriva, vacío de ambiciones materiales, de status o de poder, convencido secretamente - hasta para mí, en el fondo- de mi superioridad respecto de mis congéneres en el plano de las esencias, como si en mi presunta hiperlucidez hubiera sido ungido con todos los dones para hacer nada con ellos, para regocijarme con ellos en la seguridad de que, a la larga -una larga sin plazo alguno- darían testimonio ante el mundo de mi superioridad, de mi divinidad podría decir.

Recibía pues, a manos llenas, el don de su sumisión sexual, dádiva espléndida que me hacía la más perfecta de las amantes que yo era capaz de imaginar, ignorándola en todos los demás aspectos de su ser, es más, ignorando las dimensiones secretas de su deseo, imponiéndole sin más las rutinas del mío. Debo decir que ella permitía que así funcionáramos, sin poner freno alguno a mi extremosa soberanía. Así era ella, introvertida, muy poco tendiente a explicitar las cosas, como si supusiera que, dado el indiscutible lazo amoroso que nos unía, todo lo demás, y sobre todo la manera de encarar la vida, nos sería dado -sin diferencia alguna- por añadidura. Así pues, en realidad de ella no supe nada, no vi nada, me contenté con imponerle mis modos y mis caprichos, actuando como si ella no fuera sino el clon de mi ser. En particular, no supe ver en su sumisión los pabellones secretos de su deseo. Y así la perdí. Podría decir que me aburrí de coger conmigo mismo, y ella se aburrió de no ser vista en su propia y particular identidad. Así fue. Ahora lo sé porque cercado por la marea incontenible de recuerdos y por la cercanía del final he terminado por ver la realidad de nuestra relación. ¿Demasiado tarde? No, apenas medio siglo después del aciago día en que nos separamos.

...

Pasaron los días y no remitía el regusto del sueño en que había vuelto a ser aquel y había vuelto a sentir el estupor de tenerla, de que fuera mía, de amarla. Bien o mal, pero amarla. ¿Qué le decía en el sueño? Cuanto más te conozco más te amo. ¡Triste compensación decirle en un sueño lo que no hubiera podido decirle cuando estábamos juntos, porque entonces ni siquiera me planteaba, como tarea de amor, conocerla! Pero ¿y si ella - que al fin y al cabo fue quien formuló la profecía, y por cierto que no era en absoluto alguien que hablara por hablar-, si ella ya me estuviera

buscando? Montevideo es una ciudad relativamente pequeña, y la mitad son pobreríos en los que no se le ocurriría buscarme, de manera que no sería tan difícil encontrar a alguien, a menos que ese alguien se estuviera escondiendo, que no era el caso, por supuesto. ¿Pensaría ella que yo pudiera estar buscándola? Uno o el otro bien podría ya no vivir aquí. De este país pobre y sin horizontes tantos se han ido... Yo me fui -y volví. ¿Por qué no se habría ido ella? ¿Y si ya no era ella más que polvo, huesos pelados, o cenizas al viento?

...

Noche espantosa. Arenilla en un uréter. Mareos. Vómitos. Dolor en el rincón derecho de la cadera. Reptar hasta el baño colgado del bastón. Cagué, con dolor, tras interminables minutos de batalla, de enfrentamiento entre dos voluntades opuestas e inquebrantables, un sorete tan grueso y duro que me hizo sangrar el culo. Casi me mata. Estuvimos mirándonos con rencor y cautela, como dos duelistas, pero me abstuve, y se abstuvo, de burlas o desafíos. Chapoteó en el remolino de agua, resistiéndose a su destino, pero todo lo que consiguió fue obstruir momentáneamente la cañería. Solo como estaba, hubiera llamado a alguien, a la Emergencia, a algún vecino o conocido, al sanitario, pero en algún momento había pisado por accidente al puto celular y no funcionaba. Lloriqueando, me entregué, como un huérfano de nacimiento, a una fantasía materna en la que Irina asumía el rol. Me acompañaría en este trance tomándome de la mano. Su serenidad me hubiera tranquilizado. Sus saberes me hubieran curado, como lo hicieron cuando -ella ya estaba en tercero de Medicina- tuve un conato de obstrucción intestinal. Me dormí, convencido de que al despertar la crisis habría pasado, con los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de viejo, incapaces de humedecer la piel marchita de mis mejillas. Me dormí pensando que tengo que encontrarla, así sea -y lo será, seguramente- lo último que haga en mi vida.

...

Decidí romper con la sensación de estar atrapado en la inmovilidad total - como en "La línea de sombra" pero no al comienzo de la vida sino al final-, o como si tuviera una gran piedra encima del pecho, o como si hubiera sido drenado total y definitivamente de toda energía. Por intermedio del portero compré un celular en la tienda de electrónicos que está justo

enfrente del edificio. En la Consulta de Guía de Teléfonos Fijos de Antel su apellido no figura. Claro está que hoy poca gente tiene teléfono fijo. ¿Se habrá ido del país toda la familia? Medio siglo no es nada, pero es mucho en escala humana, pueden pasar suficientes cosas como para que toda una familia decida irse de un país. Medio siglo en términos vitales es la distancia entre el final del comienzo y el comienzo del final de una vida. ¿Buscar en las redes sociales? Ni sé hacerlo ni estoy en ninguna red, y apostaría, dado su sentido de la privacidad y su desinterés por la sociabilidad -así la recuerdo-, que tampoco ella está en redes. Difícil de entender para la gente de hoy, pero pertenecemos a otro mundo, menos locuaz, mucho más lacónico, poco interesado en acumular contactos intrascendentes. Esto meditaba cuando de pronto -así me funciona a esta edad la memoria, grandes lagunas y chispazos inesperados- recordé el apellido de la familia del piso de arriba. Los milicos les mataron un hijo en Buenos Aires. De mi edad el chico. Un verdadero Cordero de Dios, un santo, se le fue la mano en el amor por los pobres de la Tierra. Según la Consulta de Guía esta familia seguía habitando el mismo apartamento. Me atendió un hombre cuya voz sonaba a mediana edad, un poco seco pero paciente y tranquilo, como resignado al deber de darle bola al prójimo. Le dije que había vuelto al país después de muchos años. Eso, en estas latitudes, significa o tiende a significar, que tuve que huir de la dictadura, cosa que no podría sino despertar cierta simpatía y solidaridad por parte de alguien a quien le mataron un pariente.

-En aquellos años -le dije- yo era muy cercano a la familia que habitaba el piso debajo del suyo -y le di el apellido de Irina-. Me gustaría saber qué fue de ellos.

-Yo no era nacido en aquel entonces -explicó-, de manera que lo que sé lo sé de oídas. El hijo mayor cayó y estuvo dentro varios años. Murió poco después de salir. Me parece que se mató. Los hijos menores se fueron a estudiar al extranjero. No sé dónde. Los padres murieron de viejos. A esos yo llegué a conocerlos. Gente muy bien, gente culta, y muy reservada, apenas se los veía en realidad.

Calló, como rebuscando en la memoria.

-Tenían una hija, que fue la que yo conocí.

-Sí, la doctora. Ella se casó. Vendió el apartamento. Y ahí sí, no sé más.

Quedé un largo rato digiriendo el producto de aquel primer intento. Visualicé la desintegración de esta familia a lo largo de los años y el abandono del nido original -el gran apartamento que cobijó nuestro Edén- como un animal herido que deja caer su caparazón por el camino. De pronto aquellos que sobrevivían en mi imaginación borrosos pero vivitos y coleando, o bien ya eran polvo o bien padecían la expatriación, e Irina, a quien recordaba sola y como esperándome eternamente en nuestro Edén, ahora descansaba, quitada de penas, a la sombra de un marido. ¿Tildaría el que eligió por marido los casilleros que yo había dejado en blanco? ¿todos? Sanatorios, velorios y entierros, y ella, impecable, haciéndose cargo de todo, ahora sí apoyándose en el hombre finalmente ideal, sólido y responsable. No me afligí por su desintegrada familia. Nunca significaron demasiado para mí, ni yo para ellos: un boludo sin pedigree que venía a robarles la joyita de la familia.

...

¿Cómo seguir adelante? Llamé, al azar de las páginas amarillas, a un investigador privado. Resultó ser un muchachote bien musculado, simpático y nervioso, incapaz de quedarse sentado un rato medio largo, como si sus amigotes lo estuvieran esperando en la cancha de futbol 5. Se mostró de inmediato confiado en el éxito de su gestión. Para él cincuenta años, efectivamente, no significaban nada.

-A piece of cake -decretó, en plan private eye, y al verme alzar las cejas con desconfianza, agregó-: Mire, si no toma en cuenta los barrios pobres, Montevideo es así de chiquito. Y toda la información referida al Estado está digitalizada. Es fácil encontrar a alguien, a menos que esté escondiéndose.

-Le aseguro que no es el caso -dije.

Le adelanté el dinero que me pidió -parte del que había ahorrado para comprarme un sobretodo, que ya no necesitaría: con las rodillas jodidas no había posibilidad de salir a tomar el fresco y caminar un rato. Le pedí que no se comunicara conmigo a menos que tuviera algo seguro.

...

POR VEZ PRIMERA

Nos conocimos en una actividad de Secundaria destinada a los mejores estudiantes de los liceos. Se trataba de la observación de un eclipse de sol desde el punto óptimo, ubicado en la ciudad de Pelotas, en el rincón más al sur de Brasil. Yo iba a un liceo de la periferia, sobrepoblado, con pésimas instalaciones, sin prestigio alguno, y estaba, además, lejos de ser el mejor estudiante de mi liceo, pero la directora -Dios la tenga en su Gloria- me designó para la actividad porque mi padre había muerto recientemente, y a ella le pareció que aquella distracción me haría bien. Irina, por el contrario, era la campeona de un liceo grande y prestigioso, el Zorrilla. Era una niña juiciosa, callada, de mirada huidiza pero inteligente y dulce, y sonreía con una sonrisa discreta, apenas aflorando en sus labios, como la de la Mona Lisa. Ya en el ómnibus no podía dejar de mirarla. Estaba sentado una fila delante y al otro lado del pasillo, por lo que podía verla con solo girar la cabeza. Y cada vez que lo hacía mi mirada se encontraba con la suya. Calculo que esa continua coincidencia fue lo que me dio la audacia suficiente como para pedirle al que iba a su lado que cambiáramos de asiento. En aquella época yo no era en absoluto audaz con las chicas -y después nunca lo fui, ni siquiera cuando las chicas ya no eran chicas. Las coetáneas vistosas, extrovertidas y aplicadas a seducir me amedrentaban. Les ponía cara de duro y sobrador y huía de ellas, como para demostrarles que no eran ellas las que me descartaban sino yo el que las descartaba, decidido a que se murieran de las ganas de tenerme a sus pies sin conseguirme, hasta odiarme, cosa que estoy seguro que lograba.

Me maravilla comprobar cómo a medida que voy escribiendo, narrando, los detalles afloran con total precisión e intensidad. Me pregunto si de todo lo vivido se guardan así, como encapsulados, los detalles. ¿Es, pues, posible revivir con total nitidez todo lo vivido? Siempre viví prescindiendo automáticamente del pasado, sin recordar, totalmente volcado hacia el futuro, como una especie de autodefensa contra los fracasos y frustraciones que iba acumulando, para mantenerlos a raya de modo que no puedan acosarme. La memoria en mi vida ha sido una capacidad ignorada, no utilizada, que ha funcionado per se, acumulando para nada los detalles de lo vivido. ¿No hice bien en vivir así? ¿No hice bien en

mantener cerrada la Caja de Pandora de la memoria? Sí, hice bien. Si diera rienda suelta a la memoria la certeza de haber fracasado que tengo respecto de todo lo que viví se convertiría en una estampida monstruosa de recuerdos que me desgarraría por completo. ¿Por qué ahora me he entregado al recuerdo del Edén? A causa de un sueño demasiado intenso, y porque no puedo no desear saber si la profecía de Irina habrá de cumplirse... ¿Vale la pena exponerme a los monstruos del fracaso? ¿No será mejor clausurar otra vez la puerta del infierno y seguir viviendo en el vacío mental hasta el mero final?

...

Detalles, detalles emergiendo desde el abismo sin fondo del olvido. Mi madre me acompañó a la reunión preparatoria del viaje que se hizo en el liceo Zorrilla. Vi por primera vez a Irina la mañana en que muy temprano nos reunimos en la plaza Libertad para abordar el bus que llevaría a la elite de las lumbreras a presenciar el evento interplanetario. Era a comienzos de la primavera y todavía el aliento escapaba de nuestros labios convertido en vaho. Consumado el enroque, ya sentado a su lado para toda la eternidad del viaje al Norte, conversamos, cháchara de adolescentes, yo haciéndome el hombrecito, y el muy leído. Hablamos del cogito, ergo sum como si supiéramos de qué se trataba. Yo, completamente intenso. Por entonces era un mecanismo automático en mí: fijado un objetivo ponía todo de mí para conseguirlo. De inmediato me lancé a conquistarla, magnetizarla, hipnotizarla, lograr que no pudiera zafar de mi energía centrípeta. Ella no tenía experiencia alguna en flirteos, ni cómo resistirse. De manera que lo conseguí, de inmediato, como sólo puede lograrse cuando se trata de conquistar por primera vez y por primera vez ser conquistada. Para el viaje de regreso, no recuerdo con qué palabras, pero estábamos “arreglados”, éramos novios, como se decía en aquellos tiempos.

Recordar es un trabajo pesado. Hay que darse maña para que cada recuerdo se abra y deje paso al siguiente. Y es también un trabajo decepcionante. Los recuerdos que, cuando vagamente entrevistados nos parecían excitantes y excepcionales, una vez nítidos y en detalle, porque la niebla del olvido siempre termina por remitir, nos parecen triviales, ininteresantes, aquello que, detalle más o detalle menos, en realidad le pasa a toda la gente, con lo que, finalmente recogidos por la escritura,

resultan aburridos, o, dado el caso de una escritura pretenciosa, simplemente insufribles. Para mí, por lo demás, recordar es especialmente trabajoso porque, como dije, no tengo práctica alguna en la materia: viví siempre para adelante, dejando que lo vivido se acomodara como mejor pudiera para ser arrastrado por el remolino del tiempo. De ser necesario legitimé esta indiferencia hacia mi propio pasado con la indemostrable convicción de que la memoria tiene un chip selectivo y muy saludable que sólo permite revivir los momentos placenteros. Muy conveniente. Débil argumento, por supuesto, pero que, galopando siempre en fuga mi existencia, me sirvió mientras me sirvió. Hasta aquí, por ejemplo. Porque esta es quizá y sin quizá la primera vez en mi vida en que algo -un sentimiento, unas palabras en un sueño- me exigen recordar en serio, como si en ello me fuera la vida. Me doy ánimo, convencido en mi ingenuidad -que llegado a viejo no se llama así sino bobera-, que recordar el Edén será fácil porque allí no habrá más para recordar que aquello que en mi vida fue siempre prioritario: la vida erótica. Pero puesta a funcionar ya sin trabas, la máquina de recordar querrá a todo meterle mano, sobre todo a aquello que viví negándole importancia y que olvidé más que por indiferencia, deliberadamente. Porque si realmente vamos a reencontrarnos al final del arco vital, todo lo que fuimos y lo que no fuimos el uno para el otro va a estar sobre la mesa. ¿Podremos cargar con el cadáver de ese monstruo que se multiplicará en su putrefacción incesante y arborescente? Buena pregunta. Me siento como navegando en una cáscara de nuez en dirección a una gran tormenta.

...

La clave está en “El doctor Zhivago”. Le impresionó mucho la película. Para su cumpleaños le regalé la novela, y la impresión se hizo más honda. Terminó de leerla y empezó a leerla otra vez. Cultivaba el asunto Zhivago casi con unción mística. Vi la película, pero no leí la novela a pesar de todas las señales que gritaban lo importante que era para ella. Arrogancia intelectual se llama. Bien se ve en esto mi ceguera para todo lo que no fuera el tributo sexual que rendía puntualmente a “nuestro amor”, como ella llamaba a nuestra relación. Cuando ya estaba por llegar el momento de la separación, luego de años y años de relación, un día me dijo:

-Pienso que realmente nos amamos, pero hay cosas que nos separan, aunque no queramos. Pienso que al final de la vida vamos a volver a

encontrarnos, como Zhivago y Larissa, y entonces ya no vamos a separarnos.

-Morboso pensamiento -me limité a responderle-: Los amantes ya viejos se reencuentran para acompañarse a la huesa.

Este filo romántico y morboso, que era natural en ella, yo lo tenía intuido, pero sólo utilizaba ese saber para manipularla en las crisis de la relación. Le hacía interminables escenas de renuncia al amor imposible, hasta que llorando volvía a mis brazos. Pienso ahora que, si en vez de utilizar esa veta para manipularla la hubiera asumido a fondo para comprenderla, seguramente hubiera llegado al centro de su vida psíquica, al núcleo irradiador de sus conductas y de sus deseos, y desde allí sí hubiéramos construido una vida juntos. Lo sé ahora, cincuenta años después, cuando ya nada en el mundo me importa y caigo en espiral hacia la nada, lastrado por una vida cargada de errores. ¿Tiene todo esto algo de particular? No, todo esto es moneda corriente, algo así seguramente les pasa a las innumerables parejas que después de años juntos se rompen por razones aparentemente triviales. Seguro que alguien no hizo sus deberes, alguien ignoró al otro, alguien consideró como válidos sólo sus motivos, sus imaginaciones y sus objetivos.

...

El grandote reapareció apenas un par de días después. Me entregó un sobre grande de papel manila.

-Ahí va a encontrar un par de fotos bien ampliadas y una hoja de papel con todos los datos.

-Fantástico -dije, refiriéndome a la velocidad del servicio, y asustado por lo que aquel sobre pudiera contener. En el fondo esperaba que la indagación diera por resultado no que ya hubiera muerto, pero por lo menos que ya no residiera en el país.

Incontinente, el grandote -Leónidas es su nombre- arremetió, sin solución de continuidad:

-Jubilada de doctora en medicina. Casada desde hace cuarenta años y en únicas nupcias con Américo Brutini, dueño de un frigorífico, mucho dinero, cinco años mayor que ella. Tres hijos, y por ahora, tres nietos. En el sobre

va a encontrar la dirección y el teléfono. Fijo, porque aparentemente celular no usa.

Lo escuché shockeado por aquel brutal comparecer de Irina medio siglo después. Me costó reaccionar, así somos los viejos, de reacción retardada. Leónidas vio que había quedado trancado y optó por bromear, quizá:

-Si quiere asesinar a la señora, o secuestrarla, estamos a la orden.

-Muy gracioso -dije, aunque maldita la gracia que me hacía su eficiencia: no me había dado tiempo para prepararme.

Me sentí como el gurí de orfanato que recibe un gran regalo, pero cuando abre la caja está vacía o llena de hormigas. No sabía qué hacer con el sobre. Quemarlo era la opción más razonable. ¿Para qué seguir con aquello que amenazaba convertirse en un embrollo lamentable? ¿Por qué no seguir dejándome morir tranquilo, sin más angustias que las que soportan mis desvencijadas entendederas, es decir, aproximadamente, las que caben en un dedal? ¿Era lo mejor para mí seguir con aquello? ¿No acabaría en un último y brutal fracaso que terminaría de desestabilizarme y hundirme hasta la asfixia en el vacío? ¿No era mejor dejar en paz ese pasado jamás digerido, dejarlo como siempre me lo he pintado, como un momento maravilloso, inmerecido e insuperable de plenitud erótica? ¿Guardado así, recortado, separado del resto de mi vida, no es acaso mi joya secreta, mi gema curativa, la que pone un poco de color y calor en la infinidad de los fracasos? ¿Para qué volver atrás, encarar todo aquello e inevitablemente saber más? ¿Para qué? ¿Para qué remover cenizas frías? No quiero saber más, no quiero saber por qué en realidad nos separamos, ni cómo fue su vida sin mí. Era el momento de aprovechar el pánico que me ganaba y quemar el maldito sobre.

No lo hice. No podía dar marcha atrás con aquello. Atascado en el vacío de mi final de existencia ¿qué otra cosa tenía para aplicarle la adrenalina que este proyecto absurdo había puesto a hervir con su fuego más intenso? Y además, si ella había profetizado ¿no le correspondía a ella hacer que la profecía se cumpliera? ¿No estaría ya mismo poniendo manos a la obra? ¿No me estaría buscando en este mismo momento? Irina no olvidaba nunca nada. No podía haberse olvidado de su propia profecía.

...

Pasaron días antes de que abriera el sobre. Como que la contundente eficiencia del private eye, dejándome tan pronto la mesa servida, me inhibió el apetito. Ella estaba viviendo tranquilamente su vida ya no pequeña sino gran burguesa: opulencia, familia, paz. Un matrimonio de cuarenta años es más que un monumento a la solidez de los sentimientos. ¿A cuento de qué iría yo a golpearle la puerta para ponerla en una situación no digamos embarazosa, porque a lo mejor ni le da para tanto, pero por lo menos innecesariamente molesta? Nada tenemos ya para darnos, ni para exigirnos, ni para reclamarnos. Lo que tenía que haber entre nosotros es lo que efectivamente hubo. Una joyita en nuestras vidas, sin duda, como para guardarla en el mejor estuche disponible y luego esconderla en el rincón más secreto que pueda haber en los metros cuadrados que a cada uno le toquen de intimidad. Ir a golpearle la puerta me pareció un acto tan estúpido como egoísta, una buena manera de decepcionarnos definitivamente, y de hacer, de paso, que la joyita deje de consolarme en las noches de insomnio profundo.

...

Fue una de esas noches en que le doy vueltas y vueltas a mi existencia, sin encontrar de qué colgarme para merecer un rato de sueño, que, sin buscarlo, de sopetón, recibí un mensaje que no admitía resistencia. A mí, que prácticamente no tengo sentido del olfato, me invadió el olor de su sexo tal y cual lo recibí la tarde en que dejamos de ser vírgenes. Como en una alucinación masiva y sin fisuras volví al silencio luminoso del living-comedor del apartamento de sus padres. Nuestros abrazos habían llegado al punto sin retorno, pero yo no sabía que iba a ser precisamente esa tarde que el nudo se desatara. Ella lo decidió y actuó en consecuencia. Eligió uno de los dos sillones individuales de terciopelo verde oscuro, el que daba la espalda a la puerta que conducía al interior del apartamento, de manera de quedar a medias cubiertos si alguien abría la puerta, aunque creo que me dijo que esa tarde no habría nadie en su casa. Extendió una toalla de manos sobre el asiento y se sentó encima, y tan tranquilamente como si estuviera en el consultorio de su ginecóloga, metió las manos por debajo del vestidito bobo de color amarillo, casi una minifalda, que había traído de Estados Unidos, y se sacó la bombacha. Separó las rodillas. Me arrodillé como ante una aparición celestial. Nunca había visto un sexo de mujer. A la vez recibí el olor de su sexo, cálido y dulce, animal y floral a la vez, y lo vi por primera vez: el plumón escaso y

lacio, y los labios cerrados, de un rosa pálido. Estaba... estupefacto. No hay otra palabra. Ese acto, tan ansiado y tan rebajado con las palabras más vulgares en la cultura masculina adolescente, estaba allí, dispuesto sin reserva alguna para que yo lo realizara en el cuerpo de la chiquilina -mi novia- más adorable que yo pudiera imaginar...

Se acomodó en el sillón, para hacerle más accesible a mi cuerpo su entrepierna. Abierto y expuesto su secreto, le sonrió a mi estupor con esa sonrisa que apenas se le marcaba en la comisura de los labios. Desnudé mi sexo, ingenuo sí, rosadito sí, pero tenso, pronto para el triunfo, para que nuestras carnes se unieran, para penetrar su carne con la mía, acto supremamente brutal y absurdo tal como se me presentó en ese momento, acto imposible de pensar, en el que los límites de nuestra relación se disolvían y pasábamos a ser otros, para siempre, otros cuyo secreto compartido era este darnos al pacto misterioso de la carne, la cópula, presuntamente de insólitas consecuencias: el Goce y la Concepción, o sea, la Trascendencia, llegar a tocar Cielos en los que ya no éramos simplemente dos jovencitos, por la razón que fuera enamorados. Ni ella ni yo hubiéramos sido capaces en ese momento de verbalizar este cúmulo de impresiones, pero sé, sin la más mínima sombra de duda, que ambos, en aquel momento, las experimentamos. Tuvo que abrirse la vulva con los dedos de ambas manos para que yo pudiera apoyar el glándulo contra la boquita que me esperaba ansiosa y que, no sin temor, me pareció demasiado pequeña.

-¿Lo ves? -me preguntó, muy tranquila, como si fuéramos dos estudiantes en una mesa de disección-: Es esa piel que cierra hasta la mitad la entrada de la vagina.

-Sí -dije, tragando saliva, a punto de desmayarme por la impresión-. Pero vos ¿cómo la ves?

-Con un espejo -dijo, y su sonrisa se acentuó, como si mi turbación la divirtiera-: Un espejo de mano -precisó.

A medida que escribo mi memoria va liberando cada pequeño detalle. Me parece increíble que tanta minucia estuviera guardada esperando el momento de manifestarse. Estoy viejo, sé de los comercios clandestinos entre la memoria y la imaginación. En su danza alocada giran tan rápido que llega el momento en que ya no se sabe cuál es cuál. ¿Y si la

imaginación partiendo de los recuerdos pudiera crear pseudo-recuerdos muy parecidos a los verdaderos? Pero no es eso: verdaderamente estoy recordando, con tanto detalle como si estuviera allí, como si hubiera regresado al Edén para volver a vivir sus maravillas. Si esto fuera imaginación los recuerdos verdaderos se rebelarían, corromperían las imágenes inventadas hasta congelarlas, fijarlas en gestos vacíos de emoción que ya no conducirían a nada.

...

Agotado por el esfuerzo, embriagado por el aroma de su sexo delicado y nuevo intenté dormirme, pero el sueño siguió sin acudir y volví a enroscarme en la piel áspera del insomnio. ¿Puede decirse de un sexo que es nuevo? El adjetivo me vino sin más, sin pasar por filtro alguno. Nuevo, sin estrenar. ¿Era nuevo su sexo porque el himen estaba intacto, o sea que después de aquella tarde ya no lo sería? Royendo esta cuestión bizantina terminé por volver a tener en mi mirada sus ojitos sonrientes, divertidos por mi curiosidad y mi perturbación, que le parecerían, sin más, garantía de mi propia virginidad, para el caso de que hubiera dudado, cosa que creo que no hizo, porque vivíamos en una burbuja de pura emocionalidad amorosa en la que no había lugar para mentiras ni engaños.

-¿Qué hago? -pregunté, temeroso de hacer algo mal.

-Vení -dijo, como si yo estuviera en otra habitación, o como si yo fuera una especie de fantasma flotando en el éter, y me llamara.

Desnudé el glándulo y en ese momento, para mi asombro, de la boquita brotó una gran lágrima de un líquido transparente quizá, pero denso como un aceite. Ella lo vio.

-Vení ahora -dijo, lectora de señales misteriosas que a mí me desconcertaban.

Apoyé la cabeza de la verga en el diminuto orificio.

-No va a entrar -estimé, tembloroso.

-Empujá -dijo, casi exigió.

-Te va a doler -dije.

-Empujá -exigió.

Como si me hubiera dicho ahora o nunca, empujé, y para mi asombro mi carne, luego de una fugaz resistencia, se abrió paso y entró en su carne. El glándula por completo estaba dentro. Irina sólo soltó un gemido, pero tan débil que aún hoy, ahora, viéndola estirar el cuello para visualizar en lo posible el teatro de las operaciones, me pregunto si realmente llegué a oírlo.

-Esperá, quedate quieto -dijo, concentrada en las sensaciones físicas que le llegaban desde la entrepierna herida, poniendo la palma de su mano sobre mi pecho para que no me moviera, y apretando con sus muslos desnudos los míos, enfundados en tela jeans. En todos los años que hicimos el amor en nuestro Edén nunca me saqué los pantalones. Imposible desnudarme cuando detrás de esa puerta circulaba su familia, en parte por la tarde y completa hacia el atardecer.

Irina respiró muy hondo dos o tres veces. Yo, por supuesto, estaba muerto del susto. Nunca había tenido en mis manos un cuerpo ajeno en situación de darle dolor.

-Seguí -dijo finalmente. Así hablaba ella, sin vueltas y con las mínimas palabras.

Sus muslos se aflojaron y su cuerpo volvió a abrirse, blandamente y por completo.

-¿Estás segura? -pregunté.

No hay transcripción oficial de lo que se hablaba en el Edén, como la hay, digamos, de los diálogos de los astronautas con la base, en Huston. Pero sé, porque primero me miró largamente a los ojos, como diciéndome sin palabras algo que le resultaba esencial decir en ese momento, sé, digo, que decir, de viva voz, sólo me dijo:

-Sí.

Avancé cuerpo adentro y se repitió el débil gemido. Volví a detenerme, dispuesto a retirarme y rogando mentalmente que el daño no fuera grave.

-Tenés que ir hasta el fondo -debe de haber dicho para destrancarme.

Lo hice. De un empujón sepulté entera mi carne en la suya. Abrió mucho los ojos, como sorprendida por una sensación nueva: la de la vagina, del vientre quizá, por completo ocupado por una verga. Sentí que se aflojaba

y se abría más. Volvió a semi incorporarse, estirando el cuello, Miraba sin ver aquello inconcebible a priori en toda su delirante realidad, y a la vez explorando la sensación que le procuraba aquella total ocupación de su vientre. Miré también la cópula y entonces sí, se desvaneció, como por arte de magia, todo el aspecto quirúrgico y me ganó, rotunda y embriagadora, la voluptuosidad. Me la estoy cogiendo, pensé. Bien cogida, pensé al borde del orgullo. No creo que ella hubiera utilizado jamás en su vida el verbo coger, ni entonces ni después. Su pudor era invencible en el nivel de las palabras. Se privó, pues, del placer de pensar: me está cogiendo, estoy siendo cogida. Y yo era incapaz de enseñarle esa, la palabra adecuada. Nunca la dije delante suyo. Pero bien veía en sus ojos muy abiertos y en su respiración levemente agitada, que alguna otra palabra habría en su mente que le sirviera de llave para pasar hacia las profundidades del goce. La cópula de pronto ya no era algo terrible: ya no era la carne clavada en la carne, como se clava un puñal o una espada. La cópula era ahora Ella y Yo consumando la entrega implícita en el pacto de amor: tomá esto, nos decíamos, lo más íntimo y secreto de mi cuerpo, aquello por lo que ya no somos dos seres por separado y comenzamos a ser un solo Ser. Ni Irina ni yo frecuentábamos templos, pero ambos habíamos recibido educación religiosa, por eso sé exactamente qué, sin ponerlo en palabras, sentimos en aquel momento.

...

Es ya la parte más profunda de la noche. El sueño pesa sobre mis párpados y sobre mis brazos. Pero el deseo de seguir transitando aquel momento no cede. Me siento como encadenado a aquella máquina de recordar que había dormido en mí, sin uso, flamante, toda mi vida, y que, llamada finalmente a decir, no quería omitir un solo detalle, independientemente de lo que yo opinara. No me llevaría la máquina a la tumba sin darle una oportunidad de mostrar lo que había recogido a lo largo de mi estúpida existencia. Puesta a decir, no callaría.

-¿Me quedo así? -pregunté, inquieto por su silencio inmóvil, por más tranquila que se la viera. No podía excluir que no fuera a lanzar un grito de pánico al tomar nota del carácter irreversible de lo que acabábamos de cometer. Ya no sería la misma ni seríamos los mismos, pensaría quizá con cierta angustia, aunque una dulce cosquilla comenzara, como a mí, a recorrerle el vientre. Lágrimas secas se agolpan en mis ojos cuando

comprendo que no el Amor que nos unía como un destino ineludible, sino su ingenuidad absoluta pudo hacer que eligiera a un pendejo arrogante como yo para infligirle la herida que cambiaba su vida para siempre.

-Podés moverte... un poco -dijo y, como para asegurarse de que lo hiciera con delicadeza, puso sus manos sobre mi cintura.

Me retiré despacito, no completamente. Y después, igual de despacito, volví a avanzar hasta tocar el fondo, o hasta que no tuve más verga fuera de su cuerpo. Respiré hondo, como si hubiera cumplido una tarea muy riesgosa, y al respirar hondo volvió a marearme el olor de su sexo. Fugaces indicios en su rostro me decían que a la vez estaba atenta a la herida y sentía cómo aquel paseo de mi ser protuberante por sus entrañas la llevaba a otro universo de sensaciones. Cada detalle lo voy desenterrando en el arrenal de la memoria, consciente de que cualquier concesión a la fantasía puede arrojarme al abismo sin fondo de las arenas movedizas. Se me ocurre darle a ella a leer estos escritos para que me confirme que fue así, tal y cual, lo que cuento. Mil veces comprobé la precisión impecable de su memoria. En el arrenal infinito del que voy desenterrando mis recuerdos una cosa lleva a la otra de la manera más caprichosa. La ocurrencia de que leyera estos escritos me llevó a la instancia en que me leyó, sobradamente, por cierto.

Días después de nuestro viaje de ennoviamiento, noviecitos apenas de caminar de la mano y de sentarnos en un tramo discreto del murito de la rambla para besarnos con inesperada delicia, torpeza y avidez, Irina se fue por seis meses ¿o fue por un año? a Estados Unidos, por medio de un programa de intercambio estudiantil. Nos prometimos escribirnos, y lo hicimos. Yo, que estaba fascinado de tener una novia que me parecía tan maravillosa, temía que me olvidara y que algún gringo la enamorara, de manera que me desbordé en infinitas cartas en las que puse tanta pasión y un amor tan tremebundo como para enloquecerla de ansiedad y arruinarle su experiencia en el extranjero. Me respondió con más moderada abundancia, sin intentar frenar mi desborde, y por consiguiente aceptándolo, digamos, como legítimo y legitimante. Mi asedio epistolar era el de un egoísta desenfrenado, pero en todo momento seguro de que ella era mía y solo mía y que seguiría siéndolo. Me pregunto si guarda el paquete de cartas, si las tiene un poco escondidas, lejos de curiosidades, y si cada tanto las lee. No lo creo. Ha pasado medio siglo, y su vida, a

diferencia de la mía, está seguramente llena de todas las cosas que puede dar la vida a los que quiere premiar.

...

Fue poco después de su regreso que sucedió la Fundación de nuestro Edén. Irina debe de haberle dicho a su madre que éramos novios y que nos gustaría estudiar juntos por la tarde. La madre, mujer comprensiva, por cierto, debe de haberla autorizado a utilizar el living comedor. Ese fue nuestro cuadrado mágico, la escenografía de nuestro amor. Durante años, por la tarde al menos y en días hábiles, ese espacio fue nuestro y solo nuestro. Nunca jamás nadie irrumpió cuando nosotros estábamos allí. Lo cual sin duda dice cosas respecto de esa familia, dice en primer lugar que Irina adolescente era cuidadosamente respetada por todos los miembros de la familia en su derecho a la intimidad. Más de lo que yo hubiera creído posible. ¡Vaya una disciplina en esa interna familiar! Por lo demás, su madre no podía ignorar en qué estábamos: no hay vocación por el estudio -y su hija era estudiosa como pocos- que pudiera resistir todas las tardes de todos los días, exceptuado el fin de semana, la presión del desborde hormonal de dos adolescentes que se aman.

Desde que me lancé al recuerdo de nuestro mutuo desvirgamiento me he estado preguntando cómo, precisamente, llegamos a esa decisión. ¿Hubo una negociación, un estira y afloja, un acuerdo? Ubicarnos en el momento en que se me abrieron las puertas del Edén, vernos en el sofá de tres cuerpos, solos durante toda la tarde, me trajo la respuesta. Desde que contábamos con la intimidad del Edén nuestros abrazos se habían ido haciendo naturalmente cada vez más intensos. Sin desnudar nuestros sexos los frotamientos durante horas llegaron a un punto tal que me dolía la cabeza de la verga y a ella el pubis. Era irritante estar toda la tarde solos en el sofá frotándonos hasta el delirio. Con tanto empujar la verga, ropa mediante, contra su pubis, una tarde terminé por explotar, de tal manera que en la tela ligera de mi pantalón la evidencia resultaba inocultable. Irina quedó pasmada mirando aquello, como si no hubiera tenido en cuenta la posibilidad de que tal cosa pudiera suceder. No dijo nada, pero cuando un rato después me fui, con la campera en el antebrazo para disimular en lo posible el desastre, me miró largamente como diciéndome que sí, que estaba claro que así no podíamos seguir, y que tenía plena confianza en mí y en nuestro amor. O algo por el estilo. Recuerdo la

mirada, y era una mirada de consuelo y de acuerdo. Al día siguiente, en clase de Filosofía, con Llambías -terminado el liceo íbamos al IAVA, único bachillerato público por entonces-, me dijo, cosa que nunca antes, muy seriecita y con toda intención:

-Esta tarde no hay nadie en casa.

Así fue que llegamos a lo que no podía sino suceder.

...

-¿Me quedo así? -le pregunté, como si estuviera sosteniendo con las manos un hierro al rojo vivo, y ella me respondió:

-Podés moverte, un poco.

Era precisamente el momento en el que descubríamos que era algo más que carne en la carne al copular, que había algo del orden de lo esencial en la cópula, algo que nos borraba en tanto mente y en tanto cuerpo y que nos lanzaba a una vivencia que nos resultaba indescriptible, o inconfesable, que alcanzaba una cima de intensidad total, y que si nos hacía reír, y hasta llorar de la risa, muy poco tenía que ver con un ataque de cosquillas.

Las palabras acuden a mi memoria con total certeza. Quiero decir: esas, u otras, pero muy poco menos que idénticas.

-Seguí -tuvo que decir una vez más, porque entre la extrañeza de tener la verga ocupando su vientre, en una intrusión que, en ese momento comprendí que o bien era sagrada o bien era animal, y la duda de lo que, exactamente hablando, debía hacer para seguir adelante, la marea de la voluptuosidad me iba anegando por completo.

Fue la voluptuosidad la que, tomando el control de las acciones, me dijo qué hacer, o, mejor dicho, me hizo hacer. Retiré despacio la verga, como si aquello que quizá debiera aliviarla de la violencia a la que la había sometido, en realidad pudiera causarle más dolor. Pero no era dolor lo que había en el suspiro, verdadero suspiro como de desfallecimiento que escapó de su boca entreabierta, y antes de que la verga desocupara por completo sus cavidades secretas, sus manos en mi cintura, o quizá más abajo, sobre mis nalgas, me atrajeron obligándome a llenarla otra vez. Por cierto que no me dijo: Cogeme, que es lo que luego yo aprendería a oír en circunstancias de esta índole. Como dije, y lo sé sin duda alguna, nunca en

su vida había pronunciado, ni pronunciaría hasta donde yo sé, esa palabra, ni cualquiera otra de la índole, como pija, concha, culo, teta o puta. Pero no necesitó de palabras para decirme que la cogiera, bastó con su gesto para obligarme a invadirla otra vez.

-Así -susurró, como para darme ánimos, tranquilizándome acerca de lo adecuado de mi proceder.

Volví a fingir la huida de mi cuerpo tan sólo por unos centímetros, y pareció ser su alma lo que huía del suyo, de manera que, para evitar un mal mayor, volví a penetrar hasta más no poder. Hasta sentir el fondo sedoso y misterioso de su cuerpo. Ese fondo que, como yo sabía, las mujeres cuidan tan celosamente y que ella me estaba ofreciendo a mí y solo a mí como sólo se entrega una vez, la primera. Los suspiros se escapaban ahora de su pecho como bandada de pájaros mudos, y su mirada se escondía de la mía. Repetí una y otra vez el ínfimo trayecto, y aunque sentía que la voluptuosidad me llevaba a un punto en el que perdería todo el control, me esforzaba por controlar la potencia, como se aplica el freno a una locomotora lanzada a la carrera y a punto de descarrilar. Escondía su mirada como si ese fuera su último refugio. Hay cosas que, por puro instinto, sin cálculo mental alguno, se intuyen en el momento justo. Esto supe cuando me negó la mirada: que coger a una mujer es cogerla mirándose a los ojos, mirada que es un pacto de reconocimiento: te estoy cogiendo, me estás cogiendo, aspiramos a la Unidad. Ni modo de pasar por las palabras: yo era demasiado torpe y el filtro de palabras de ella era de una trama demasiado cerrada, como si uno se degradara para siempre utilizando palabras sucias, o ensuciadas. Bien podían sus coetáneas alardear usando palabras fuertes. Ella no alardeaba, ella decía con el cuerpo, sin límites, una vez que supo que ese fulano -yo- era el hombre que amaba y al que estaba destinada. No era así, no me estaba destinada. O yo no le estaba destinado. O sí lo estaba, pero me negué y vencí a aquel destino -desgraciado de mí- y dejé que me llevara lejos el turbio remolino de la vida.

No me concedió, pues, su mirada. Como no me la concedió las infinitas veces que cogimos. Era algo de ella que yo tenía que conquistar, pero ni me enteré, cegado como estaba por la especie de soberbia sexual -misericordia sexual debiera de decir- a la que me invitaba su aquiescencia, su sumisión, su entrega sin límite a mi voracidad torpe ciega. Los suspiros que se le y

escapaban eran de placer, o de goce, y con ellos me bastaba, porque en mis oídos eran como un himno a mi soberbia. Me hundí en ella una y otra vez ansioso por arrancarle, más y más incontenible, el himno con el que premiaba mi conquista de su intimidad. Ignoré en el desborde de voluptuosidad, si tenía aún dolor en la zona desgarrada. Fin de la experiencia, con triunfo y con gloria. Todos los casilleros del protocolo del primerizo estaban tildados. Entonces, de pronto, no recuerdo con qué palabras me indicó que me detuviera. Volví en mí y me detuve de inmediato. Retiré la verga y vi que tenía, aquí y allá, trazas de sangre. Varoncito, ante la sangre quedé aterrado, aunque sabía, por supuesto, que en la pérdida de la virginidad habría sangre. Ella, nena al fin, sin inmutarse sacó del bolsillo un pañuelito y la secó. Me paré, guardé la verga aun erecta, subí el cierre del jean y me senté en el sofá a ver cómo se colocaba el pañuelo en la entrepierna, se ponía la bombacha, recogía la toalla -sin mancha de sangre- y salía del Edén. Quedé solo, las pulsaciones a mil y la verga protestando furiosa. Era primavera, lo sé por la luminosidad de séptimo piso con ventanales y por su vestido bobo, de piernas desnudas

...

-¿Estás bien? -le pregunté cuando regresó, después de un rato que se me hizo larguísimo.

-Sí -dijo, sin énfasis alguno.

-¿Te duele? -insistí.

-Me arde un poco -dijo con un tono que implicaba no seguir con el tema. Era su cuerpo, su tema, y ella sabía qué hacer y cómo.

Pasamos el resto de la tarde en el sofá, abrazados, mimándola yo por la valentía con el que había encarado el sacrificio.

-Bastará con que guarde reposo por el resto del día -dijo, más que para mí, para sí misma. A esa altura ya me había dicho que pensaba seguir Medicina, de manera que pensé que estaba ensayando el vocabulario médico.

Escuchamos música. El disco que trajo de su viaje y que tenía una canción que le encantaba: Los sonidos del silencio, que canturreaba bajito, fuera de tono y de fraseo, ya que carecía por completo de oído musical.

Recuerdo ¡qué horror, lo que puede guardar la memoria para avergonzarnos!, recuerdo que me irritaba su canturreo, porque yo sí tenía oído, cosa que ella nunca apreció, ni siquiera cuando un verano me aprendí entero el disco de moda entonces de Paco Ibáñez y se lo canté, no sin emoción y por cierto que sin errar una nota. ¿Fue al otro día en el IAVA o por la tarde, otra vez en el Edén, que me dijo que, para facilitar la cicatrización, por unos pocos días tendríamos que abstenernos de “hacer el amor”? Creo que fue por la mañana en el IAVA. Lo que sí recuerdo con precisión y me parece definitivamente importante en esta arqueología del Edén es que fue en esos días de impasse que incurrimos en la forma de alivio que habría de convertirse para mí, y seguramente también para ella, en una verdadera adicción, aperitivo y digestivo ineludible de nuestro menú sexual.

INVENCION DE UNA ADICCION

De entre el sordo silencio de la noche urbana emerge lejano y apagado el canto de un gallo. ¿Será posible que alguien tenga un gallo en su apartamento? ¿Para qué? ¿Para que le sirva de despertador? No es posible. La noche acelera su paso, la luz del día ya está cercana. Quiero terminar de recordar aquella tarde iniciática antes de que me venza el sueño, pero en lugar de detalles concretos en mi mente hay generalidades, peculiaridades de Irina que entonces no me parecían para nada conductas extrañas sino naturales, o racionales, y que hoy me desconciertan, me parecen atavismos, aunque no sabría decir heredados de qué misteriosa antigüedad.

Una: Irina actuaba -no sé si conscientemente, porque nunca lo hablamos- como si la primera obligación y el callado orgullo de la mujer fuera satisfacer, aliviar las necesidades o los caprichos eróticos de su hombre. No recuerdo ni una sola instancia o circunstancia, por más inadecuada que fuera, en que, haciéndole yo notar mi urgencia no dispusiera de inmediato lo que fuera para satisfacerla. Y podría citar instancias y circunstancias sorprendentes a las que supo allanarse. Atavismo, o mandato genético... Y ella no era ninguna turra calentona, sino el fruto exquisito de aquella clase media montevideana culta ya desaparecida en los vertederos de la

Historia. Ignoro por completo de dónde le bajaba aquel mandato, sólo sé que hizo la gloria de mi estadía en el Edén, pero me moldeó de mala manera, porque después tuve que aprender a golpes que el mundo, en realidad, no es así.

La segunda peculiaridad de Irina estaba destinada a elevar hasta cimas inesperadas, ignoradas por mí, los niveles de goce voluptuoso que alcanzaba, alcanzábamos, cada una de las tardes en que nos dábamos a la cópula, o sea todas las tardes de la semana, exceptuados sábados y domingos. Me explico: Irina creía -ignoro la razón de tal creencia- que el semen del hombre debe verterse solamente dentro del cuerpo de la mujer amada. No en el piso, ni sobre la alfombra, ni en un pañuelo, ni en un lavabo, ni sobre la piel siquiera, sino en alguna de las vías que conducen al interior del cuerpo amado. Como si el semen fuera sagrado. Y estaba dispuesta a lo que fuera necesario para cumplir también con este mandato. Y puesto que su vagina estaba excluida de esa función -acerca de las recientes pastillas anticonceptivas corría el rumor de efectos secundarios dañinos- y por supuesto que ni se me ocurría sugerir el culo como recipiente -¿cómo infligirle semejante humillación a la niña más recta y más pura?-, el vaso disponible era su boca. Se me preguntará cuál sería la diferencia en términos de desviación entre verterle el semen en el culo o en la boca. Es obvia la diferencia: en la boca ella podía recibirlo como una ingesta, en el culo no era más que otro detrito. Y en tanto ingesta ella podía -no digo que lo hiciera, pero podía- concederle la condición de alimento excelso, como forma concentrada del Elixir de la Vida, transformando su ingestión en un acto pleno de significados trascendentes. Así fue como todas y cada una de mis eyaculaciones durante todos y cada uno de los días en que fui digno del Edén terminaron en la boca de Irina. Daría lo poco que me queda de vida por saber cómo, por la noche, ya en su cama y pronta para dormirse, se representaba en su mente, recordaba la mamada que acababa de hacerme un rato antes. Bien sé cómo me la representaba yo: con tal intensidad que me producía una nueva erección y, naturalmente, un nuevo desborde. Aquellos eran los tiempos en que mi capacidad para repetir las emisiones me parecía sencillamente ilimitada.

...

Ambas peculiaridades se hicieron presentes en esos días de impasse entre el desfloramiento y la primera cópula completa. Ya liberada la bestia, nuestros abrazos, inhibidos del alivio final, resultaban devastadores. Mis manos en particular, y también las suyas, se lanzaban a la conquista y posesión de todas las intimidades, ropa mediante. Lo cual nos llevaba a un grado de excitación rayano en el delirio. Después de una tarde frenética la verga me quedaba en un estado de doloroso esplendor. Irina rodeaba el tallo a través de la ropa con sus dedos largos, hábiles y fuertes, y frotaba con ahínco. Ya sin aliento debo de haberle dicho:

-No puedo más -o algo parecido.

Irina sabía -no sé cómo porque no teníamos en aquellos tiempos asignatura de Educación Sexual, y, como creo que ya dije, ella pornografía seguro que no consumía-, sabía, digo, que meneando una verga erecta se termina por drenarla y por devolverla a su flaccidez, o sea, placidez, habitual. Reaccionó, pues, ante lo que era evidentemente una emergencia, tanto para mi cuerpo como para el suyo, poniendo en obra su modesto saber. Bajó la cremallera de mi jean, hizo a un lado mi ropa blanca, y tuvo en su mano finalmente el objeto de sus y mis anhelos, en estado de convulsión.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, imbuido de su condición de convaleciente.

-No puedo dejarte ir así -recuerdo que dijo, palabra por palabra.

No podía decirle que mejor no seguíamos adelante con aquello, fascinado como estaba de verla arrodillada a mis pies con la erección en la mano. Irina tenía muy claro qué estaba haciendo, o por hacer. Y se puso a hacerlo, la mirada bizqueándole un poco de tan concentrada en la boquita del glande, abierta y preparándose para la descarga. Las delicias de la inminencia no me impidieron dar la voz de alarma. Me pareció que ella actuaba como si pudiera seguir con aquello sin provocar un desastre, es decir, no un desastre, pero sí un enchastre.

-No puedo más -le advertí, repitiéndome, pero esta vez no como queja sino como advertencia, como se presentan las señales de que hay una curva peligrosa en la carretera.

Entonces vi -increíble pequeño detalle que salta en el momento justo-, vi que la punta de su lengua -recuerdo su lengua rosada y tan larga que

llegaba con la punta a tocarse la nariz o a cubrirse por completo la barbilla-, vi que la punta de su lengua, digo, aparecía apenas entre sus labios delgados, humectándolos. Y así fue siempre y cada vez: ante la inminencia la punta de su lengua recorría sus labios, revelando -que yo sepa- no otra cosa sino la ansiedad propia de la gula. Ella sabía bien que no volaría mi semen enchastrando todo en derredor.

-Si -dijo entonces, invitándome a no poder más de una buena vez por todas.

Yo no estaba en condiciones de explicar y discutir nada. Me entregué, pues, a lo inevitable. Volaría el chijetazo de semen para aterrizar quién sabe dónde. Pero en ese momento, sin dejar de menear el tallo Irina tomó el glande con su boca grande, de labios finos y delicados, de dientes pequeños y perfectos. Vi aquel acto consumado con toda la delicadeza del mundo y exploté, acabé en su boca, maravillado por la ocurrencia de algo que ni en mis sueños más locos hubiera podido imaginar. Irina tragaba y tragaba -nunca la vi hacer gárgaras con mi semen ni almacenarlo en su boca antes de tragar-, lo tragaba sin más, directamente, mamaba, cabeceando a la vez, suavemente, masturbándome ya no con las manos sino con los labios. Así fue como solucionó el tema de la disposición del semen, de una vez y para siempre. Después se sacó el glande de la boca, sorbiendo y chupeteándolo, mirando siempre fijo la boquita como preguntándose si no continuaría manando aquel fluido viscoso y delicioso que acababa de tragarse. Se sentó a mi lado, siempre con la verga en la mano, atenta a lo que pudiera sucederle, aunque todo lo que sucedía era que lenta, muy lentamente la tumefacción iba cediendo. Yo no podía salir de mi asombro. Irina, mi noviecita, divina, la mejor de la clase, la mejor en todo lo que se me pudiera ocurrir, me había “chupado la pija” como decíamos entre machitos y además se había “tragado la leche”. Me sentía como si hubiera cruzado las Puertas de la Experiencia y me hubieran sido revelados los Misterios más profundos de la Existencia. Se había comportado, para mí, como una Puta, mi Puta, la Puta del Amor, sabia y sin pudores en el Arte supremo de darle gusto a su Macho, Yo.

-Mi amor... -susurraba yo mientras ella cubría el glande con el pellejo y luego guardaba todo el aparato en su blanco envoltorio.

Sentí necesidad de mirarla a los ojos, de encontrar en su mirada la mezcla inaudita de pudor y audacia con que había premiado mi ausencia de

méritos en lugar de guardársela para quien realmente la mereciera. Me sentí, como nunca en mi vida, ilegítimo, tomado por lo que no era, por mucho más de lo que era. La separé un poco, porque escondía la cara contra mi pecho, pero no me concedió su mirada, una vez más, la escondió, y no solo su mirada escondió, con una mano se tapó la boca, como para que yo no pudiera ver, en sus labios, las trazas, las huellas del servicio al que su boca se había allanado voluntariamente. Y no recuerdo más. Lo que venía siendo tan vívido se diluye. Fue al baño, creo, y luego era la hora de la merienda, y luego recuerdo el viaje en bus de regreso a casa, me parecía que los demás pasajeros, mayormente oficinistas cansados y grises percibían mi imponente aura de súper-macho al que su novia adolescente se la chupa y se traga la acabada. Me sentía bigger-than- life. Aquel ómnibus podría haber levantado vuelo en dirección a Marte, y ni siquiera me hubiera dado cuenta, o me hubiera parecido perfectamente razonable en un día tal como el que había vivido.

Afuera una luz grisácea ha sustituido a la oscuridad de la noche. Nunca pensé que fuera tan ineluctable ni tan agotador el flujo de los recuerdos una vez puesto en marcha.

LA VOZ Y EL SILENCIO

Abrí, pues, el sobre, y miré las fotos. No lo pude creer. Un escalofrío me recorrió la piel de los brazos. A primera vista ni uno de los cincuenta años transcurridos había pasado para ella. En la primera foto, de cuerpo entero, Irina caminaba directamente hacia la cámara, con un paso decidido, paso de modelo, que no era, por cierto, el de una mujer de setenta y algo, el pelo, ondeado y suelto, castaño como le era natural y cortado apenas rozando los hombros, como lo llevaba de muchacha, los lentes de sol como le gustaban, demasiado grandes para su carita (ratoncito la llamaba su padre), el abrigo holgado y con hombreras (precisamente porque era delgada y menuda), las botas de cuero marrones, de caña alta (¡quizá eran las mismas!, porque así era ella de cuidadosa y ahorrativa, y porque además, cuando se compraba algo era lo mejor y le duraba eternamente), todo en ella, en la foto, era tal y como la recordaba. Si en lugar de fija la imagen hubiera sido en movimiento se habría consumado el absurdo de,

ya no recordar con demente precisión, sino de haber regresado realmente al pasado. Había realizado una de sus obsesiones, que me había confesado con una convicción absoluta, la de que, cuidándose el aspecto y la salud, es posible vencer al Tiempo. Ya de chiquilina no iba a la playa para no arruinarse la piel. Una grieta se había abierto y yo había caído hacia atrás en el Tiempo. La memoria, puesta a funcionar inesperadamente luego de una vida en silencio, y las fotos de Leónidas, conspiraban para ponerme en manos del pasado. Y ¡qué pasado! El Edén, ni más ni menos. ¿Podía resistirme? A punto estuve de salir corriendo hacia ella como corre el sediento en el desierto hacia el espejismo. ¡Por Dios, piedad, tengo más de setenta años! El corazón me saltaba en el pecho como un conejo embolsado. Pensé que me daría algo. Ella misma, tal y cual. Deliré pensando que si corría hacia mi fata Morgana yo también volvería a ser el mismo. Colapsé. Cosa que, a vos, lector insensible, te deja frío ¿no?, porque a vos de seguro que esto no te pasó ni te va a pasar, esto es algo que solo lo vivís en blanco y negro sobre un papel.

Reaccioné como un adicto con un cuadro de carencia extrema. Necesitaba urgentemente un piquetazo. El que tenía a mano era oír su voz. Junto a las fotos, anotados en una hoja de papel con letra de almacenero, estaban los datos de ella que mi private-eye pudo recabar, entre ellos el número de teléfono. Me equivoqué tres veces al marcar los ocho dígitos. Las manos me temblaban como si tuviera Parkinson. Sonó limpio y nítido el llamado. Alguien atendió. Una voz de hombre, adulto mayor, pero voz firme, como de no dudar nunca.

-Oigo -dijo.

-Con la señora Irina -dije, poniendo voz de torpe de nacimiento, que me sale muy bien.

-¿De parte de quién? -preguntó modulando claramente, amable y paciente.

-De aquí, de la tintorería.

El hombre, su marido seguramente, no la llamó alzando la voz, sino que dejó el auricular descolgado y se alejó sin apuro. Me quedé con el silencio de su apartamento. Un silencio terso, hueco, de espacios amplios, sin rumor alguno, que se me hizo como el del apartamento de sus padres cuando la llamaba por teléfono. Su padre era el que atendía el teléfono

por la noche. Dejaba el auricular sobre la mesita sin decirme ni buenas noches. No me quería. ¿Cómo podría quererme si le robaba su tesoro máspreciado? De imaginarme babeando a su hijita le vendrían ganas de quién sabe qué. Seguía cayendo en la espiral del Tiempo. Al final del silencio una puerta se cerró y sus pasos se acercaron alados y rápidos, como siempre.

-Sí, hola -dijo.

Era ella. Mi corazón dejó de saltar como si al conejo embolsado le hubieran dado un palo entre las orejas. Era su voz, la misma de hace medio siglo. No sólo el timbre, también ese tonito como de desconfianza que le salía sobre todo al atender el teléfono, como desconfiando que se tratara de un error, o como si del otro lado de la línea pudiera haber alguien indeseable, peligroso, o quién sabe qué. No pude con eso. El espejismo se materializaba. El fantasma se materializaba. No respiré, temeroso de que reconociera mi aliento. Si yo no recordaba nada, ella recordaba todo, y me reconocería por el susurro de la respiración. Supe que ningún sonido saldría de mi garganta. Si los teléfonos transmitieran los olores ya me hubiera reconocido. No, no podía lanzarle a la cara la piltrafa, el sancocho de fracasos que he acabado siendo. El pánico me ganó. La mente se me cerró del todo. Corté.

No podía creerlo. Era ella, tal y cual. Como si al separarnos hubiera permanecido en una cápsula fuera de los dominios del Tiempo. Como si el tiempo no hubiera transcurrido. Volver al Edén. Del pánico pasé a la maravilla. ¡Milagro, milagro! Las fauces del Tiempo podían, entonces, abrirse y soltar a su presa. La máquina infernal del transcurrir podía dar marcha atrás. Volveríamos a coger por horas en nuestro Edén luminoso. Nadie nos lo podía quitar porque era nuestro. La savia volvería a hinchar mis testículos y ella volvería a beberla. Caí en un sueño blanco, feliz, vacío, sin angustias, del que desperté ya de noche, sin querer despertarme, deseando regresar a esa dulce inconsciencia, cosa que hice -una vez vaciada la vejiga- zampándome sin agua, con la pura saliva, un par de pastillas.

Desperté cerca de mediodía sintiéndome como nuevo. Evidentemente había estado a punto de colapsar por el agotamiento. Como nuevo quiere decir dispuesto a emprender cosas sanas y razonables. Este cuaderno, junto con el informe de Leónidas fueron a parar al atiborrado cajón de los papeles inútiles, irrecuperables e insensatos. Útiles, sí, quizá en mi

próxima reencarnación. Después llamé al mercadito del chino y le pedí que me mandara tres quilos de naranjas de jugo.

-De jugo ¿eh? -le insistí.

-De jugo -me aseguró-, calidad premium.

ELLA YA NO ESTABA ALLÍ

Hice todo el esfuerzo por alejarme del asunto, pero ya era imposible. Yo ya no era el mismo de antes. Había vivido medio siglo como si lo nuestro nunca hubiera existido. Como si, tierra feraz alguna vez, se hubiera convertido en desierto en el cual nada podía crecer y nada se podría edificar. Entré en nuestra relación virgen e ingenuo y salí creyéndome seductor y experto absoluto en materia de mujeres. Había tenido a mi servicio como una especie de sumisa sexual -de esclava sexual si se quiere- a una chiquilina, luego jovencita, exquisita en su insólito saber del sexo... de la que me resultaba imposible recordar nada que no fuera el manejo a la vez caprichoso y rutinario que yo hacía de su cuerpo. Porque esa era la realidad: nada sabía de ella, había sido incapaz de lograr que me abriera su corazón, porque la verdad... sí, aunque me duela esa es la verdad... la consideraba ininteresante, pensaba que ella era incapaz de expresar algo que pudiera interesarle a mi sutileza torpe y soberbia de intelectualillo atado con piolines. Ya no me era posible zafar del asunto de reencontrarnos al final de la vida, como ella había profetizado, porque de pronto comprendí que aquellos años de amor para ella, de sexo para mí, eran el único verdadero Edén que se me había concedido conocer en esta puta vida y en este puto mundo. Imposible zafar ya cuando se había comenzado a levantar el velo y había comenzado a revivir aquel pasado, cuando había comenzado inexorable y dolorosamente a atar cabos y a comprender lo que me había perdido dejando que la vida y la soberbia me arrastraran lejos de ella, para nada, para llevarme a ninguna parte.

Y para peor, ahora -contrariamente a la especulación de que ella y su familia pudieran haber sido liquidados por la peste militar, o que, empujados por las crisis económicas crónicas de este país, pudieran haberse ido a medrar a algún otro rincón del planeta-, ahora, decía, gracias a los buenos oficios de la Agencia de Detectives Acme, sabía que

aquí estaba, que aquí seguía vivita y coleando, idéntica a sí misma, intocada por el paso del tiempo, domiciliada a algunas cuadas -pocas o muchas, no importa, pero en Montevideo- de donde yo no terminaba de padecer el vacío de mi existencia, el inagotable desfile de mis infinitas frustraciones. Pero ¿qué fue de aquel que parecía destinado al éxito sin límites, al reconocimiento universal de sus variados talentos? ¿Podía ponerle delante este fantasma apolillado que ya no impresiona a nadie? ¡Mierda! ¿Qué podía ser peor, vivir en el vacío, ya sin esperanza, sitiado hasta el derrumbamiento final por la tropa espantosa de lo que no pude ser, o encarar el absurdo, redescubrir y desenterrar lo que no sabía que dormía en mí, el esplendor intacto del Edén del que me expulsó mi propia soberbia, y lanzarme, como un delirante peligroso, a recuperar, medio siglo después, lo que me estaba supuestamente esperando, aquella maravilla de la que, ahora que lo pienso, no guardo como prueba ni siquiera una foto? ¡Cuánta soberbia! El esplendor de nuestro Edén me parecía tan poco para alguien como yo, que ni me molesté, por pura compasión con lo vivido, en guardar un solo recuerdo, una foto de nosotros, una carta, nada. Hice todo a un lado, olvidé todo durante lo que a escala humana es una eternidad, o sea, medio siglo. ¿Qué rescate, qué migajas del banquete podría merecer para consolarme en la espera del final? Nada. Ningún rescate. Las puertas del infierno se habían cerrado a mis espaldas, para siempre.

...

¿Quién era ella verdaderamente? Cincuenta años después, no lo sé. Sólo puedo dar respuestas superficiales. Ella era la coetánea con la que cogía día tras día, sin asuetos, durante todo el final de nuestra adolescencia y hasta bien entrada la primera juventud. Desde los dieciséis hasta los veintitrés años aproximadamente. La que me hizo creer que todo en mi vida sería fácil, todo sería Edén, sin esfuerzo alguno, por una especie de mérito inherente a mi existencia. Pedid y se os concederá... con insólita largueza. Si todo lo que, en mi estrechez de visión, era yo capaz de desear eran los placeres de la voluptuosidad, y estos me eran dados como por una especie de derecho divino, sin límites ¿qué me podían importar todas las demás cosas que la vida tenga para dar? Lo que quería, ya lo tenía. Y ese conformismo animal, me perdió, corrompió mi voluntad y mi ambición. Y ella terminó por percibir esta mutilación, por más que no pudiera imaginar que era su infinita aquiescencia la que de alguna manera

creaba las condiciones para que aquello me sucediera. Como yo, ella gozaba, y a cada orgasmo respondía con un orgasmo. No podía imaginar que en realidad a su superhombre le bastaba con esos regodeos. Y cuando lo comprendió no pudo aceptarlo, ni yo pude aceptar las exigencias de ambición, de dejar de hacer la plancha en la vida, que comenzó a imponerme.

Pero ¿cómo era ella? Sólo ahora, cincuenta años después concibo la pregunta, se instala la pregunta, antes, cuando estuvimos juntos, nunca me la formulé. Ahora comprendo que no sólo puedo, sino que debo responderla. ¿Por qué, para qué? Para nada. Ya para todo es demasiado tarde. Simplemente porque de responderla espero una especie de paz para el final. Pero no hay palabra suya de la que pueda colgarme, en la que pueda pretender que está la clave. Porque casi nunca hablaba, y nunca acerca de sí misma. No podía yo ver que su silencio hablaba a gritos diciéndome que no hacía falta el blablablá que era mi marca de fábrica, que por sus hechos la conocería... si es que quería conocerla. No quería. En mi egocentrismo híper-erótico, a lo bestia, con su cuerpo me bastaba. ¡Ignorante de mí! El erotismo que se basta con el cuerpo termina por precipitarse en la nada, en la pornografía. Por eso nuestro Edén de la pura sensualidad terminó, con toda su belleza, por hartarme, y por separarnos.

...

No era posible no hacerse las preguntas más evidentes, pero yo no me las hice. Pregunta número uno: ¿cómo era posible que tarde tras tarde - exceptuados los fines de semana- pudiéramos encerrarnos en nuestro Edén luminoso, el living comedor, a coger, durante horas, con sólo una puerta, sin llave, que nos separaba del interior del apartamento? Sin llave, digo, porque si en las primeras sesiones Irina presionaba el botón en el picaporte que bloqueaba la puerta, después dejó de hacerlo con la excusa de que hacía “demasiado ruido”. Supongo que era cierto. Era sólo un ¡clic!, pero seguramente que, en el silencio profundo del apartamento, resonaba. De manera que ella prefería ser avistada felando o en cuatro sobre el sofá a que la increparan porque cerraba la puerta con llave. ¿Cómo así? ¿Respuesta? ¡¿Respuesta?! Lo prefería porque ese riesgo inminente era parte de su goce. Obvio. Pero nunca se me ocurrió. Porque era demasiado insulso como para comprender los laberintos del goce. Ella podía buscar semejante goce inconscientemente, sin hacerse preguntas.

No se me ocurrió porque en mi ignorancia no necesitaba hacerme ese tipo de preguntas: notoriamente me bastaba con su vulva expuesta y su boca dispuesta. No puedo culparme: no era más que un adolescente ignorante y soberbio. Ella, actuando seguramente que sin reflexión alguna, ciegamente, sabía más de su deseo que yo del mío. Y punto.

Pregunta número dos: ¿cómo era posible que, en aquella época pre-pornográfica, antes de la entronización de la felación como forma poco menos que suprema de la relación sexual, ella asumiera la obligación de mamar cada gota de mi semen como si fuera sagrada? ¿Era realmente algún tipo de atavismo cultural? ¿Era alguna forma exagerada de la higiene, la obsesión por no dejar huellas de nuestra actividad vespertina? ¿Era una forma espontánea de expresar el deseo de sumisión? Jamás me lo pregunté. Simplemente gocé de aquel privilegio hasta volverme adicto. Recuerdo que, como consecuencia de alguna película que vimos, me manifestó su interés por las geishas. Era algo más que interés: apreciaba el aprendizaje de un saber sobre el placer, la forma ritual en que se ofrecía y recibía ese placer. Sabía, o inventó, que la esposa tradicional en Japón elegía la geisha adecuada para su esposo. ¿A qué venía todo este discursito? ¿Me estaba sugiriendo la manera en que deseaba nuestra relación? ¿Vivía nuestra relación fantaseándose geisha, puta refinada? ¿Podía una jovencita clasemediera montevideana en los sesenta asumir semejantes fantasías sexuales? Irina era inteligente y muy reservada, muy secreta: a saber lo que podía maquinar su cabecita, tan apta para infinidad de otras cosas, enfocada en descubrir su goce. Fantaseándose en otro mundo, ejerciendo como puta refinada, como esclava sexual para mi beneficio ¿qué podía importarle si la puerta se abría y su verdadera naturaleza quedaba expuesta? Quizá la inminencia del riesgo ni siquiera la tenía presente cuando zarpaba en su viaje a la fantasía.

...

No puedo dejar de darle vueltas en mi cabeza a nuestra vida en el Edén, y con cada vuelta más detalles surgen con increíble nitidez, quemándome la cabeza y lanzándome a nuevas interpretaciones, según yo cada vez más cercanas a la verdad. Al atardecer, cuando me retiraba y ya habíamos salido al palier, por puro capricho, fría y deliberadamente, a menudo - poniendo su mano sobre mi bulto- le hacía notar el estado de “necesidad” en que me encontraba. Era un juego cruel. Sabía que ella no podría -

porque en su lógica no debía- resistirse al llamado. Ella consideraba una especie de sacrilegio que me fuera en tal estado. Podía suceder que la primera con la que me cruzase notando mi estado se ofreciera para aliviarme. Lo cual sería una vergüenza para ella como mujer y novia, un castigo por no cumplir con su deber. O algo por el estilo. Lo cierto es que sin darle muchas vueltas al asunto se arrodillaba en aquel espacio que era el lugar de paso por definición, entre la puerta del ascensor, la principal del apartamento y la del servicio, y desnudando la verga se ponía a menearla, sin prisa pero sin pausa, hasta lograr el desborde. Imposible no pensar que alguien podría estar viéndonos por la mirilla, o que alguna de las tres puertas podría abrirse en cualquier momento. A ella ni lo uno ni lo otro parecía distraerla de acabar prolijamente su faena: mamaba la eyaculación y luego oprimía cuidadosamente el tallo de la verga hasta que el último goterón aparecía en la boquita del glande. En el fondo mi actitud al exigirle el último tributo en semejante lugar no era menos kamikaze que la suya al darse a la cópula sin trancar la puerta. Extraños juegos que repetimos infinitas veces, con total sangre fría, sin que jamás se dieran las consecuencias previsibles, como si estuviéramos protegidos por una especie de cerco que, de ser necesario, nos haría invisibles. ¿Sangre fría? ¿Irresponsabilidad? ¿Cómo era capaz de aquella última mamada, prácticamente en la plaza pública? Es que ella no estaba allí, estaba donde su fantasía de sumisión absoluta la llevaba. ¿Y yo? Yo me entregaba a aquel disparate con la convicción, dada su serenidad, de que tenía un absoluto control del timing de su familia, o con la convicción de que le respetaban su derecho a la intimidad con su noviecito, a tal punto que nunca se permitirían irrumpir en nuestro Edén o en sus alrededores.

...

Lluvia de recuerdos, como quien dice lluvia de meteoritos. Es el cumpleaños de quince de su hermana. Estamos en el living comedor. Música y jolgorio. Hay invitados sentados en nuestro sofá, otros están en el balcón. Yo estoy sentado detrás de la mesa. Mantel blanco. Sandwiches y saladitos. Refrescos. Vasos usados y a medio usar. Si alguien se acercara a la mesa vería que Irina está agachada entre mis rodillas, chupándomela. Mi iniciativa, por supuesto. Ella nunca toma la iniciativa. Ella obedece. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa? El escándalo pudo haber sido tremendo. Sus padres, los invitados. No tendría límites. Sería el tipo de cosas de que todo el mundo se entera. Irina con su vestido de cumpleaños

y su peinado de cumpleaños. Porque en aquellos tiempos era así. Para un cumpleaños te emperifollabas. Meneó, chupó, tragó y guardó el miembro. Pudo hacerlo no porque era audaz y precisa como nadie, sino simplemente porque ella no estaba allí. ¿Cómo una adolescente de clase media culta montevideana podía tener una capacidad de fantasear tan potente como para hacerla invisible?

Escribo hasta que me duele la mano. Tengo que recoger y preservar cada recuerdo como un objeto único y precioso para el estudio y la comprensión. Obligándome a escribirlo mi lucidez se extrema. Hace unos años leí una novela erótica, La fermata se llamaba, muy divertida. Un tipo podía detener al mundo a voluntad. Lo dejaba como congelado. Con las personas, así inmovilizadas, él saciaba sus deseos. Una fantasía un tanto necrófila, digamos, pero que me recordó la conducta de Irina. O bien se creía invisible o bien podía hacer que el tiempo se detuviera en su alrededor. Ante mi mente asombrada nuestra vida en el Edén muta, como un desierto en el que es desenterrada una ciudad hace milenios desaparecida. Aquel Edén de simplicidad angelical que durante medio siglo consideré vagamente como una maravilla con que se me había premiado por el mero hecho de existir, muta para mostrarme un rostro mucho más maravilloso, pero complejo y misterioso, un rostro que jamás imaginé.

LA CUADRERÍA

¿Qué más? ¿Qué más?, me pregunto, fuera de mis cabales. Verla, ir a verla, volver a verla, me respondo. Recoger lo que quede de aquel mundo prodigioso. Pero semejante respuesta, tan lógica, se me hace tan absurda que no le concedo considerarla. ¿Verla dónde? ¿Cómo sin que me vea? ¿Alquilo un remise y me planto frente a su puerta hasta que aparezca? Suena mi celular. No puede ser. Nadie me llama nunca. Debe de ser marketing. Pero sigue sonando y finalmente atiendo. Es Leónidas.

-¿Qué tal, doctor? -dice, animoso como siempre.

-Hola, Leónidas ¿por qué me llamas?

-Usted me llamó. Aquí tengo su llamada perdida.

No, no lo llamé. O quizá sí, pero en estado de delirio. ¿O es que estoy ya tan chocho? ¿Me estoy yendo al carajo?

-Sí -le digo-, es cierto, yo te llamé.

-Estoy a la orden. ¿A quién hay que matar?

-¿Estás libre mañana?

-Para usted estoy siempre a la orden, doctor.

-Vení a buscarme como a las nueve de la mañana. Vamos a dar un paseo.

No le dije más, pero por supuesto que él adivina. Me tranquilizo. Como si Leónidas fuera a deshacer el entuerto en que me encuentro. Le tengo confianza. No por casualidad se le ocurrió llamarme. O se me ocurrió llamarlo. Es mi Ángel de la Guarda. Los viejos también lo tenemos. Lo necesitamos más que los niños, y en realidad estamos mucho más predispuestos a creer en su eficiencia.

...

No pude hacer más en el resto del día. Ni siquiera pensar si tenía sentido la decisión que había tomado. Que había tomado casi sin tomarla. Aplastado en mi sillón, agotado, incapaz de analizar las perspectivas ni de imaginar futuros posibles -una de mis actividades favoritas, y en la que invariablemente me equivoco. La mente en blanco, mirando fijamente sin ver, como el cazador en el paciente acecho de la presa suprema: la Nada. Poco a poco el pánico me fue ganando. No pude cenar. Me daba náusea de sólo pensar en ingerir alimento. Como si la mañana siguiente me fueran a ejecutar. A las tres de la mañana, sin poder conciliar el sueño, estallé de furia e impotencia, y mordiéndome los nudillos hasta romper la piel seca de mis manos, imploré al Cielo un poco de piedad. Me fueron concedidas cuatro horas de sueño, pero no antes de curarme el nudillo herido. Desperté boleado por el agotamiento. Llamé a Leónidas para suspender la aventura.

-Vamos, doctor... Nicolás... -ese es mi nombre y lo utilizó, súbitamente confianzudo- ...mañana va a ser peor. Estas cosas hay que encararlas de una. Quedarse con la espina es lo peor ¿o no?

-No tengo fuerzas para encarar nada -confesé.

-No se preocupe. Yo encaro cualquier cosa que pueda darse. Usted quietito, bichando, que es lo que quiere hacer ¿no?

La voz de Leónidas en el teléfono me sonaba fresca y lúcida, como si lo hubiera interrumpido en sus tareas matinales de jardinería o de horticultura. Pudo conmigo. Yo no tenía energía ni para imponerle mi decisión de suspender el paseo.

Su móvil era una Combi prehistórica ¡vehículo ideal para tareas de detección y de seguimiento!, que era joven cuando yo era joven. Coincidencia de buen augurio sin duda alguna. Había que hacer a un lado detritos orgánicos e inorgánicos de todo tipo para apoyar los pies. Era comprensible: sin duda Leónidas pasaba muchas horas a bordo. Ni me preguntó a dónde íbamos. Con cada cambio que metía la camioneta retemblaba resistiéndose con un ruido a latas atadas con alambre. No había que temer que alguien adivinara la índole de las tareas que mi sabueso cumplía. En algún momento empezó a sonar un despertador electrónico -no puede sorprender que necesitara uno a bordo. Sin dejar de manejar Leónidas dio un par de manazos sobre el salpicadero tratando de apagarlo, pero no pudo y cruzamos la ciudad con el pi-pi-pí destrozándome los tímpanos. Encerrados en la Combi no pude sino tomar nota de que mi sabueso olía a chivo cruzado con agua de colonia barata. Me pregunté si semejante personaje podía serme de alguna ayuda en mis delicados -decisivos- asuntos. Con habilidad casi mágica estacionó en un lugar ínfimo sin empujar al de atrás ni al de adelante. Augurio de sutileza que respondía a mi pregunta y que, hipersensible como estaba, no dejé de tener en cuenta.

-Ahí vive -dijo, señalando un edificio flamante y con aspecto de carísimo-. Y ese es su auto -agregó-. Es un Citroën DS7 -hizo una pausa y luego, por todo comentario-: Cincuenta mil dólares sin los chiches.

-Interesante -me limité a decir.

-El chofer es un viejo bastante pelotudo. Está seguramente en el bar de la esquina tomando un café y leyendo el diario. Acude cuando ella lo llama. Cosa que generalmente sucede entre las nueve y las nueve y media.

-No tuve y jamás tendré un auto de cincuenta mil dólares -murmuré entre dientes.

-Yo todavía no pierdo la esperanza, creo -dijo Leónidas, y se puso a bajar la ventanilla de su lado, cosa nada fácil porque a la manivela le faltaba la empuñadura, de manera que tuvo que conformarse con los centímetros suficientes como para cambiar el aire.

-¿Sale todos los días? -pregunté.

-No lo sé. Casi todos, creo. Las veces que la seguí regresó entre las doce y media y la una, como para almorzar.

-¿Y de tarde?

Titubeó.

-No sale antes de las tres y media o las cuatro -giró la cabeza para mirarme-. ¿Cuál es la idea? -preguntó.

Se me ocurrió entonces que Leónidas fantaseaba con que fuéramos a secuestrarla. Me vino un chuco de sólo pensar en estar metido en una situación de esa índole. Para el estado calamitoso en que yo estaba por la sola idea de volver a verla, lo único que me faltaba era ingresar en un delirio paranoico. ¿Sería Leónidas el tipo de demente, que sé que los hay, al que le basta con muy poco para que ponga a funcionar un desastre de proporciones? A punto estuve de indicarle que me regresara a casa con la intención de no volver a verlo, cuando vimos al chofer, con gorra y todo, volviendo a las apuradas. Era Irina, sin duda, la mujer que salió del edificio, lo supe por la manera de caminar, por la estructura corporal, por el pelo, y por nada más, porque los lentes negros y el abrigo holgado, y hasta los guantes de piel no me dejaban apreciar ningún otro detalle. Partieron de inmediato, la Combi dio una trabajosa vuelta en U y los seguimos.

-Puede ir a la peluquería, o a una tienda de ropa, o de productos de belleza -especuló Leónidas.

Sospeché entonces que la había estado siguiendo aun después de que presentó su informe y cobró por sus servicios, digamos que por iniciativa propia, previendo ulterioridades, o de puro desocupado. Comprendí que me estaba dejando llevar por él, como si su lógica de sabueso fuera lo que yo necesitaba. Estar siguiéndola era absurdo como tal, pero más absurda era la excitación que me producía, como si aquella aventura indigna y delirante fuera a revelarme algo decisivo acerca de ella, algo que de alguna manera haría menos inaceptable la idea del reencuentro. Tan

absurdo era aquello que de pronto sentí que no era ella la que iba en el Citroën ni yo el que iba en la Combi, que estaba viendo una película en la que un viejo ha decidido hacer realidad una vaga promesa de amor que la dama le hizo hace mil años y que ya ha olvidado por completo. Ahí iba yo, como pasmado, llevado de la nariz por el delirante de Leónidas, incapaz de reacción, como seguro de que en realidad aquello no estaba sucediendo y que no tendría que enfrentar las consecuencias fácilmente imaginables si quedábamos en evidencia.

-El otro lugar que visita a menudo... -dijo Leónidas deteniendo la furgoneta unos treinta metros detrás de donde estaba siendo aparcado el Citroën- ...es esta cuadrería.

Irina bajó del auto y entró en la cuadrería Le Marchand. Leónidas no podía seguir detenido en doble fila, de manera que seguimos adelante. En las vitrinas se veían marcos de todo tipo y color.

-Y ¿a qué...? ¿Para qué...? -balbuceé.

-Eso no lo sé -respondió, deteniéndose en un lugar libre, cerca de las esquinas-, pero puedo averiguarlo. ¿Le importa si fumo?

Me importaba, porque me dan ganas de fumar, y no debo, pero le dije que lo hiciera, y no sin esfuerzo bajé la ventanilla de mi lado. La manivela estaba entera, pero se negaba a cumplir con su función. Ignoro qué fumaba, pero era como si estuviera fumigando.

-¿Su idea es que esperemos que salga? Puede tardar una hora.

Quedamos callados. Él atento a la entrada del negocio a través del retrovisor.

-Ninguna de las dos veces que la vi entrar salió con un marco o algo parecido -declaró con un tonito que me pareció, más que objetivo, ladino.

Ya no pude contenerme.

-Pero dígame ¿usted siguió espiándola después de que le pagué y cortamos?

Me miró con una sonrisa pícara.

-Vicios del oficio -dijo sin intención de explicar o de disculparse.

Me quedé mirándolo, evidentemente descontento. Me dio una palmadita en el muslo.

-Vamos, no se ponga así. Soy totalmente fiel y discreto. Póngame a prueba -exigió.

Respiré hondo para tranquilizarme. Leónidas era un loco simpático y quizá, fuera de control, peligroso, pero sin duda que era eficiente, y por ahora lo necesitaba.

-¿Qué más sabés que no me dijiste?

-Nada. Esto... lo de la cuadrería...

-¿O sea?

Se encogió de hombros.

-Que no sé a qué viene...

-Quizá algo que tiene que ver con los hijos -propuse.

-Los hijos no viven en Uruguay.

-¿Entonces? ¿Vos entraste ahí?

-Sí. El dueño es un tipo de unos cuarenta años, callado, un poco mal encarado. Un fulano cualquiera me pareció.

En ese momento el Citroën arrancó, paso junto a nosotros y se alejó.

-Vuelve en una hora -dijo mi sabueso-, seguramente que ella lo llama. Por la razón que sea no quiere que se quede esperándola en la puerta.

Pensé que, sin arriesgar palabras, Leónidas me sugería que entre Irina y el enmarcador existía intimidad. ¿Podría ser así? Repasé lo que había comprendido acerca de Irina en estos días. Sí, concluí, era posible ¿por qué no? La geisha... Irina era una burguesa, una señora, todos los lujos ¿por qué no tener un amante rústico, exigente, impaciente, mal encarado? ¡Mierda! ¿Por qué no?

-Vámonos -dije.

-¿Quiere que averigüe? -preguntó.

-Dejame pensar.

Al llegar a casa le dije que sí. ¿Me importaba, me jodía, me molestaba, me tiraba abajo el ícono? No, no me jodía. A mi edad ya no hay lugar para mentiras. Más allá del Edén, su vida era su vida. Si quería otra vida, otro destino para ella, me tendría que haber quedado, amoldado, vivido esa otra vida. Y no lo hice. El desastre que hice de mi vida era mi destino. Ella había sido mi proveedora de la experiencia del Edén. Yo me fui. Ella vivió de acuerdo con su naturaleza... quizá pervertida, digamos, pero no sé hasta dónde, por mi ausencia.

EL SABOR DEL RIESGO

Aquella extraña excursión no diré que me tranquilizó, pero sí que me planchó. Pasé días frente al ventanal mirando cómo el viento agitaba las copas de los árboles. Es eso la vida, pensaba, indiferente a nuestros pequeños infiernos el viento sigue soplando y sigue agitando las copas de los árboles. Estuvo la limpiadora. Sabrina es su nombre. Es una mujer de unos cincuenta años. Usa calzas de colores y se pinta el pelo de amarillo. Viene cuando quiere, pero viene por lo menos una vez por semana. Es el acuerdo que tenemos, aunque no dejo de insistirle con que venga dos veces. Yo, que amo el silencio, disfruto como una música celestial la batahola que arma en la cocina. Parece como si no pudiera limpiar y ordenar sin hacer que las cosas suenen. ¿Por qué lo disfruto? Una fijación de infancia, sin duda: mi madre atareada en la cocina mientras yo hago los deberes en la mesa del comedor de diario. Después Sabrina arranca con la aspiradora, que tampoco me molesta, aunque suena como si tuviera un motor de motocicleta sin silenciador. Aspira exageradamente la alfombra frente a mi sillón. Es que busca conversación.

-¿Cómo anda? ¿Se siente bien? -arranca finalmente, apagando la aspiradora.

-Sí. Bien. ¿Por qué pregunta?

-Lo veo como apichonado.

No digo nada y no insiste. Enciende la aspiradora otra vez.

-Va a dejarme pelada la alfombra -le digo, y se lo tengo que repetir por el ruido.

Apaga otra vez.

-Tiene razón. Ya bastante pelada está -dice y se lleva al monstrueque.

Regresa con un plumero y se pone a plumerear la biblioteca.

-Si necesita que alguna noche me quede, me lo dice. Mis hijos ya están grandes -dice, y no sé si se está tirando un lance o si me ve tan desmejorado.

Curiosa percepción esta última, porque en realidad yo me siento de lo más plácido después de días de ansiedad, casi de angustia.

-A mí lo que me parece es que usted está enamorado -sigue adelante la buena mujer.

-¿Le parece? -le pregunto burlándome un poco, cosa que no registra.

-No tiene por qué avergonzarse -me tranquiliza-. El amor no tiene edad. Yo misma -agrega mostrándome una sonrisa pícara-, me enamoro todos los días -y suelta una risita tipo ji-ji-jí.

Y después, todavía:

-Cosas peores perdona la Iglesia. ¿No le parece?

Finalmente, dándole lustramuebles al aparador, parece ir al grano:

-A lo mejor anda nervioso porque hace tiempo que no...

-Basta, Sabrina, por favor -la interrumpo-. No me deja concentrarme en lo que estoy pensando.

-Ah, está pensando -responde, algo amoscada-. No me había dado cuenta.

Y sin más regresa a la cocina. Me deja en el freezer un par de comidas preparadas. Es muy buena cocinera. Dormito oyendo la música de las cacerolas. Como un enfermo que recibe la medicación por goteo, dejo que las experiencias de los últimos días permeen en lo profundo de mi alma, mutando poco a poco el paisaje de mi vida. ¿Hay que llegar al final de la vida para entender, cuando ya no sirve para nada? Nuevos recuerdos emergen lentamente, como las gotas que engordan y se redondean hasta alcanzar su perfección y entonces se sueltan y caen por su propio peso. Las pruebas de que alcanza su goce por medio del riesgo de ser descubierta “ejerciendo”, se multiplican, sin que yo haga nada para

convocarlas. Una tarde me he quedado en el Edén bastante más que lo razonable. Ha anochecido y hemos oído el regreso a casa de su familia. Los hermanos del club, el padre de su trabajo. Previendo que alguien -su padre en particular- se queje de tanta intimidad, Irina abre la puerta y la deja abierta. Yo estoy sentado en el sillón de espaldas a la puerta. Ella se para delante de mí y mi mano sube por entre sus piernas hasta tocar la bombacha. Hemos tenido sexo por la tarde, pero yo quiero más, y ella también. El recuerdo abre recuerdos. Nunca, pero nunca que la toqué la encontré seca. Eso debiera de decirme que ella fantasea sexo apenas me ve tanto como yo lo hago apenas la veo, con erecciones instantáneas. ¿No me decía nada saber eso, no me llevaba a profundizar en la comprensión de la intimidad de su mente? No. Me llevaba a cogerla cuanto antes, pero a nada más. Y sin embargo esa humedad infaltable era una llave preciosa. Me decía, lo se ahora, que su mente y su cuerpo no estaban menos dominados por la fantasía y el deseo que los míos. Me decía que ella era exactamente mi doble, que, más allá de lo modosa y prolija y seriecita, estaba tan dada como yo a la voluptuosidad. Sólo la ingenuidad y la ceguera me hicieron concebir que habría en el mundo más y mejor para mí. El recuerdo abre recuerdos, en cadena. Ella me hizo mil pajas, yo no le hice ninguna. ¡¿Cómo es eso?! ¿Se hubiera negado? No. O sí. No lo sé. A nada se negó nunca. ¿Entonces? Ella me daba “servicio”, no yo a ella. ¿Era así que ella quería las cosas? ¿Eran así adecuadas para su goce? Cuando me la chupaba después de coger ella ya estaba acabada. Nunca cogimos sin que ella acabara primero. Pero en las instancias de pura felación ¿no acababa? O bien acababa mientras me pajeaba y me la chupaba, o bien se guardaba el recuerdo para después pajearse a solas. Esto me lo digo ahora, pero entonces nunca imaginé que ella pudiera pajearse a solas. En aquellos tiempos la idea dominante era que la paja tenía algo de sucio, de bajo, de innoble, ni me pasaba por la mente hacerle una a ella, siempre tan prolija, compuesta y sublime. Cogérmela, como fuera, pero hacerle una paja... absolutamente impensable. Sería como un ultraje, un manoseo vil, una violación. Me duele no haberlo hecho, no haberla pajeado hasta ver el orgasmo incontenible en su rostro. El recuerdo abre recuerdos. Pero es que nunca me dejó ver el orgasmo floreciendo en su rostro. Montada sobre mi vientre o en cuatro siempre escondía la cara al acabar. Y yo, por supuesto, era incapaz de obligarla a mostrarme el divino espectáculo. O ni me lo planteaba porque egocéntrico absoluto lo único que me importaba era redondear mi orgasmo, retrasarlo tanto como me fuera posible para

gozar de su sumisión y de mi potencia. Cuántas veces la llevé a un segundo orgasmo, no para saciar hasta el fondo su deseo, sino para llevar al máximo el goce de mi potencia, pero nunca se me antojó levantar el velo para gozar de la visión de su rostro en pleno éxtasis. Era tan ingenuo y tan ciego que no sabía que pasaba indiferente y me perdía para siempre la esencia de las esencias, el verdadero bocatto di cardenale de la pasión sexual.

...

¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Estoy desmantelando el Edén como quien lleva un barco al desguazadero, o estoy elevándolo al nivel superior de goce al que sólo puede llevarlo la lucidez, aun si esta llega demasiado tarde en la vida? Aquel atardecer en que ella dejó la puerta abierta yo no quería irme sin acabar una vez más, aunque la puerta estuviera abierta. Era pura necedad, prepotencia de adolescente acostumbrado a que no se le niegue nada, e irresponsablemente dispuesto a jugar al borde de la catástrofe. ¿Quién llevaba la peor parte, ella o yo, si sucedía lo que con toda probabilidad podía suceder y que milagrosamente no sucedió? Ella llevaría la peor parte, por más permisiva que fuera su familia. Entonces ¿qué era lo que buscaba yo en realidad? ¿Humillarla, ofrecérmela en sacrificio, en mi homenaje? Podría haber pasado, porque ella, en esta situación absurda tampoco estaba dispuesta a decirme que no. Puse su mano sobre el bulto, ya endurecido, obligándola a inclinarse un poco hacia adelante, apoyando la otra mano sobre el respaldo del sillón. ¡La recuerdo como si la estuviera viendo! Miraba una y otra vez hacia la puerta, como calculando las probabilidades de disimular, dado el caso, mientras bajaba la cremallera de mi pantalón y desnudaba mi sexo. Masturbó. Su idea era, seguramente, agacharse sólo a último momento. Veo su mirada pasando de la verga a la puerta, y viceversa, sin detenerse en mi rostro. Para ella sin duda era un acto de sumisión, de pleitesía a su hombre, pero no por eso era menos un problema técnico. Mi respiración sobre todo debe de haberle dicho que estaba acercándome al cénit de la excitación, debe de haber visto que cerraba los ojos, y cómo el estremecimiento recorría mi cuerpo. Yo oía a los suyos pasar frente a la puerta abierta, oía retazos de lo que conversaban. ¡Increíble disciplina familiar para respetar la intimidad de la nena! Estábamos como en una vidriera en medio de una plaza pública. De pronto, cuando ya estaba en la nube, perdida toda conciencia, sentí la humedad cálida de su boca envolviendo mi sexo. Sus dedos

seguían masturbando la base del tallo. Me dejé ir. Me entregué a la correntada que en un suspiro me llevó hasta el medio del océano. Chupó y tragó y sorbió de la boquita y de inmediato se puso de pie. ¿Cuánto duró aquella demencia? Segundos. Jadeaba y estaba colorada como un tomate. Tragaba aún y se lamió los labios. Se alejó un paso mientras yo escondía velozmente la evidencia. Se sentó, se dejó caer más bien, en el sofá. ¿Me di cuenta de que se dejó caer porque no la sostenían las piernas? ¿Me pregunté por qué no la sostenían las piernas? Ni por un instante me pasó por la mente que eran, sencillamente, señales del colapso llamado orgasmo.

Su familia sabía, no podía no saber, lo que pasaba tras la puerta cerrada todas las tardes, y preferían, con increíble disciplina, no darse por enterados, no tener que hablarlo, no someter a su joyita a una situación de escándalo familiar. Eran los tiempos en que los padres comenzaban a decirse: mejor en casa. Aunque la niña exagerara un poco las frecuencias. Los recuerdos son cada vez más nítidos, como si ir comprendiendo los trasfondos, lo que estaba realmente en juego, liberara las imágenes, antes borrosas.

...

Veó su rostro, para mí la imagen misma de la belleza sumada a la inteligencia. Lo veo con más claridad y nitidez que cuando la tenía delante. Con tal intensidad como si nunca fuera a marchitarse y desaparecer. Veó el amarillo oscuro de su vestidito bobo, los dibujitos infantiles del estampado: buques, trenes, avioncitos, tan claramente como si la tuviera ahora montada sobre mi vientre. Veó la luminosidad solar del Edén, que se iba apagando a medida que pasaba nuestra tarde. La tela del sofá de tres cuerpos es de un amarillo claro, con estampado floral en brocado dorado ¡horror, perdóneseme la precisión alucinante con que recuerdo! Veó todo con tal claridad que me sofoco, me cuesta respirar. Ya no respiro con el aliento cortito del anciano. Respiro con todo el pecho, vuelvo a tener la sensación de posesión plena de mi hombría, de mi potencia masculina. En aquella eternidad, en aquel no tiempo del Edén yo hice de ella una mujer, pero más seguramente ella hizo de mí un hombre, un hombre potente como ninguno y tonto a más no poder. Lo bueno me lo dio ella, lo malo estaba en mi naturaleza.

Los detalles me abruman. Nunca me cogí su boca. Quiero decir, nunca usé su boca como una vagina, gesto brutal y delicioso que aprendí después, en el que incurrí después, cuando esa boca ya no era la suya. Nunca me hubiera atrevido a someterla a esa humillación. Aunque bien sé que ese gesto puede ser parte del goce. Era su boca la que jugaba con mi verga quién sabe a qué. Mi verga en su boca era como una fierecilla domada, domesticada por sus dedos largos, fuertes y sobre todo, hábiles, por sus labios delgados y juguetones que le soplaban encima palabras que no era para mis oídos, por su lengua, sobre todo por su lengua, larga y dulce, especie de lengua prensil, caprichosa como la de un demonio, y por sus dientes pequeños y perfectos que, como sin querer, a veces, con delicadeza me hacía sentir en la mitad del tallo. Me llevaba, sin resistencia alguna y tan rápida o lentamente como deseaba al punto en el que capitulaba vertiendo toda mi riqueza en su garganta. Disimulada por su máscara de sabia sumisa, ella era la ama, ella mandaba en mi sumiso vaciarme en la voracidad de sus fauces.

Sólo ahora, que se han abierto las puertas de mi memoria, tomo conciencia de la cantidad de veces que lo hicimos en lugares públicos. Me parece increíble ahora que lo pienso, pasado tanto tiempo, pero en aquellos momentos para nosotros era normal y natural tener sexo en lugares públicos. No lo hablábamos, no lo discutíamos. Nada. Al azar de mi capricho, llamémoslo deseo, o sea siempre que se me antojaba le hacía notar mi “necesidad”, para acreditar la cual y poner a funcionar su máquina de someterse me bastaba con hacerle notar una erección por lo menos ya mediana, en progreso, para conseguir la cual me bastaba con la idea, la imagen, la evocación de su divino rostro chupándomela, evocación que tomaba posesión de mi mente en cuanto nos encontrábamos en un lugar público o privado en el cual, circunstancialmente, nadie estuviera viéndonos o mirándonos -apréciase en esta opción la riqueza de la diferencia. Podíamos estar en el campo visual de alguien sin que por eso nos mirara. Con eso, por demente que parezca, nos bastaba.

MOMENTOS ESTELARES

Así como en agosto nuestro planeta en su estúpido viaje circular atraviesa un basurero cósmico y nos llueven meteoritos, de la misma manera en mi senil navegación de los mares de la memoria atravieso el Espacio Edénico y padezco una lluvia de recuerdos. Así como los cazadores de meteoritos recorren los desiertos en busca de piedras negras, así mi mente recorre las zonas calcinadas de la memoria en busca de vivencias quizá recuperables. Algunas veces, hace no sé cuántos años, fui a las sierras de Minas a saludar la llegada de las Perseidas contra un cielo insuperablemente puro. Eran tantos los trazos de luz en la negrura del cielo que no acababa de fijar la vista en uno cuando el otro aparecía. Así me siento: como el imán de las Perseidas. No acaba de chisporrotear un recuerdo iluminando un momento de mi Edén cuando ya otro irrumpe devorando mi atención. Enhorabuena y que siga siendo así. Cualquier cosa antes que volver al vacío en el que me ha depositado la seguidilla de frustraciones a la que no tengo más remedio que llamar mi vida, vacío que al principio me pareció un oasis en el que descansar de tantos afanes y tantos fracasos, y que después supe que no es sino otra cara del infierno. Que continúe este regreso al Edén, aunque con su luz recrudescida esté calcinando la vaga imagen, bonachona y autocomplacida, que tenía de aquellos días. Pase lo que pase, y no puede importarme mucho lo que pase porque me queda demasiado poco por perder, prefiero a estas, mis Perseidas, y a su triste consecuencia, el imperdonable espionaje de que estoy haciendo objeto a Irina.

A menudo por la tarde íbamos al cine. Yo elegía una fila en la que estuviéramos solos. Apenas ponía las nalgas en la butaca ya estaba en erección. Apenas se apagaban las luces desnudaba la verga. Pasaba el brazo sobre sus hombros y la atraía. Ella apoyaba la cabeza en mi hombro, empuñaba la verga y la meneaba. Como el personaje de La fermata, apenas siento abrirse el flujo del recuerdo elijo un momento para detenerlo todo y hurgar en él. El momento es una burbuja en la que entro. Miro en derredor tomando nota de los detalles, conservados como fuera del tiempo. Me masturba no con un movimiento vertical, sino tironeando de la verga hacia adelante, como para hacer más discreta, más escondida la operación. La miro. La luz reflejada por la pantalla acaricia su perfil. Es la calma misma, ni excitada ni nerviosa, etérea. ¡Qué bello me parecía su perfil acariciado por la luz de la pantalla, qué hermosa cuando disimula, fingiendo interés en la pantalla, mientras su mano hábil y dulce me hace la

paja! Me mira y me hace un gesto con los ojos como para que mire hacia la pantalla. Piensa en todo. Miro hacia la pantalla sin ver. Los ojos se me cierran. Separo cuanto puedo las rodillas, como invitándola a que deje chorrear el semen en el piso. No lo va a hacer, por supuesto. Me doy cuenta -entonces, no ahora- de que he elaborado la fantasía de que sí lo haga, de que la corriente de semen fluya, libre. Pienso -entonces, no ahora- que podría esconderle la inminencia de la acabada, y así realizar mi fantasía de que su mano me vacíe libremente, al aire, a la nada. Disimulo, pero en el mismo momento del desborde ella, con un movimiento muy natural, como si se le hubiera caído un pañuelo, se inclina sobre mi vientre y mama hasta secar la fuente. Restituido el orden nos miramos en la oscuridad. La beso en los labios fugazmente. Sé que no le gusta que le bese los labios cuando acaba de mamar el semen. ¿Piensa que el sabor que tiene en los labios es indigno de una dama? En todo caso le pertenece a ella y sólo a ella. Después, muy discretamente saca de la cartera los lentes y se los pone. Es un poco miope, no ve con precisión la pantalla. Tampoco ve el destino de los ómnibus hasta que están muy cerca. Pero no le gusta que la vea de lentes. Piensa que la afean. La miro y me mira, con una sonrisa como avergonzada. Insisto mirándola. Apoya el índice contra mi barbilla y me obliga a mirar la pantalla. Me pregunto -ya entonces- cómo es posible que me toque a mí un ser tan único. Debo de ser una maravilla, pienso. La respuesta es simple: yo soy Yo.

...

Coincide que tenemos una hora-puente a la misma hora. A media mañana en la enorme biblioteca del IAVA no hay nadie. Enorme me lo parecía entonces, con las altísimas ventanas y las largas mesas de madera, hoy no sé, no he vuelto a visitarla. Nos sentamos en la última mesa, de cara al mostrador, también desierto. En cuanto constato que nadie nos mira, que estamos solos, que somos técnicamente invisibles, sé de qué va. ¿Por puro vicio? No. Es el gusto por el capricho voluptuoso, y por el desafío, por la transgresión, el riesgo. Afuera estudiantes y policías intercambian pedazos de baldosas contra gases lacrimógenos. Es su sentido del riesgo. El mío es este. Pero no solo mío. Ella siempre pudo haber dicho que no. Nunca me pregunté: ¿está ella ya mojada como yo erecto? No, yo soy La Bestia y estoy feliz de serlo. Cada tanto la bibliotecaria sale de la zona del depósito y viene hacia el mostrador, revisa papeles, ni nos mira y desaparece otra vez. ¿A qué este absurdo, si en unas horas íbamos a estar como todas las

tardés solos en nuestro Edén? Ambos sabemos, aunque ni se nos ocurre tenerlo en cuenta, que si nos descubren haciéndolo nos expulsan del Instituto, sería un escándalo del que cierta prensa haría un circo, nuestros padres -pero sobre todo los de ella, porque el machismo aún campeaba- se morirían de la vergüenza:

-¡¿No te dimos todas las facilidades para que estuvieran solos en casa!?

Nuestros expedientes como estudiantes quedarían marcados para siempre, no sé si podríamos continuar nuestros estudios, acceder a educación superior, o si tendríamos que optar por alguna forma del exilio. ¿Exagero? No. No sé. Pero con la mitad de esto bastaría para que racionalmente esperáramos a la tarde. Pero no. Abrimos libros y cuadernos. Durante unos minutos fingimos estudiar. Yo al menos finjo, ella no sé, la creía capaz de concentrarse en el trabajo en cualquier circunstancia. En determinado momento nos miramos, sin decir nada. Nunca en este tipo de circunstancias tuve que decirle chupámela. Mi mirada le dice mi “necesidad”. Desnudo la verga. Lo razonable dentro de lo absurdo sería que yo mismo me la meneara y le avisara cuando estuviera a punto, pero esto estaba por completo fuera de la cuestión. Y aquí el recuerdo se abre, se profundiza. Veo claro ahora que era algo implícito, sin formularlo nunca con palabras, que yo -supuestamente- no me pajeaba, no a solas, por supuesto, porque si lo hiciera estaría vertiendo quién sabe sobre qué mi sagrado semen, pero tampoco junto a ella, porque ese delicado momento, el meneo, era parte esencial del servicio que ella me prestaba, y yo no podía -literalmente, sí- quitarla de sus manos. Me voy dando cuenta de que nuestra ingenua sexualidad de adolescentes en realidad estaba regulada por una compleja red de aquiescencias e inhibiciones no escritas, ni siquiera dichas, explicitadas, pero de la cual ambos estábamos en todo momento conscientes, y el olvido de la cual, en cualquiera de sus puntos, significaría una fisura dolorosa, decepcionante en la imagen que cada uno tenía del otro, que juzgábamos a priori intocable, perfecta y sagrada. Inconsciente y espontáneamente nos habíamos mitificado el uno al otro en un punto en el que creíamos solventar nuestra voracidad sexual de una manera ordenada y correcta. ¡Peculiar variación del puritanismo! Porque cumplíamos cuidadosamente con nuestras reglas de juego ¡nunca explicitadas! nos dábamos gusto cuando y donde se nos ocurriera, y si era en un lugar público nos volvíamos invisibles. Me masturba mirando su

libro, para mayor disimulo. Tomo mi cuaderno, apoyo la espalda en el respaldo de la silla y finjo también que leo. ¡Bendito sea Dios, qué delicia! Son las diez de la mañana, y a esa hora, frescas las neuronas, una caricia íntima y clandestina de la mano amada hace que el mundo sea una maravilla. La bibliotecóloga, con su túnica blanca y sus lentes calzados en la punta de la nariz, regresa al mostrador, se sienta, sólo le veo el pelo. Irina la ha visto y se detiene. Pero yo estoy a punto.

-Ahora -la urjo.

Olvidando cualquier precaución ante la posibilidad terrible de que mi elixir se derramara sobre el piso, Irina se inclina sobre mi vientre y en segundos su boca me vacía del semen abundante y denso de las primeras horas del día. Se endereza, jadeando y con las mejillas coloradas. ¿La agitación de su respiración es por la audacia o es que está también a punto? Yo, nadando en lo profundo de la delicia, no me lo pregunto. ¡Estúpido ignorante! Hubiera sido la maravilla perfecta devolverle el servicio, meter la mano por debajo de la falda de tela escocesa y masajearle el vértice por encima de la ropa, porque usaba pantimedias, o meter la mano por la cintura de la falda y por debajo de la pantimedia para tener en mi mano directamente la dulzura y la humedad de su piel más íntima, y hasta sentirla estremecerse de pies a cabeza. Está en mi naturaleza, en todo, quedarme a medias, no ir hasta el final, perderme lo mejor. Nadie vio nada aquella mañana en la biblioteca. Una vez más fuimos invisibles. Igual podría haberla cogido apoyándola contra la mesa. ¿Qué haría ella con su excitación? ¿Ya había alcanzado el ápice? ¿Se pajaría después en el baño? Era y ¡maldita sea! aún soy incapaz de imaginarla en ese trance. Sin formulármelo pensaba que una persona como ella no se da placer a sí misma. En mi mente ella nunca se pajeó en su vida. Yo era su vaca, a mí me ordeñaba cotidianamente, a demanda, pero ella, según yo imaginaba, no se aliviaba nunca, sólo cuando cogíamos. Cuando cogíamos en el Edén primero ella montaba sobre mi vientre y me cogía hasta alcanzar el orgasmo. Después se ponía en cuatro y la cogía, muchas veces hasta llevarla a un segundo orgasmo, después del cual era mi turno, en su boca. Así era siempre, sin variaciones. ¡La acababa dos veces seguidas pero era incapaz de ofrecerle una paja en el momento justo y adecuado porque imaginaba que ella nunca había incurrido en paja! Ojalá Dios tenga un Cielo especial para los idiotas. Mis reseca mejillas de viejo se ruborizan de sólo pensar en tanto egocentrismo y tanta ignorancia. ¿Reencontrarnos?

¿Para qué? ¿Para explicarle que ahora estoy comprendiendo todo esto?
¿Puede alguien imaginar un espectáculo más lamentable?

...

Espacio fuera del espacio, más tiempo fuera del tiempo, más plenitud sexual, igual, Edén. No lo llamaba Edén por aquel entonces, no tenía la experiencia de vida suficiente como para comprender que aquello era el Edén, o más exactamente, mi Edén posible. No lo llamaba de ninguna manera. Aquello para mí era simplemente la vida, tan espléndida como es capaz de presentarse para los privilegiados, para los predestinados a todo lo mejor. Cuando los de mi edad luchaban por conseguir alguna gratificación matándose a pajas, o mendigando un poco de sexo, o pagando por él, yo tenía, día tras día y en demasía, todo lo que en la materia se me pudiera antojar. Que no era gran cosa, y ese era mi límite, que me impedía leer las señales que me hubieran permitido comprender en profundidad a Irina, comprender su erotismo, lo cual a su vez hubiera impedido que nos separáramos. Pensar el Edén es, simultáneamente, pensar su gloria y su fracaso. Eso es el Edén en el Génesis, gloria y fracaso, las dos caras de la misma moneda. Así pues, no lo llamaba Edén mientras lo vivía. El nombre, la palabra me vino después, en algún momento impreciso en el que viviendo lo poco y lo pobre que supe vivir, empecé a comprender que mucho antes, en el origen, lo había tenido todo y lo había perdido.

En lo único que fui capaz de ir más allá de mi rutina de coger fue en exigirle servicio sexual en las situaciones más anómalas, en las que, por cierto -dado el machismo imperante-, mucho más tenía ella para perder que yo si hubiéramos sido descubiertos. Me sorprende ahora la comprensión de que estas felaciones en los lugares menos apropiados, si eran la búsqueda del riesgo, tenían también otra función: a fuerza de repetición y hartazgo el Edén podía llegar a convertirse en una prisión, teníamos pues que sacar a pasear a nuestro delirio erótico, teníamos que sacarlo al mundo, conquistar con él el mundo, marcar el mundo, como marcan los perros su territorio con una meada. Esa práctica absurda y peligrosa funcionaba, entonces, también como una válvula de escape. No estábamos encerrados como bestias cogelonas, podíamos desfogarnos donde se nos ocurriera, el mundo era nuestro. Recuerdo una tarde de otoño en el Museo Casa de Fernando García, nuestro favorito, no sólo por

los carruajes sino sobre todo por el hermoso pabellón al fondo del gran jardín, conservado tal y cual como era a fines del siglo XIX, y cuyo alhajamiento desapareció por completo durante la dictadura. El gran jardín era todo senderos caprichosos y rincones deliciosos, y aquella tarde, como a menudo, estaba totalmente desierto. Tuve una urgencia. Irina dudó, aquella sería nuestra primera vez en un lugar público pero además al aire libre. Dudó, pero no impidió que le abriera el abrigo de pana gruesa y largo hasta las rodillas. Miraba a un lado y a otro, el ceño fruncido.

-No hay nadie -le dije.

Debajo de la falda llevaba pantimedias de lana. Grises. Pensó que iba a pedirle no más que pleitesía oral, pero yo lo que quería era la íntima tibieza de su piel desnuda, o la abyección de coger como animales, a cielo abierto. Dejó que, tomándola de los hombros, la llevara a darme la espalda. Le subí el abrigo y la falda, le bajé la pantimedia y me llené la mano con la tibieza y la humedad de su entrepierna. La incliné hacia adelante y, tomándola fuerte de las caderas, porque donde estábamos no había en qué apoyarse, me deslicé dentro de su vientre. Chapoteaba en ella de tan mojada, y se acabó de inmediato, quejándose por primera vez en voz alta, como si el orgasmo que la arrebatara fuera demasiado para ella. Sus quejidos de placer pudieron conmigo, y a punto de acabar me retiré. Aun con las pantimedias a media asta, aterrizó de rodillas en el pedregullo justo para devorarse la bola de semen. Un poco fuera de sí, como olvidada de la circunstancia, cuando terminó de mamar tomó la verga por el tallo y se puso a menearla, como decidida a acabarme otra vez. Lo hubiera conseguido, porque la erección estaba intacta, pero decidí que aquello no era ya correr un riesgo tan inútil como cachondo, sino caer en la temeridad. La recuerdo, mejor que con una foto del momento, acomodándose la ropa en aquel sendero de jardín. Después caminamos abrazados, las rodillas temblándonos, en busca de un banco en el que descansar.

El extremo, el absurdo más demente en materia de pedirle sexo en lugares públicos se dio hacia el final de nuestra relación. Ella ya estaba en tercero de Medicina. Brillante en todo, como siempre. Yo ya había entrado en mi deriva, dejé de estudiar y me dediqué a hacer la plancha regodeándome en mi supuesta e indemostrada genialidad. Uno de sus hermanos menores fue operado de apendicitis. Ella se quedó un par de

noches en el sanatorio. Fui a verla, poco antes de medianoche. Iba como va el lobo a por su presa. La voracidad insaciable era mi único motor y mi bandera. Pensaba que en la quietud nocturna del sanatorio quizá algo habría para mí. Sólo pensaba en sacarme el semen de dentro, como si me intoxicara. El chico estaba en una sala para dos pacientes. Dormía. Para no molestarlo nos fuimos a una sala de espera. Estaba desierta y con la luz apagada. Ella, sin duda, conociéndome como el sumiso conoce a su amo, se había dado cuenta de qué iba la cosa, y sabía que no se negaría, como nunca lo hizo. Sabía por ese entonces que mi vida de dios atorrante no iba a ninguna parte, y sabía, por consiguiente, que nos íbamos a separar, pero aun sabiéndolo, y en tan absurda circunstancia fue incapaz de ignorar mi supuesta urgencia, pero sobre todo fue incapaz de ignorar el llamado de la voluptuosidad. Me llevó detrás de un sillón que sólo a medias escondería lo que estuviéramos haciendo. Desnudé la verga y fue a arrodillarse cuando la detuve.

-Necesito tenerla dentro, aunque sea solo un momento -le dije, crápula a más no poder.

Era invierno. Para andar por los corredores y catacumbas helados de la Facultad, se ponía capas y capas de ropa. Quedó inmóvil, como dándome la oportunidad de arrepentirme de semejante exigencia. Sí, ahora que estoy dentro de la burbuja de ese momento y la veo mirándome en la penumbra siento el carácter de ultimátum de su silencio. Sabía que me lo permitiría, pero también sabía que con aquel absurdo llegábamos a un límite infranqueable. No era posible más riesgo que el que ahora aceptaría correr. Su silencio se lo dijo a mis oídos sordos. Si una estudiante de Medicina era denunciada por coger en una sala de espera del sanatorio del Sindicato Médico, su futuro en la medicina estaba terminado, aniquilado. Nada le quitaría de encima el estigma.

-Tiene que ser rápido -susurró, no menos resignada que excitada.

-Sólo un segundo -mentí, meloso, desconsiderado, feroz.

Metió las manos por debajo de la falda y me despejó el camino. La tomé de los hombros, la hice girar y la apoyé en el respaldo del sillón. La puerta estaba entreabierta y sólo el resplandor que llegaba desde el pasillo iluminaba la sala. Le separé las nalgas y toqué. ¡Estaba empapada! Bendito ángel, toda pureza y voluptuosidad secreta. Desde que me vio llegar a

semejante hora de la noche empezó a mojarse. Le deslicé dentro la verga y me quedé quieto. Sentí que se agitaba su respiración. Teniéndola así clavada en aquel lugar imposible juro que me sentía un dios. Yo, el chingón, el súper-poderoso, el súper-macho. No sé si para apurarme o para disfrutar la intrusión, empezó a culear suavemente contra mi vientre. Con ambos fines, seguramente. Me doy cuenta, horrorizado, de que en ese momento de espléndida potencia y de arrogancia absoluta sentí la tentación, creo que por primera vez, quizá intuyendo que iba a pedirme que nos separáramos, de acabarle dentro, llenarle la vagina de semen, preñarla. Con no menos horror pienso -no ahora, en ese momento lo pensé- que ese acto brutal hubiera impedido que nos separáramos, porque ella, lo sé sin lugar a duda, no hubiera abortado, y no hubiera aceptado ser una madre soltera. Nos hubiera aceptado, a mí y al niño como su destino, un destino ineludible del que ella sabría sacar lo mejor posible. Por el amor de Dios, es tan vívido el recuerdo, o el delirio de mi memoria, que recuerdo haberle dicho ¡mentalmente! que iba a preñarla, y recuerdo, con total nitidez, que ¡mentalmente! ella me respondió que sí, que lo hiciera. Como si mi exabrupto la liberara de la desesperante necesidad de separarse de mí. Con horror comprendo en ese instante detenido del recuerdo, en esa fermata del recuerdo, que si hubiera cometido la prepotencia de preñarla mi vida hubiera sido mejor que lo que fue, ella me hubiera encaminado, hubiera redimido mi soberbia con la pureza de sus actitudes. Empecé a cogerla, todo potencia, la verga hinchada como un garrote, y acabó ya con las primeras arremetidas. Seguí cogiéndola como si se me hubiera atascado el sistema de eyaculación. Incapaz de captar lo espantosa que era aquella cogida en términos de riesgo, y de captar lo dramática que era en términos de destino, lo que yo quería era hacerla acabar otra vez. Lo hizo, estremeciéndose de tal manera que pensé que se iría al piso. Entonces me solté. Sintió, con ese radar hipersensible que tenía en la vagina, que la verga se me hinchaba para acabar. Giró y con agilidad imposible abortó mi intento de preñarla. Voraz como el pez que atrapa la carnada, tuvo el glande en la boca, una vez más, en el momento mismo en que soltaba el chorro de semen. Olvidada de dónde estábamos y del riesgo que corríamos chupó y lamió a punto tal que fui yo el que impidió que siguiera. ¿Hace falta más que lo que vivimos esa noche para intuir hasta los últimos confines de su deseo? No, pero yo, ignorante y soberbio fui incapaz de avanzar por ese camino que se me ofrecía tan abierto. Me conformaba con la mezquina felicidad

de mi prepotencia hollando su sumisión, reduciendo la riqueza de su ser y todo su coraje a la triste figura de la esclava sexual sin identidad y sin alma. ¡Miserable! ¡Quién sabe a qué experiencias sublimes podría haber llegado con una mujer tan evidentemente vocacional de la sensualidad! Me sentía el muy audaz, el Supremo Seductor, y no era sino un ignorante cobarde y conformista.

AGENDA ABIERTA

Ahora lo veo con meridiana claridad. Ella me señalaba el camino y yo me negaba a recorrerlo. Se separó de mí no sólo porque comprendió que era arrogante y vago, sino además porque comprendió que yo era incapaz de cruzar el umbral y acceder a sus deseos secretos. Y no fue porque ella no intentara abrirme los ojos. Recuerdo que una tarde estábamos solos en el apartamento de sus padres. Clara y explícitamente, como rara vez refiriéndose a una cosa sexual, me dijo:

-Sé que tenés curiosidad por el coito anal.

No lo negué, aunque en realidad nunca yo le había expresado esa curiosidad. Era, como lo expliqué en relación con la masturbación, algo que me sentía tan inhibido de hablar con ella o proponerle, dado el pedestal de suprema pureza y espiritualidad en que la tenía, que ni siquiera me pasaba por la mente. Quizá, inconscientemente, le hubiera acariciado el ano mientras me cogía montada sobre mí. Quizá alguna vez un dedo nervioso había buscado avanzar culo adentro. Quizá esas caricias casuales despertaron y legitimaron en ella el deseo de que la cogiera por el culo. ¿Dónde la dejaba a ella, a sus ojos, semejante cosa? Obviamente la dejaba en el lugar de la mujer sumisa que a nada se niega, por más humillante que sea. Un lugar en el que deseaba estar. Pero el tema anal no estaba para nada en mi agenda, y debe de haber notado mi perturbación porque agregó:

-Quiero que te saques la curiosidad conmigo -implicando: y no con cualquiera con la que me cruzara y que se dejara. Desde el principio el fantasma que legitimaba sus aquiescencias y sus deseos secretos había sido que, si me negaba algo yo iría -justificadamente- a buscarlo con otra. Como a manera de castigo por no cumplir ella con su deber de mujer.

Me llevó a su dormitorio, tranquila y displicente, como si nada. Metió las manos por debajo del vestido y se sacó la bombacha. Se acostó boca abajo en su cama y recogió el vestido hasta la cintura. El plato estaba servido. Yo ya estaba, por supuesto, notoriamente en erección, pero me sentía recontra raro. Algo en mí se resistía. Me parecía no sé si sucio, grosero, indigno o innecesario, o todo a la vez. Me miró por sobre el hombro. Su mirada era una orden. Tomó su almohada y se la puso debajo del vientre. De la mesa de luz sacó un pote de crema para las manos y me lo dio. Me quedé como trancado. ¿Debía untármelo o untárselo?

-Ponémelo a mí -dijo su voz apagada, porque tenía la frente apoyada sobre los antebrazos.

Hundí el dedo índice en la pomada, o crema, lo que fuera, y le unté el ano. Su ano me parecía un nudito apretado, imposible de forzar. Realmente preferiría no hacerlo, como decía Bartleby, pero, para empezar, tenía la verga que bufaba de impaciencia, tan dura que me dolía, y para continuar, era algo que ella sencillamente me exigía. Pensé que ella misma se convencería al primer intento de la imposibilidad de meterle la verga en el culo.

-Poné por adentro -oí entonces que me decía.

Lenta y cuidadosamente deslicé la punta del dedo dentro y para mi sorpresa el nudito se fue aflojando. Unté el interior con tal facilidad que volví a cargarlo con pomada y lo introduje, sin obstáculo alguno, esta vez hasta más allá de la falange media. Entonces lo retiré y el ano quedó abierto como una boquita. Una boquita que, sin palabras, me pedía que me la cogiera. Era algo como mágico. Volví a cargar el dedo, pero esta vez el dedo medio, y lo introduje por completo, con total facilidad. Nos vi desde fuera, yo hundiéndole un dedo en el culo a Irina. Una imagen inconcebible, y sin embargo ahí estaba el hecho, lo estaba haciendo y lo estaba viendo. Imposible para mí procesarlo, asumirlo cabal y lúcidamente, pero de todas maneras iba a tener que seguir adelante. Como un robot. No podía rechazarla, eso sería humillarla. Metí y saqué suavemente el dedo.

-¿Te duele? -pregunté con la esperanza de que la operación abortara.

-No -dijo.

Saqué el dedo. La boquita quedó abierta. Evidentemente estaba muy relajada para facilitar la cosa. Me arrodillé sobre la cama, con una rodilla de cada lado de su cuerpo, le separé las nalgas cuanto pude y coloqué la cabeza de la verga contra la boquita. Empujé con las caderas y la cabeza se deslizó demasiado fácilmente dentro. Pero sentí que se tensaba. Evidentemente le había dolido. ¡Sentí que la violaba! ¡Ella puso su culo a mi disposición, y yo sentía que la violaba! La estupidez de un machito adolescente puede fácilmente sobrepasar cualquier límite.

-Esperá un momento -pidió.

Respiró hondo una y otra vez y sentí que se aflojaba otra vez.

-Seguí -dijo segundos después, relajándose del todo.

La tomé de las caderas. La mezcla de asco y pánico me impedía seguir. Ella ni decía ni hacía nada. Con media verga clavada en el culo dejaba en mis manos el resto de la faena. O la huida. Muy lentamente empecé a acercar mi vientre a sus nalgas. Cuando ya no quedó verga por clavar volvió a tensarse. Respiraba agitada, no por la excitación, pensé, sino por el dolor.

-Ya está -dije estúpidamente.

No podía sacarme la sensación de que la estaba violando. Aunque ella lo había pedido esto era una violación. Trataba de darme ánimos pensando que aquello no era la gran cosa, que simplemente estaba rompiéndole el culito a mi novia, cosa que, hasta donde yo sabía con mi poco saber del asunto, no era cosa extremadamente rara. Irina volvió a respirar hondo y a aflojarse.

-Seguí -dijo, con un hilito de voz.

Saqué la verga tan lenta y suavemente como pude. Desde dentro de la burbuja del recuerdo percibo que en ese momento tuve el tal ataque de lucidez. Por la concha la cojo a ella, por el culo cojo la nada, es como si me estuviera hamacando al borde de un abismo insondable, pensé. Sentí que a ese abismo iba a lanzar mi semilla. Volví a clavarme por completo. El anillo me apretaba la verga. Todo lo que quería era acabar de una vez. Me solté a cogerla, pero el polvo no venía. Aceleré. Entonces capté que ella suspiraba siguiendo el ritmo de la cogida. ¿Podía ser que lo estuviera gozando? Me detuve con media verga adentro por la sorpresa. ¿Ella gozaba lo que para mí era una tortura? No pudo con aquella inmovilidad a

medias clavada y levantó el culo para clavársela toda. Me estaba enviando un mensaje, una señal. Culeó suavemente con toda la verga dentro. Lo había pedido y lo estaba gozando. Aceleré otra vez y sentí que la nube me atrapaba. El chorro de semen voló hacia las profundidades de su abismo interior. Me le derrumbé encima y le besé la nuca, porque la cara me la escondía. Saqué la verga y me tendí a su lado. Fue la primera vez, luego de años de sexo, que no acabé en su boca.

-¿Te duele? -le pregunté.

-No -ronroneó, girando apenas la cabeza para mirarme de reojo-. Ahora, no. Pero me va a doler seguramente.

Estaba muy relajada, planchada diría. Amodorrada. Me veo acariciándola, acomodándole el pelo detrás de la oreja. Su pelo delicado, sedoso. Me ofrecía media boca. Le besé la comisura. Abrió los ojos y me miró. Para mí, en ese momento, era la mirada del amor. Ahora, viéndonos en cámara lenta, en su mirada veo que me decía: te di todas mis virginidades.

-¿Satisfecho? -preguntó, con ese tonito de desconfianza tan suyo.

-Sí -respondí, negándome a darle el detalle de todo lo que había sentido. En apariencia para ella había estado bueno, pero para mí había sido como ultrajarla. Decirle lo que había sentido hubiera sido, seguramente, avergonzarla.

Entonces, cosa que me sorprende al oírla en el recuerdo, de tan olvidada que la tenía, me preguntó:

-¿Tenés alguna otra curiosidad?

Tragué saliva. Imposible responderle. Con la generosidad de una diosa me ofrecía una agenda abierta, pero en realidad, lo único que yo quería era volver a nuestra rutinilla del sofá.

-¿Vos tenés alguna? -respondí preguntando, experto como soy en dar el paso atrás.

No me respondió. Ahora veo su mirada y sé que estaba comprendiendo, aunque sin llegar a la palabra justa, que soy, además, un cobarde. Se paró y ya yendo hacia el baño me dijo:

-No te muevas que ahora vengo a limpiarte.

Al otro día en el IAVA, viéndola venir hacia mí, pensé: No se le nota. ¡Hay que ser idiota! Debo decir, no me importa decir, que así como después de la primera vez que Irina me la chupó le miraba la boca a todas las mujeres, no importa cuán dignas y recatadas fueran, imaginándomelas en la faena, de la misma manera después de aquella tarde le miraba el culo a cuanta mujer se me cruzaba, imaginándomelo vulnerado por la lujuria de su cónyuge, amante o novio. Todas muy orgullosas de portar el estigma, visible sólo para los expertos en la materia.

Tampoco me importa confesar que, pese a su heroica aquiescencia, pese a que, por estúpido que fuera, no podía haber ignorado que ella había gozado la experiencia, fui incapaz de incluir al culo en nuestro reducido menú. Ella había abierto la puerta, pero fui incapaz de cruzar el umbral. Cruzarlo nos hubiera llevado inevitablemente a abrir todas las otras puertas, hubiéramos llevado la relación a un punto de esplendor absoluto, irrenunciable. ¡Y a mí eso me daba miedo, esa es la verdad, a mí eso me daba miedo! Mitificada como la tenía, cruzar todas las fronteras nos hubiera llevado quién sabe a dónde, a paraísos para instalarme en los cuales hubiera tenido que demostrar quién sabe qué legitimidad. En todo caso una cosa es cierta, de cruzar el umbral no nos hubiéramos separado. Una vez separados, por supuesto que el culo no tardó en entrar en mi menú como plato infaltable, siempre condimentado con la sensación de estar violando a la beneficiada y disfrutándolo, sin culpas como las que el culo de Irina me había provocado.

DESEO DE LO PEOR

Los días pasaban sin noticias de Leónidas. Una noche, ya tarde, sonó mi celular. Era él, que me hablaba desde un lugar con jolgorio y música.

-En pocos días le tengo lo prometido -dijo-. Necesito que mañana sin falta me transfiera doscientos dólares a mi cuenta del República. Es el mismo número de cuenta, pero en vez de terminar en dos termina en uno.

-¿Qué vas a hacer? -pregunté no poco alarmado.

-No se preocupe. Va a estar bien servido. Evidencia y discreción es nuestro lema, doctor. No se olvide... Mañana... -dijo y ya casi no lo oía, como si se lo llevara consigo una turba de exaltados.

Hice la transferencia. Cualquier cosa con tal de que se rompiera la cadena que me ataba al incesante recordar. En primer lugar, porque la experiencia era tan intensa que me dejaba literalmente agotado, mentalmente hecho pedazos. En segundo lugar, porque recordar estaba destruyendo la imagen dulzona y plácida del Edén, que me acompañó a lo largo de medio siglo, consolándome de todas mis desgracias. Ahora me pasa esto, podía decirme, pero tiempo hubo en el que yo era el más privilegiado. Sabrina, la limpiadora, me encontró durmiendo a las diez de la mañana después de otra larga noche de insomnio. Lo que me agota del insomnio es la impotencia, querer desesperadamente dormir y no conseguirlo. Me pone furioso.

-¿Está bien? ¿Quiere que llame al médico?

-No. Salga del cuarto que voy a vestirme.

Se pone a recoger mis prendas de ropa sucia, que las hay por todas partes.

-Qué manera de desvestirse, como si hubiera tenido pulgas en todo el cuerpo...

-Por favor, salga de una vez -le ladré.

-Usted lo que necesita es una mujer que lo cuide.

-Ni soñar. Las mujeres son peores que los ángeles y los demonios juntos.

-Se ve que no tuvo suerte con las mujeres. No desespere...

-Tuve suerte. Aprendí que una mujer no es lo adecuado, hay que tener diez por lo menos.

Se rio y fue hacia la puerta después de colgar la ropa en el perchero.

-A mí no me importaría que tenga otras nueve... -dijo, zumbona a más no poder.

-Salga, Sabrina, por favor.

-Piénselo.

-Salga y no sea atrevida.

Bueno estaría terminar una vida de mujeriego casándome con la doméstica. Veloz y letal, como una serpiente arrinconada en su madriguera, en ese momento me saltó a la cara el último recuerdo, el más olvidado, el más enterrado en la bruma del olvido, el peor porque es el ejemplo extremo de cómo ella me señaló caminos que no tuve el coraje de recorrer. Ignoro cómo se dio la circunstancia en que estábamos hablando acerca de los deseos secretos de las personas. Fue, por cierto, hacia el final de la relación. En el Ciclo Básico de la Facultad ella había leído a Freud. Debe de haber sido la única oportunidad en que tuvimos un intercambio sobre el tema freudiano por excelencia. Llegamos inevitablemente al momento del desafío de confesarnos uno al otro los deseos secretos. Me instalo en el momento y veo que ni se me ocurrió pensar que aquella conversación, al parecer ociosa, pudiera estar decidiendo el futuro de nuestra relación. Por lo demás no sabía yo que tuviera más deseo secreto que salir al mundo a cogerme a todas las que se dejaran, y ese deseo no se lo iba a confesar. De manera que creí zafar del asunto con una mentirita rosa, como tantas veces hice.

-Mi deseo secreto es que durmamos una noche en la misma cama.

Se quedó mirándome con cara de palo, como un interrogador que no se cree lo que el interrogado confiesa.

-¿Y vos? -le pregunté, seguro de que me respondería con una trivialidad del mismo pelo, o peluche.

Las palabras que dijo me impactaron de tal modo que las olvidé instantáneamente y las conservé cuidadosamente olvidadas durante más de medio siglo. Palabra más, palabra menos, me dijo:

-Quisiera arrodillarme en la bañera, desnuda, y que me orinaras encima.

Lo dijo así, claramente, sin ambigüedad alguna. No me hubiera shockeado más si me hubiera dicho que deseaba que los jíbaros redujeran mi cabeza para poder llevarla en el llavero. No pude articular una sola palabra.

Quedé mirándola con tal cara que ella solo puede haberla interpretado como de repugnancia y rotunda negativa. ¿De dónde pudo haber sacado semejante idea? Hoy sé que tal deseo es cualquier cosa menos insólito. Pero entonces... Quizá le sonó la campanita leyendo algún manual de conductas sexuales "desviadas": se imaginó en la situación y comprendió que la deseaba. Pornografía -clandestina y torpe en aquellos tiempos-

creo que ya dije que sin duda no consumía. Una amiga íntima y audaz que le pueda haber sugerido los placeres de la lluvia dorada, no tenía. ¿Está semejante deseo muy lejos del deseo de sumisión, de dar servicio sexual? Esta nueva puerta que no sin lucha interior -calculo- me había abierto, mi indiferencia total, o sea mi ignorancia total, también la cerró, instantánea, pesadamente y para siempre. A mi desconocimiento de mis propios deseos le bastaba con la repetición inalterable de nuestra rutinita: montada en mí primero, después en cuatro y al final tragándose la bala. Con eso me bastaba para sentirme el Súper-macho. Unos días con mi memoria como enloquecida excavando en las ruinas del Edén me bastaron para adivinar la cara oculta del erotismo de mi noviecita de la adolescencia y la primera juventud, o no oculta, sino simplemente que yo era incapaz de verla y cuando explicitada, era incapaz de asumirla. Parafraseando a Kafka: no supe que aquellas puertas que yo cerraba habían sido abiertas en aquel momento sólo para mí, para que yo me instalara para siempre en el íntimo recinto de su voluptuosidad. Comprendo ahora el influjo que siempre ejerció en mí la parábola Ante la Ley.

TODA UNA DAMA

Unos días después Leónidas me llamó para decirme que el nuevo informe estaba pronto. Por la tarde se presentó. Traía un sobre que puso sobre la mesa y una valijita de burócrata que apoyó en el piso junto a su silla. Le serví café preguntándome si yo realmente quería seguir con aquello, fuera lo que fuese que Leónidas me traía. En realidad, como creo que dije, a esa altura ni me acordaba de qué le había pedido.

-Las pruebas son concluyentes -dijo, visiblemente satisfecho con la labor cumplida.

Bebimos a sorbitos el café.

-Buenísimo -calificó Leónidas paladeando ruidosamente.

Yo esperaba que por fin desembuchara las pruebas que me traía, esforzándome por recordar de qué se trataba. La memoria de corto plazo

me falla de a ratos, según yo bastante precozmente. Y cuando se me tranca no hay Cristo que la destranque.

-Cien por ciento seguro -insistió, encendiendo un cigarrillo-. Hay grabaciones de audio y hay un video que lo dice todo.

Aún ahí no caía en qué era lo que se traía entre manos, pero no quise mostrarle mi despiste.

-¿Se dio cuenta de que la espiaban? -tiré, calculando que lo que traía no podía sino ser el resultado de espiarla.

-No.

-¿Seguro?

-Cien por ciento.

Entonces recordé. Creo que fue el olor del tabaco lo que me destrabó. A saber por qué. Irina y su amante. Pruebas concluyentes. Era lo que faltaba para terminar de demoler el Edén. Podía destruir las pruebas y terminar con aquella ignominia para siempre -para el corto siempre que me quedara-,irme de la ciudad, a vivir en un balneario, o en Buenos Aires. O puedo terminar de dinamitar las ruinas del Edén si me lo propongo, aún ahora, viejo y frágil, puedo hacerlo.

-¿Lo escuchamos? -preguntó.

No respondí. Lo dejé hacer. ¿Por qué no? Beber del cáliz hasta las heces. Pero ¿sería justo hacerlo? Somos otros. No somos los mismos. No pueden aquellos ingenuos pagar por las miserias de estos. Estamos viejos, gastados, disimulándolo, pero incapaces -yo al menos- de sostener ningún valor. Leónidas sacó una pequeña grabadora del bolsillo de la chaqueta y la encendió. Me miró, como esperando mi autorización. Quién sabe qué vio en mis ojos muertos. Presionó play. Era una conversación telefónica.

-Hola -dice su voz, como dije, idéntica, apenas tocada por el tiempo.

-¿Cómo estás? -pregunta el tipo, con voz de cuarenta y pico-. ¿Se te pasó el resfrío?

Nunca vi a Irina resfriada. Debe de haber sido una excusa que inventó en algún momento para no verlo.

-Sí, ya estoy bien.

-Necesito verte.

Irina no responde, dejándose permear por la “necesidad” del amante.

-No es posible -dice finalmente.

Por las voces nadie diría que ella tiene treinta años más que él. El tipo se la piensa. Conoce el peso del silencio, sabe que es mal consejero. Lo deja gotear, segundos largos.

-Necesito verte -insiste, y me doy cuenta de que no pide, exige, con la seguridad de que su voluntad prevalecerá.

Callan. Interminablemente.

-¿Se cortó? -le pregunto a Leónidas.

Niega con la cabeza.

-Hoy no es posible -dice Irina, aflojando a medias.

Se oyen pasos. En el apartamento de Irina seguramente, porque el silencio de teléfono de él suena apagado, como si se hubiera encerrado en un lugar pequeño para llamarla.

-¿Estás con él? -pregunta.

-Sí.

-No sé si esto va a poder seguir así -dice él, pasando del silencio a la amenaza velada.

-Te veo el lunes -dice Irina abandonando la resistencia, y corta la comunicación.

No sin desazón reconocí las mismas maniobras que yo empleaba para imponerle mi voluntad: su sentido del “deber” ante la “necesidad”, la amenaza de dejarla, la debilidad de su resistencia a través del laconismo. No, Irina no había cambiado en absoluto. Era igual de manipulable sexualmente, porque ¿qué otra era la moneda de cambio del tipo sino la prepotencia de una verga siempre dispuesta, o sea la misma moneda que yo empleaba? Igual de lacónica era Irina cuando, de muchachos, hablábamos por teléfono. Yo había asumido que era porque el teléfono - sólo había fijos entonces- estaba en un punto de la casa por el que todos tenían que pasar todo el tiempo. Mi desazón se profundizaba. Deseé

borrar todo, que Irina desapareciera de mi vida y de mi memoria, por completo y para siempre. Pensé que su marido debía de considerarse un hombre de suerte: las habilidades y las avidices, y la vocación de servicio de su mujer le garantizaban una deliciosa sobrevida erótica más allá de los límites que la edad impone al común de los mortales. Un regalo de la vida sólo para los elegidos, y que yo rechacé estúpidamente. Renacería una y otra vez su Fénix en la boca paciente de su mujer. Pienso en mi miseria sexual actual, y que en realidad aquello que él usurpaba a mí me había estado destinado, y que, como tantas otras riquezas, lo rechacé, como si siempre fueran a serme concedidas nuevas oportunidades.

-¿Es todo? -pregunté.

-El mismo muchacho que intervino el teléfono, por un precio especial por ser para mi agencia, puso una camarita en la trastienda de la cuadrería. Podemos ver el resultado.

Callé. ¿Verla también? No, por favor, todo tiene un límite.

-¿Qué sabés del tipo?

-Cuarenta y cinco abriles. Heredó de su padre la cuadrería. Trabaja solo. Es, relativamente, un buen negocio si no se tiene mejores ambiciones. Está casado y tiene cuatro hijos chicos. Se recibió de contador, pero nunca ejerció. Practica artes marciales orientales.

De su valijita socó una laptop, la abrió y la encendió. Del sobre sacó un CD y lo introdujo en el lector.

-¿Lo vemos? -preguntó-. Le advierto que es fuerte.

-Pará, pará... -pedí-. ¿Qué tan fuerte?

Se encogió de hombros.

-Fuerte como lo que usted sospechaba -dijo, cauteloso.

-No sospechaba nada, Leónidas. Cuando mucho quería saber.

-Perfecto, entonces -dijo-. En ese caso va a quedar satisfecho, se lo aseguro.

...

Tenía puesta una blusa blanca, abullonada creo que le dicen, holgada, como a ella le gusta la ropa. Se sacó los lentes oscuros. Era ella, idéntica a la que dormía en mi memoria. Su rostro en mi memoria y su rostro en el video se superpusieron como el rostro y su máscara, coincidieron perfectamente. ¿El joven era su rostro y el añoso la máscara? ¿O viceversa? El tiempo quedó abolido, ya no hay antes y después sino rostro y máscara. Sentí vértigo, como quien en un pestañeo alcanza a entrever el rostro desnudo de la eternidad. La había mitificado, había hecho de ella un ser perfecto y fuera del tiempo, y ahora estaba intentando destruir el mito, dismantellarlo, deconstruirlo, como dicen hoy los petulantes.

No se le veían arrugas en la piel, pero bueno, la imagen de video maquilla. Quizá no se le veían porque estaba apenas un poco más llenita. Seguro que al llegar a esta edad come un poco más de lo necesario, justo como para que al estirarse la piel se le borren las arrugas. De adolescente ya era así. No iba a la playa para que el sol no le lastimara la piel. Se veía, pues, como si no tuviera más de cincuenta años. Nada de raro había en que tuviera un amante de cuarenta y pico. El tipo entró en cuadro sacándose la túnica azul de trabajo. La imagen era pasmosamente nítida, como si estuvieran en un estudio de grabación. En cuadro había un sofá de tres cuerpos y una heladerita con un televisor encima. Irina se sentó en el sofá. El tipo, ancho de hombros y con pelo negro enrulado, se agachó frente a ella y con un gesto brusco, como el de quien toma lo que es suyo, metió las manos por debajo de la falda para bajarle a la vez las pantimedias y la bombacha hasta las botas. Irina puso sus manos en los hombros del tipo para evitar perder estabilidad con los tironeos. Cerré los ojos.

-¿Se siente bien? -preguntó Leónidas, deteniendo la imagen.

-Estoy bien, después lo veo.

Sacó el CD del lector.

-Lo tiene en este CD y en este pendrive, en el pendrive está también la conversación telefónica -dijo-, y aquí le dejo el detalle de gastos y un pico que queda por pagar.

Dudó unos segundos antes de atreverse con un comentario indebido:

-Comoquiera que sea, no puede negarse que la señora es toda una dama-dijo, y agregó, al borde de lo soez:- Toda una campeona.

Debo de haberlo mirado como si fuera un marciano.

-¿Por qué decís eso? -le pregunté, conteniéndome.

-Bueno... hay maneras y maneras... ¿no? Es algo que se nota -dijo, cauteloso-. Tenga paciencia -dijo después-, hay una especie de primer acto, de falso comienzo... y después viene lo... bueno, es decir, la parte principal.

Quedé callado, mirándolo sin verlo, hasta que se dio cuenta de la grosería de sus opiniones de experto. Entonces tomó su valijita, dijo:

-Si me necesita, estoy a la orden -y se fue sin más.

Irina, pues, era la misma también en esto: seguía respondiendo sin inhibiciones a su deseo. Pensé que seguramente había sabido satisfacer las zonas más oscuras de su voluptuosidad, a las que yo no tuve el coraje o la lucidez suficiente como para acceder. Sin duda había madurado hasta ser una dama en toda la extensión de la palabra, y su inteligencia había sin duda florecido hasta alcanzar todos los reconocimientos, razón de más para estar seguro de que habría encontrado la manera de canalizar sus deseos más profundos, los que a mí me había dejado entrever. No dudo de que llegada al extremo de la exasperación habría recurrido a servicios de profesionales. ¿Y su marido? ¿Habría habido entre ellos el nivel de pasión necesario para revelar y satisfacer los deseos más secretos? Sería raro. La vida conyugal -no menos que el romanticismo adolescente- genera muy rápido pudores y mitificaciones muy resistentes. No dudo que se quisieran: habían tenido hijos y los habían criado, pero eso no excluye que Irina hubiera escogido, sobre todo, a quien le permitiera consolidar o elevar su estatus social. No lo excluye en absoluto: Irina era lógica y práctica al cien por ciento. Me pregunté cómo reaccionaría ante la posibilidad de reencontrarnos. ¿En su memoria todos aquellos años juntos también eran el Edén? ¿O sólo un comienzo, tierno y sexualmente aceptable, pero nada más? No tengo la menor duda de que ella tenía totalmente claro que si nos separamos era porque yo, en muchos sentidos, ni como proyecto de vida, ni como amante, daba el ancho. ¿Qué sería entonces para ella reencontrarnos, lo mismo que para mí, o sea revivir ilusoriamente el Edén, o saludar con cariño algo esencialmente agotado y olvidado?

DESESPERACIÓN

Me dispuse a ver el video. Había cerrado los ojos porque no sabía cómo reaccionaría. Y no me gusta dar espectáculo. Las impresiones fuertes prefiero tragármelas a solas. Conecté el laptop al televisor e inserté el pendrive. Irina, o su máscara, está sentada en el sofá, con los muslos desnudos. El hombre se agacha para ayudarla a quitarse las botas y a desnudar por completo las piernas. Después se le para delante y enciende un cigarrillo. Saca la verga -no se la veo porque está de espaldas a la camarita-, haciendo, para liberarla completamente, esa leve flexión de rodillas que hacen los hombres ante el mingitorio. Irina lo recorre con la vista, lentamente, como si estuviera en un museo admirando la escultura de un dios. Sí, lo mira con deslumbramiento. Pensé: ese hombre hace con ella lo que se le antoja. El hombre fuma, tranquilo. La mirada de Irina se fija en la verga. No la veo, como dije, pero sé por la mirada de ella que la verga, erecta, vibra quizá, y se estira hasta que el prepucio ya no cubre y se retira, y deja ver el glande. De pronto la identificación se disparó sin que pudiera siquiera preverla. La punta de la lengua asoma entre los labios de Irina, los recorre, los humecta, se le hace agua la boca. Debe de ser una verga larga, tan larga como la mía en mis mejores momentos. La toma por el tallo, con delicadeza, como toma el flautista su instrumento, con la punta de los dedos. Lo sé sin verla. Se inclina hacia adelante y lame la boquita con la punta de la lengua. Es ella, sus labios delgados, su boca grande, su lengua hábil, sus dientes parejitos, sus dedos largos y fuertes, su suave cabeceo cuando aloja la cabeza entera dentro de su boca y la acaricia con toda la boca. No lo esperaba: lo que no puedo ver lo imagino utilizando la memoria de mi cuerpo. Tomo el lugar del tipo, me instalo en su cuerpo. Me identifico con él.

Detengo la imagen. El sexo vicario no es lo mío. Esta mélangé, este trío me repugna. Mi sexo con Irina es mi patrimonio, el Edén es mi patrimonio. Incontaminable. No puedo hacerle esto. Una cosa es que haya venido a comprender que el Edén era real pero irreal porque yo era incapaz de ver más allá de mi ombligo, y otra cosa es contaminarlo, someterlo, someterme y someterla a otra presencia. Es ella y yo. Solos. Nunca más esta abyección. Punto. En un cajón de la mesada de la cocina hay un

martillo. Fui por él y a martillazos destruí esa imagen imposible, inaceptable, intransitable, a martillazos destruí el CD y el pendrive.

...

El tipo fumaba. Eso sí que es novedad. Le echaba el humo encima, prácticamente se lo echaba en la cara. Desde que la conocí Irina era el soldado número uno en la guerra contra el tabaco, mucho antes de que se convirtiera en un asunto mediático. El tabaquismo mató a un tío suyo, el hecho la golpeó y no le faltó bibliografía para cimentar su rechazo. A mí, que me había dado por fumar, trataba de ocultarle el olor tragando pastillas de mentol y masticando chicles, inútilmente, porque su olfato era infalible. Peor que fumar es que me mientas, decía. La crisis duraba horas y sólo terminaba conmigo prometiendo cosas que, por supuesto, no pensaba cumplir. Y ahora el tipo le fuma encima. Por la razón que sea -y no es difícil imaginarla- el tipo hace con ella lo que quiere. ¿Qué hace al volver a casa? ¿Le oculta el olor a su marido? Porque, recuerdo claramente, ella no usaba perfume. Inodora, impecable siempre, olía a nada, es decir, a ella. Que yo sepa no sudaba. Me la imagino llegando a su casa y deslizándose furtivamente hacia el baño para una ducha urgente. Pero las duchas urgentes generan más y peores sospechas que el olor a tabaco. Irina terminaba por igualarse con los demás mortales justo en aquello en que se mostraba más intransigente.

Me aflojé, a la vez desconcertado y excitado por la idea de que, por dentro, ya que no por fuera, Irina ya no fuera la misma, que la vida hubiera acabado con las rigideces y los purismos que, en cierto modo, constituían su identidad, su encanto, aquello de que podía enamorarse alguien criado en un mundo en el que ya la inconsistencia disfrazada de iconoclasia empezaba a imponerse como ley primera. Quizá en el videíto que acababa de hacer puré había más joyitas que contribuyeran a la construcción del nuevo personaje. No sé qué en concreto, algo que me ayudara a destruir un fantasma demasiado pesado para mi escaso resto de ilusiones y de expectativas. Me sentí como el lobo que ya olfatea su presa. Ya no quería ver luz sino oscuridad al final del túnel, no quería la posibilidad de un consuelo tardío sino el arrasamiento total y final. Llamé, pues, a Leónidas y le pregunté si tenía una copia del video.

-¿Para qué la necesita? -preguntó, extrañado.

-Destruí las que me diste.

-Guardamos una copia -dijo-. Encriptada, inaccesible. Precisamente la guardamos para casos como este. Sabemos que dado el caso ese video sería evidencia...

No me interesaban sus excusas por guardar lo que no debía guardar.

-Mandámela. Ya.

Creo que no lo dije, pero el video no tiene sonido. Cuando el tipo dio un paso atrás Irina lo miró a la cara y sus labios se movieron como diciéndole algo. El tipo presuntamente le respondió e Irina se acomodó en el sofá, apoyándose contra el respaldo y con ambas manos se subió la falda hasta la cintura mostrando la entrepierna desnuda. El mismo gesto de cuando nos desvirgamos mutuamente. Me rompió la cabeza lo idéntico de los gestos. Me resultó de una violencia insoportable la superposición de las imágenes. A punto estuve de destruir ya no la copia sino también el laptop. Me controlé, tenía que ir hasta el final, era mi pasaporte para liberarme de la alucinación benigna, devenida maligna, del Edén. La mano derecha de Irina, cargada de joyas vistosas aterrizó sobre su pubis. El vello de su pubis, tan escaso como de muchacha, también está teñido. ¿Coquetería? ¿Pedido especial de su amante? Vi entonces lo que nunca antes. Los dedos de Irina separaron los labios de su sexo y recorrieron el canal, luego los exhibió, como para mostrarle a su amante lo mojada que estaba. Después el dedo corazón se adueñó de la zona sensible, masajeándola con movimientos mínimos, pero sin duda efectivos, porque su boca se entreabrió como para suspirar a gusto y su cuerpo se aflojó, abriéndose por completo. El tipo dejó el cigarrillo en un cenicero sobre la heladera. No podía ver que lo hiciera, pero la manera de poner el cuerpo y la mirada de Irina me dijeron que también él se masturbaba. Irina inclinó la cabeza sobre un hombro y frunciendo el ceño miró alternativamente el rostro del tipo y lo que el tipo hacía. Irina se masturbaba... sí, se masturbaba, rozándose apenas con el pulpejo del dedo medio, tan delicadamente como la abeja liba de la flor. Cuando alcanzó el orgasmo levantó la cara hacia el tipo, el ceño siempre fruncido, como si le fuera difícil hacer lo que hacía. Al estremecerse apretó los muslos, y cerrando los ojos apretó los labios como con la voluntad no de esconder, pero sí de clausurar toda expresión en su rostro. Después se aflojó, su respiración se apaciguó, respiró hondo, sus ojos se abrieron como si volviera de un

sueño o una pesadilla, la mano culpable descansó sobre su vientre, sus rodillas volvieron a separarse. El tipo avanzó entonces hasta estar parado entre sus rodillas. Ahora la agitación del tipo era inequívoca. Ella lo miraba masturbarse, sin intención de adelantarse a recibirlo como acostumbraba a hacer conmigo en el Edén. Adiviné lo que seguía. Lo supe segundos antes de que sucediera, me lo dijo la tensión en el cuerpo del tipo. En parte lo vi durante, y el estropicio completo lo vi después, cuando el tipo dio, finalmente, un paso atrás. Vi cómo Irina cerraba los ojos cuando el primer disparo de semen volando un metro y pico le aterrizó sobre su nariz. ¡El semen del tipo pegado a su nariz como un parásito asqueroso! Imposible verlo, pero no pude cerrar los ojos. Conociéndola sé que era lo que ella quería, de no ser así no sucedería. Vi también las pesadas gotas cayendo sobre la blusa. Después, cuando retrocedió, vi el rastro de semen sobre su vientre y sobre su vello púbico. Irina sacó su increíble lengua y se lamió, minuciosamente, como una verdadera gata, el semen que se deslizaba ya sobre sus labios. Muy lejos estaba aquello de la ingesta ritualizada que practicaba cuando yo eyaculaba. ¿Tan lejos estaba? Toda emoción se apagó en mí, miraba aquello como quien mira un porno común y corriente en la pantalla de su laptop.

Así pues, Irina había aprendido no digamos a masturbarse -que no supiera hacerlo no era, de seguro, más que mi fantasía de adolescente-, sino a masturbarse para los ojos de otro. Y había aprendido a disfrutar del espectáculo del Sagrado Semen devuelto a su condición de detrito y despilfarrado al voleo. El tipo se sentó a su lado. Tenía cara de héroe de cómic y un gesto como de campeón de los burdeles. Aun arrugada, su verga era un respetable instrumento. Irina se acurrucó contra su flanco, apoyando la cabeza sobre su pecho. El tipo sacó los cigarrillos del bolsillo de la camisa y se puso uno en la boca. Sacó el encendedor, dorado, quizá de oro, quizá regalo de su amante casi vieja. Irina lo tomó de su mano y fue ella la que le encendió el cigarrillo. Pensé que, para ella, ese era el gesto extremo de la sumisión. Así quedaron, relajados, recuperándose. Decidí que no necesitaba ver el segundo acto. Con lo visto tenía y me sobraba para el uso al que se me antojara destinarlo: mayormente fumigar el fantasma del Edén y el fantasma del reencuentro, del regreso al Edén. Me senté en mi sillón y quedé dormido instantáneamente, como por desmayo, o como para no tener que pensar en aquello, para digerirlo en el modo Inconsciente.

...

Pero en los días siguientes me dejé arrastrar, sin resistencia posible, cuesta abajo por la pendiente interminable de las especulaciones. Comenzando con las más indignas, por no decir, obscenas. ¿Cómo hace para volver a su hogar oliendo a tabaco y a semen? ¿Hará una escala técnica? ¿Tendrá no diré un bulín, pero sí algún lugar propio en el cual recomponer la figura en caso de emergencia? Es capaz. Nadie más previsora, más calculadora, eso lo supe siempre. Pero mi sabueso hubiera detectado ese lugar secreto. ¿Entonces? ¿Detendrá el ascensor un piso después, girará la llave en la puerta de su casa con mucho cuidado para que clic y el clac no retumben en el silencio del apartamento, se dirigirá furtivamente al baño donde, prevenida por la experiencia, tendrá una muda de ropa, se quitará de encima todos los olores antes de ir a saludar, lavará a escondidas su ropa para no dársela a la doméstica o mandarla a la tintorería? Todo un sistema de ocultamientos, perfeccionado a lo largo de los años. ¿De cuántos años? ¿Desde siempre? ¿Siempre vivió doubles vidas?

Igual que cuando nuestro Edén, dos vectores resumen el alma de Irina: el deseo inmoderado de sumisión -sexual hasta donde sé-, y el deseo de correr riesgos, que no es otro que el deseo de ser castigada. Pero ¿se puede engañar al cónyuge durante décadas? ¿O es que el marido, consciente de la joya -en todos los demás aspectos- con que se ha casado, hace la vista gorda a sus pasiones clandestinas, que sin duda le legitimarían las propias? Quizá está atento para sacarla de situaciones equivocadas o peligrosas, y es el chofer de Irina quien le informa de las andanzas de su cónyuge. ¿Todos estos ocultamientos y estas hipocresías no son la característica misma que define al matrimonio burgués?

Y en medio de este universo perfectamente ordenado -como no podía ser de otra manera tratándose de Irina-, en el que ella ha logrado todos los objetivos que pudo haberse planteado, como el estatus social, la fortuna, la familia estable, la carrera profesional en el más alto nivel, con hijos ya crecidos y de seguro que perfectamente educados, y con un marido que conoce las reglas de juego del matrimonio burgués y que, protegiéndola, la deja ir hasta donde su voluptuosidad la lleve, en medio de esta verdadera Arcadia burguesa ¿voy a aparecerme yo? ¿a qué?

De pronto, tan intensamente que estuvieron a punto de saltar de mis ojos mis lágrimas secas de viejo, una ola de ternura me llenó por completo el alma al alcanzar una visión completa de qué había devenido mi noviecita tan prolija y discreta, tan brillante como estudiante, tan increíblemente audaz y sabia en el terreno de lo sexual, tan adelantada y tan libre en aquel mundo híper-pacato de los sesentas montevideanos. Todo lo que podía prometerse, todo lo que deseaba se cumplió con creces y no podía sino sentirse orgullosa de su vida, de lo que había hecho de su vida gracias a que, a tiempo, se liberó del lastre sentimental y letal que era yo, y que no prometía nada porque estaba escrito en mi destino no servir para nada. Ternura absoluta sentí por esa niña y mujer, por esa vida, y deseé que la Fortuna no la abandonara nunca en el logro de lo que sin duda merecía.

¿Me amó? ¿La amé? Sin duda que sí, signifique lo que signifique el verbo amar. Para que alguien tan perfectamente construido como ella se me entregara sin límite alguno de ningún tipo, sin temor a riesgo alguno, seguramente que era porque adoraba en mí algún tipo de divinidad para mí indescifrable, cosa que llenaba de embriagadora delicia mis días y me hacía sentir -más para mi mal que para mi bien, lo sé ahora- omnipotente. Y sin duda que yo adoraba en ella, a mi manera egocéntrica y torpe, un tipo de perfección que para mí en lo personal era imposible de alcanzar, el de la perfección espiritual sin atenuantes. Si yo ignoraba por completo y con indiferencia suicida qué pensaba ella de mí, de la vida, del futuro, ni de nada, también es cierto que tenía desde ya y sigo teniendo grabados a fuego, fascinantes, cada uno de sus gestos y sus modos, la precisión y la parsimonia con que se entregaba al capricho sexual, y como tal la reconozco instantáneamente y de manera esencial en esa casi anciana que coge con su amante en la trastienda de un negocio de cuadrería.

Entonces, me pregunto y vuelvo a preguntarme ¿a qué demonios este aparecer de la nada, como caído del cielo, medio siglo después? La violación de su intimidad por la que pagué dinero que no tengo, me dejó más vacío si fuera posible, y sin saber qué hacer. ¿A qué irrumpir en el universo ordenado que había logrado construir? Había logrado sin duda aquello que es el objetivo de la vida y de lo que yo no había sido capaz de rescatar ni una hilacha: la felicidad. ¿A qué mierda presentarle mi fantasma, exponerle mis miserias, a qué obligarla a lamentar, y hasta hacerla sentir culpable, por poco que fuera, por mis fracasos, únicos frutos

de mis mal paridos esfuerzos? ¿A qué someterla, a ella, que se ve veinte años más joven al espectáculo triste de mi cuerpo, ya descalabrado e impotente? No. Al menos por gratitud por el Edén que me hizo vivir durante años, y que me sirvió de ilusorio sostén a lo largo de mi vida, lo menos que puedo hacer es ahorrarle el espectáculo de mis miserias. Quizá, en los ratos en que me recuerda, me imagina al final de la vida colmado por los frutos de los talentos y las capacidades que ya de muchacho presuntamente me adornaban. Quizá esa imagen mía triunfal la invita a imaginar que esos mis supuestos logros son en alguna medida el producto del magnífico comienzo en la vida que me proporcionó, y quizá esa ilusión es parte de su felicidad. ¿Soy tan malagradecido como para destruirle esa ilusión, que es lo poco que puedo darle? ¿Para qué? ¿Para a cambio darle qué? ¿Y qué ganaría yo con eso? ¿Reencontrarnos al final del arco de la vida produciría algún milagroso restablecimiento de mis potencias, un cambio radical en el signo con que evalúo mi vida? Este es un excelente momento para que el vacío me salte al cuello y me acogote terminando de una buena vez por todas con este lamentable rumiar opciones ya clausuradas hace tiempo, ya inexistentes. Había ya anochecido, volví a dormirme sentado en mi sillón de lectura, como pidiendo a gritos una embolia y el apagón final.

LA DUDA RADICAL

¿Reencontrarnos? Sí. ¡Claro que sí! Para escupirle la cara y para decirle que es culpable del desastre que es mi vida, decirle que sí, que yo acepté la separación, pero que ella la propuso, cosa que yo nunca hubiera hecho. Para decirle que esos hijos que tuvo en la panza y que parió con dolor - porque con el curro de la cesárea a ella no la agarraron, de seguro- debieron ser míos, y que hoy al final de mi vida serían la luz de mis ojos y la esperanza y la alegría de mi corazón. ¡Cuánto más fácil sería morir con ellos a mi lado, como debió de ser! Me robaste una vida digna y me robaste una muerte digna, le diría, y se las regalaste a otro, a cualquiera, a un fulano con guita.

Le diría que ahora entiendo todo, que ya no soy el boludo que no supo dar el ancho en el terreno del deseo. Ya no lo soy, sólo que no lo soy...

cincuenta años tarde. Algo más que demasiado tarde. Ya casi ni somos de este mundo. ¡Lo que le habrá costado abrirme su corazón secreto y ofrecerme su culito, su simple pedirme, casi exigirme que le haga esa cosa tan abominable! ¡Y cuánto le habrá costado violentar todos sus pudores para pedirme que le meara encima! Ella, la impecable, la intachable, pedir la humillación extrema... Eso se llama huevos, no tiene otro nombre, hay que reconocerlo. ¡Qué gigantescos movimientos del espíritu tuvo que haber realizado la chiquilina que era para asumir el deseo de ser meada por su hombrecito, y luego para abrir la boca y decírselo, formularlo, pedirlo! No supe ver, ni intuir siquiera, su grandeza, la idea me resultó tan absurda y lamentable que ni hice un comentario. No dije palabra, como si nada hubiera sido dicho. Como si la perdonara por haberlo dicho, desde mi superioridad y mi arrogancia. No dijo nada, no se quejó por mi abyecto silencio. Nunca más tocó el tema. ¡Lo que debe de haberle costado hacer a un lado mi miserable respuesta y seguir asumiendo su deseo hasta, estoy seguro, en algún momento, realizarlo! Estoy seguro de que en ese mismo acto de cobarde desprecio empezó a tomar la decisión de separarse de mí. Lo comprendo, pero no lo justifico... porque nos amábamos, nuestro amor era puro y duro. Lo sé ahora que sé todas las maneras buenas o malas en que las personas pueden relacionarse. Lo nuestro era único y precioso, no tenía derecho alguno a destruirlo. Y yo fui lo suficientemente imbécil e irresponsable como para aceptar su decisión, inconsciente también del valor de lo que teníamos. Pero yo no decidí la separación. Fue ella.

Algo que debió de ser perfecto, desde el mero comienzo de la vida hasta el final, no lo fue. Porque ella no supo esperar a que madurara, a que me pareciera más a lo que ella quería. Por eso, porque se sabía culpable, fue que amañó, a manera de compensación por el error, a manera de salvación in extremis, el famoso reencuentro al final que El doctor Zhivago le sugirió. Algo que debió de ser perfecto terminó siendo mi primer gran fracaso, tanto más profundo porque no me enteré de que lo era hasta que fue imposible corregirlo. Unos pocos años después, ya bastante desasnado por la vida, no sólo no me hubiera negado a su deseo, sino que lo hubiera disfrutado. ¡Mearle encima al ser más puro, y al que uno ama con todo el corazón... un momento único que nos hubiera unido aún más, y que nos hubiera abierto las puertas a quién sabe qué insólitas delicias! Mi esposa, mi cómplice más allá de los confines del deseo, inimaginable utopía que estuvo al alcance de mi mano y que dejé que se me escurriera entre los

dedos. De las simples y adolescentes escenitas de sadismo sicológico, de cuando la angustiaba hasta las lágrimas anunciándole por cualquier nimiedad que lo nuestro era imposible, cosa que la sumía en las delicias del sufrimiento y la disponía, en un mar de lágrimas y mejillas calientes y coloradas, a satisfacer de inmediato mis caprichos, de ese sadismo sentimental vulgar hubiéramos sido capaces de pasar a goces más sustanciales, quién sabe a qué, más allá de las nalgas azotadas, las mejillas cacheteadas o a las tetas amoratadas por los mordiscos. Y yo hubiera aprendido, claro que sí, a que mi cuerpo fuera también el territorio disponible para sus caprichos. Pudimos haber sido en carne viva el Matrimonio del Cielo y el Infierno, invencibles en la unidad de lo alto y lo bajo, de la beatitud y del placer brutal. Y ahora ¿qué? ¿Reencontrarnos para repasar a total conciencia todo lo que no fue por su fatal impaciencia y mi absoluta cobardía? Estúpida idea. Ya no hay nada para rescatar, nada puede resultar del reencuentro más que llevar el dolor a su expresión más lúcida, más obscena. No dudo que en la vida habrá encontrado los socios más adecuados para sus deseos secretos, como lo encontró para los logros materiales. Ella es verdaderamente audaz, sabe que si los deseos son legítimos y auténticos siempre encuentran su camino. No quiero la compasión en su mirada, compasión por el triste y trivial destino de nuestro amor, un amor puro encallado en la estupidez de la existencia, del que no queda más que el esqueleto barrido por las olas del Tiempo.

...

Pero ¿y qué si joh, milagro! al reencontrarnos lo que viéramos en nuestros ojos fuera el mismo amor puro, insondable, inabarcable y eterno que nos unía de adolescentes? Entonces ¿qué? Tendríamos que reconocer que seguimos unidos, que el lazo que nos unía era indestructible, que nada pudo hacer la estupidez de la existencia para destruirlo, que el amor verdadero puede ser puesto a prueba durante medio siglo en el desierto y se puede volver a él y encontrarlo tan vivo como el primer día. Habríamos arriesgado todo, habríamos perdido todo, pero para recibir lo que pocos reciben: la prueba final del carácter inhumano, extrahumano del amor verdadero. Habríamos perdido el Mundo pero ganado el Cielo.

¿Qué pasaría al volver a mirarnos a los ojos? ¿La puñalada final del vacío y del fracaso? ¿O nuestro pasaje directo a la gloria, sin escalas? Y ¿qué corazón aguanta la dilucidación de esta alternativa? ¡Cuáles no serían las

consecuencias si resultábamos dignos del milagro! La energía regresaría a mi cuerpo, lo repletaría hasta el desborde. Eso sucedería. Porque ¿para qué el milagro de la resurrección sino para volver a caminar? ¿Para qué la prueba de la indestructibilidad del amor verdadero si no para volver a surcar sus aguas profundas y cabalgar sus tormentas? Medio siglo después... seré ya polvo, pero polvo empalmado, será triste mi figura, pero estará mi lanza en ristre otra vez, pronta para la batalla, seco estaré de lágrimas, pero pronto para el desborde de semen y de orina en la garganta amada.

Lo último que se pierde es la esperanza ¿por qué negarme entonces a la posibilidad del milagro? Si vuelvo a sepultar mi verga, renovadamente enhiesta, aunque ya sarmentosa y pellejuda, en lo hondo de su vientre, habrá valido la pena deambular cincuenta años por el desierto.

LA LLAMADA

Si seguía adelante con estas meditaciones delirantes iba a terminar por perder lo que me quedara de cordura. El reencuentro tenía que suceder. En mi infinita miseria nada tenía para perder, y sí todo para ganar. Tampoco ella tenía nada para perder: o bien comprobaba, no sin dolor, porque hasta las cicatrices antiguas duelen, que su intuición había sido certera al separarse de alguien destinado al fracaso, o bien comprobaría, con júbilo irrenunciable, que aquello que de chiquilina la llevó a entregarse sin reservas no fue un error de cálculo sino un vínculo, verdadero, y porque verdadero, eterno. Sí, pero... un vínculo que en definitiva a nada la comprometía tanto tiempo después sino a, cuando mucho, algunas generosidades menores, compensaciones digamos, como para pagar parte de su culpa y, volteando definitivamente la página, seguir adelante con su vida, tan cuidadosamente esculpida en base a sus deseos, merecimientos y necesidades.

Tomé el teléfono y marqué su número. Atendió ella, de inmediato, como si hubiera estado esperando una llamada, aunque no la mía seguramente. Su incambiada voz, esta vez empujada como por una pizca de ansiedad, me sonó, en el estado de delirio en que estaba, como el pasaporte de regreso al Edén. Una vez más me identificaba con su amante: esa ansiedad

no iba dirigida a mí sino a él. Quedé mudo, incapaz de articular una sola palabra, pensando que cualquier palabra que dijera, reconociendo mi voz, la lanzaría al abismo del Tiempo, cincuenta años atrás. No cortó. Si esperaba una llamada de su amante y si pensaba que era su amante el que callaba, no cortar era otro gesto de sumisión: lo reconocía en su silencio y aguardaba, al pie de su silencio, que se manifestara, que manifestara su Voluntad. Tanto duró aquello y tan segura estaba de que era su amante el que callaba, que se atrevió a preguntar:

-¿Estás ahí? -con voz queda y suave, desprovista ahora de aquel tonito de desconfianza tan suyo, una voz blanda y abierta, dispuesta a ser penetrada por la voz del amo.

No dije nada. Pensé que lo mejor era dejar que en el silencio fuera creciendo la sospecha de que pudiera ser otro que llamaba, otro al que pudiera hacérsele un nudo en la garganta de solamente oírla, otro que pudiera ser ¿quién sino yo? Entonces recordé. Con tal nitidez que estuve otra vez en la burbuja, cincuenta años antes. Aunque hubiéramos estado cogiendo por la tarde nos llamábamos por teléfono de noche. No había celulares. La intimidad para hablar por teléfono no existía para ninguno de los dos. Tanto en su casa como en la mía el teléfono estaba puesto en el lugar de más tránsito. De manera que pasábamos ratos interminables sin decir palabra, oyendo el silencio del otro, adivinando lo que el otro estaba pensando. Hasta que me llegaba la voz de su padre pidiéndole que dejara libre el teléfono. Como yo, quizá ella ha reconocido en este silencio aquel otro silencio, y, como iluminándose su mente con la luz implacable de un rejucilo, debe de haber comprendido que el que guardaba silencio era yo. Un matiz inesperado en su silencio me dijo que la sospecha ganaba su espíritu.

-¿Sos vos? -preguntó, más quedamente todavía.

Y en la pregunta, tal como la formuló, adiviné la astucia para evitar comprometerse en el caso de que su intuición de que era yo el que llamaba, estuviera equivocada. Más aun, adiviné, en un matiz casi imperceptible de incredulidad, que durante esos segundos interminables creyó que era yo que la llamaba, pero desde el Edén, desde medio siglo atrás, especie de fantasma que en vez de aparecerse cara a cara prefería llamarla por teléfono.

-Si -dije finalmente con una voz gastada por la vejez que me sonó a mí mismo como exhausta por la tensión y por la tensión, agotada con un agotamiento inmedible, como si hubiera cruzado el Himalaya a pie y descalzo.

Respiró hondo.

-Lo sabía -dijo, de pronto tan tranquila y sin énfasis, como si estuviéramos intercambiando chismes, trivialidades.

¿Sabía que era yo? ¿o sea que lo esperaba? Mi corazón, que venía a mil, dio un vuelco y se enlenteció tanto como si fuera a detenerse, con cada latido parecía irse agrandando, como para ocuparme todo el pecho sin dejarme respirar. Mi emoción era tal que me asesinaba mi propio corazón.

-¿Cómo lo sabías? -pregunté sin necesidad: hubiera sido imposible que ella se olvidara de su propia profecía.

-Te dije que así sería -musitó segura, casi risueña, triunfal, era el tonito que le salía siempre que quedaba demostrado que tenía razón. Adiviné en su rostro la sonrisita dizque misteriosa a la que recurría para sugerir que ciertos poderes estaban de su lado, sonrisita que, por cierto, al necio que yo era no dejaba de irritarlo. ¡Era ella, la misma, en plena segunda adolescencia! Sus poses de misteriosa habían sido siempre ingenuas y, por consiguiente, encantadoras, para cualquiera que no estuviera forrado de soberbia

Así pues, lo cierto era que ella había estado esperando que apareciera en el horizonte el momento mágico, mágico para los que entienden la verdadera magia, que le daría sentido a todo y que restituiría todo lo restituible: el momento del reencuentro al final del camino de la vida. Y esta espera ¿era nomás una manera de entretener los largos días de la tercera edad, o era la consecuencia de haber comprendido en algún momento, temprano o tarde en su vida, que la separación había sido un error? ¿Y qué, y en qué medida se imaginaba que podía sernos restituido algo de lo que habíamos perdido?

-No puedo creer que seas vos. Te estuve buscando -dijo entonces, y mi corazón terminó de detenerse. ¡Si por lo menos hubiera tenido lágrimas para desahogarme, para apaciguar la emoción que me tenía agarrotado el corazón!

-¿Cuándo? -pregunté, temiendo que hubiera sido temprano en nuestras vidas, cuando aún era posible enderezar el entuerto.

-Hace un par de años. Tuve gente buscándote. Pensé que te habías ido a otro país. O algo peor. Meses te buscaron. Es... maravilloso que estés ahí, y que me hayas llamado -dijo, utilizando un adjetivo que, estoy seguro, nunca antes le había oído utilizar. Para ella todo era congruente y lógico o incongruente e ilógico, y nada merecía un adjetivo semejante. Al menos no hasta ahora, hasta nuestro reencuentro.

-Lamento que no me encontraras... Es que no soy fácil de encontrar -dije, y estuve a punto de agregar que, en realidad, socialmente soy transparente, o invisible, porque no soy nada ni soy nadie. Pero no podía desde ya empezar a llorarle mis miserias.

-Tenemos que vernos -dijo con otro de sus tonitos, el que indicaba que tenía planes muy precisos, y sentí intactos en ella toda su energía y su optimismo. Sentí que yo no, pero ella sí era capaz de sacar de nuestras vidas, a puntapiés, ese medio siglo equivocado. Como yo no decía una palabra, preguntó:- ¿A vos te parece que podríamos no encontrarnos, saludarnos por teléfono así nomás, y gracias? -lo preguntó con un tono neutro, que bien le conocí, y que significaba que si tenía razones para no vernos tendrían que convencerla también a ella.

-Yo no estoy bien como vos. Vos te ves como si tuvieras veinte años menos y yo como si tuviera veinte años más.

-¿Cómo sabés que yo estoy bien?

-Porque yo también te busqué.

Hubo un silencio que se fue llenando con sus sollozos, queditos, como reprimidos. Alejó un poco el auricular para secarse los mocos.

-No importa cómo estés. Necesito verte -dijo, firme-. Yo voy a hacer que te veas mejor -dijo, decidida:- Además ¿para qué me llamaste si no querías que nos viéramos?

-Impresentable me siento... Pero ¿podía no llamarte teniendo tu teléfono? De sólo oír tu voz me siento mejor.

-¿Contrataste un investigador? -preguntó y también este tonito se lo reconocí, lo recordé: le gustaba, la enorgullecía que lo hubiera hecho-: ¿Y por qué quisiste ubicarme?

-Porque de pronto empecé a recordar lo nuestro con una nitidez tremenda. Cada día recordaba más lo que vivimos y que yo llamo Edén...

-¿Edén?

-Sí, Edén... el paraíso primigenio.

Calló, oí, queditos, sus sollozos.

-Sí, Edén, tenés razón... eso era... -balbuceó.

-De pronto empecé a recordar, con una lucidez terrible, que me lastimaba... Y me daba cuenta de una manera lo ignorante y lo soberbio que había sido.

Nuevamente sollozos, casi en silencio.

-No, no era así, vos eras bueno como un ángel. Yo era la ignorante y la soberbia... -musitó casi sin voz.

Hubiera querido poder llorar con ella. Reducidos a voces y silencios éramos otra vez aquellos adolescentes que se abrazaban y devoraban a besos, mezclando sus lágrimas en alguna de las tantas reconciliaciones a que nos forzaban mis actitudes desaprensivas, vagamente sádicas, que ella padecía y gozaba sin límites ni resistencias.

-No podemos hablar así. No estoy sola, no quiero que me oigan. Vamos a vernos -decretó, resurgiendo firme de entre sus mocos y lágrimas. Sin duda que, a la misma edad, estaba mucho más jugosa que yo.

Le di mi dirección y fijamos la hora un par de días más adelante, lo que me daba tiempo para emprolijarme y emprolijar el apartamento, que no era un chiquero pero lo parecía. Algo finalmente sucedía en la eternidad vacía de mis días. Me sentía como la novia que se prepara lo mejor que puede porque van a venir a buscarla para llevarla al altar. De Irina fluía la asertividad y la energía que podían darle un sentido al final y, retrospectivamente, al conjunto de mi, de nuestras vidas.

...

A Sabrina le pedí, por primera vez, que se esmerara, que hiciera una limpieza completa y a fondo ya que mi novia vendría por primera vez a visitarme. ¡Para qué se lo dije...! Se le despertó, hecho una furia, el amor propio. Se puso a trabajar maldiciendo en voz baja, como si la hubiera acusado de robar.

-Y yo que lo creía todo un caballero... yo que... -murmuraba entre dientes, y mejor que no dijo ella qué. Actuaba como si la hubiera estado engañando para sacarle quién sabe qué.

Cada vez que tenía que cerrar una puerta la hacía sonar, para recordarme la injusticia en que había incurrido. Lo cual no me impidió irle detrás supervisando que no quedara detalle sin repasar. Después llamé a Franklin, mi peluquero. Ya no se queja de que lo llamo cuando estoy peludo como un cavernícola y con la barba tocándome el pecho. Le pedí que me aplicara todo su arte porque se trataba de una cita sentimental. Franklin, que es gay y mayor que yo, sigue muy activo en el terreno sentimental, se emocionó con mis novedades y me descargó una tanda de anécdotas picantes y de epifanías con que la vida seguía premiando a su generoso corazón. Quedé convencido de que no hay como el oficio de peluquero para ligar.

No me da empacho decir que, llegado el día fausto o aciago -la moneda estaba en el aire-, me retaqué de pastillas azules, más allá de cualquier prescripción razonable y a riesgo de terminar en la Emergencia, decidido - si las circunstancias eran propicias- a forzar algún milagro, aun cuando experiencias anteriores hubieran resultado por completo inconducentes. Un par de horas antes de la fijada ya estaba yo de punta en blanco, hediendo a fragancias varoniles y contando los minutos. Por teléfono me pareció que Irina estaba quizá un poco menos lacónica, pero sé que, en lo esencial, la gente cambia muy poco a lo largo de la vida. En el fondo esperaba tan solo que fuera capaz de decirme abiertamente que se había equivocado al pedirme la separación, y yo, por supuesto, aceptaría que me había equivocado al aceptarla. Pero ¿tenía sentido hablar del pasado, saldar cuentas? Me sentía tan eufórico que había empezado a pensar que lo que nos quedara de vida, diez años, pongamos, era una enormidad de tiempo, en el que podíamos llegar a ser tan felices como estuviéramos destinados a serlo. Por mi parte me juré no incurrir en el relato de las miserias, fracasos y frustraciones que resumía el medio siglo de

separación. De nada serviría confirmarle que su intuición respecto de lo poco que de mi arrogancia podía esperarse, era correcta, y que, en términos de lograr sus objetivos, materiales y no materiales, la decisión de alejarse de mí había sido la correcta. El reencuentro, fugaz o definitivo, debería, al margen de laberintos de palabras y de malentendidos, suceder en el plano de lo sagrado, de lo numénico, de lo edénico, en el plano de la pura presencia, de la pura luz, de la pura piel. Volveríamos a ser los mismos, recuperaría la potencia, reviviríamos la cópula eterna de los años del Edén. En este estado de exaltación y de fe recorrí los últimos minutos que nos separaban.

EL EDÉN RECUPERADO

Finalmente llegó la hora, y ni un minuto antes ni uno después, sonó el timbre de mi puerta. Caminé hasta la puerta apoyándome en mi bastón - de tipo canadiense, con tres patas para mayor estabilidad. Abrí y allí estaba ella, la ratoncita, opulenta con un fantástico abrigo de pieles, sus lentes oscuros, como una celebridad de incógnito, y las manos cargadas de joyas. Quedé como congelado por un soplo de Eternidad, sin habla para decirle que entrara. Se sacó los lentes y me sonrió, evidentemente feliz con el efecto que su presentación me había causado. Era ella, celestial e incambiada, disfrazada de dama opulenta, y, lo juro ¡que me aspen si miento! el shock de su presencia real lo recibí directamente en el miembro, tal y como cuando de adolescente, a las tres de la tarde, ella me abría la puerta dándome paso al Edén -aunque, se comprenderá, sin aquella erección instantánea, completa y plena. El túnel del Tiempo revelado y expuesto. En un extremo nosotros guachitos, guapos, inteligentes y frescos. Ella abriendo la puerta y escondiendo la mirada pudorosamente. Sabíamos de qué iría apenas cerrara la puerta. En el otro extremo somos los mismos, idénticos, sólo que disfrazados de viejos. La mirada es la misma y dice lo mismo. Enfrentados, comparece de inmediato lo que somos esencialmente, más allá de la piel y del Tiempo, lo que seremos mañana, cuando en el Cielo estemos juntos por toda la Eternidad. Estoy sin aliento, como si de respirar, la magia fuera a hacerse añicos, como una burbuja de cristal demasiado grande y demasiado delicada.

Irina cruza el umbral y cierro la puerta. Avanza parsimoniosamente y luego se detiene en medio de la sala y se vuelve hacia mí. Sonríe suavemente, apenas, a su manera, que es como si hubiera aprendido a hacerlo mirando a la Gioconda. Pero detecto la ansiedad en su mirada. La leo con la misma facilidad con que la leía medio siglo atrás. No se ha perdido en el olvido ni uno solo de los matices, ni uno solo de los códigos de su expresión. Hay ansiedad porque se pregunta si detrás de la fachada en ruinas, soy exactamente el mismo que amó, o en qué he devenido, y en ese caso, si podrá seguir amándome. En mi mente sólo hay la conciencia de que estamos solos y a puertas cerradas, como en el Edén, la conciencia de que mi sexo me envía señales inequívocas, y la pregunta de si también su cuerpo le envía señales inequívocas.

Nuestras miradas se encuentran y su sonrisa se desvanece. Ella también de pronto ha tomado conciencia. Como un verdadero reflejo pavloviano a ambos el mandato nos baja, inapelable: en esta situación no podemos sino ceder al deseo. Porque el deseo está ahí, en mí y en ella, idéntico en el dulce embotamiento, en el aflojamiento del cuerpo, en la saliva que fluye, en los pulmones que piden más aire, en la piel seca de las manos, que inesperadamente se humedece, en las contracciones musculares ahí abajo, en la zona sagrada. No hace falta ni que nos lo digamos. Ambos sabemos, porque siempre fue así... Lentamente, como en un sueño, o como si caminara por el fondo del mar cubro la distancia que nos separa. Ahora sí veo en su rostro las arruguitas, finas como cabellos. Pero no junto a los ojos, allí se ha operado. No me sorprende. Abre su abrigo para darme acceso a la delgadez de su cuerpo. Dejo el bastón y con ambas manos le tomo la cintura, luego recorro su torso, todo seda natural, contándole las costillas, como siempre hice, hasta llegar a las axilas y entonces, como hacía a menudo, porque sabía cuánto placer le daba, la atraigo contra mi pecho, con las fuerzas que aún no me fallan, hasta que nuestros labios se rozan. Incapaces de decir una palabra, fascinados por la repetición perfecta de nuestros gestos más íntimos, nos besamos con avidez retenida, con ávida delicadeza. El milagro entonces se consuma y somos aquellos, sin sombra de duda, borrada toda distancia, toda frontera y toda diferencia. Nada hemos perdido, el abismo de tiempo absurdo queda abolido. Somos los mismos y nuestro disfraz de viejos sólo puede hacernos más bellos. La divinidad que se ocupa de los asuntos del Amor

nos ha perdonado, in extremis, al final del Arco Iris. Hemos bebido la Vida Eterna en los labios del otro.

-Mi amor... -musita, y se desabotona la blusa, con urgencia, de pronto quiere mostrarme los pechos, que los toque. Antes, nunca. Más bien me los negaba. Decía que tenía las tetas chiquitas, como de nena. Ahora desliza la blusa sobre sus hombros, desliza también los breteles del sostén, y me las muestra. Son bellísimas. Ha amamantado, sin duda, y quién sabe qué más se ha hecho, y le han quedado unas tetas preciosas, redondas y firmes, ni grandes ni chicas, del tamaño de unas manzanas generosas. Me toma una mano y la pone encima de un pecho. Lo palpo, lo sostengo en la palma de la mano. Me mira hacer, luego me mira a los ojos. Como un niño que ofrece en prenda de amistad su juguete preferido, ella me ofrece las tetas que nunca conocí, increíblemente jóvenes y perfectas. Las sostengo con ambas manos y las oprimo dulcemente, son como dos animalitos fragilísimos, blanquísimos y adornados con sutiles trazas azuladas. Una de sus manos baja y se posa sobre el frente de mi pantalón, y lo que encuentra a mí me sorprende y a ella la llena de ternura, a punto tal que me parece como si fuera a llorar por la emoción. ¿Quizá pensó que me encontraría ya claudicante, sin capacidad para desear, sin energía para la cópula, sin semen para darle a tragar? ¿Pensó que tendría que recurrir a trucos, a magia, a alquimia, a química, a remedios caseros, recursos todos estos que sin duda ella conocía muy bien puesto que con ellos daba seguramente servicio a su marido? Tenía razón si temía encontrarme ya inoperante, lo que no sabía, porque ni yo lo sabía, era que bastaría con su sola presencia, con bañarme en su aura, para devolverme la savia perdida.

Ella, Dios la bendiga porque es la misma, sin fallas, ella no puso por delante las palabras, las explicaciones ni el duelo por la pérdida, sino que puso por delante la piel, aquello que nos unía por sobre todas las cosas en las tardes del Edén, aquello a través de lo cual se expresaba nuestro amor: la piel, el deseo, la cópula. Se sentó en medio del sofá grande y atrayéndome a su lado bajó el cierre de mi pantalón. Extrajo el miembro, a medias tumefacto, desnudó el glande, lo tocó con la punta de la lengua, y lo olió, como queriendo reconocer sabores y olores, y después, como dando por bueno el test de reconocimiento, lo alojó en la tibieza de su boca. Lo acarició con toda la boca. Junté mis manos en su nuca. Ni una cana, ni una raíz canosa. Un teñido perfecto. Sentí el deseo de irrumpirla,

de soltarle el semen en la boca para sentirme tragado por ella. Pero no era eso lo que seguía en la agenda de Irina.

-Sentirte dentro -balbuceó hablando como indio de cómic.

A esta altura yo tenía mi flaca, pellejuda, quijotesca verga por completo desplegada y vibrando. Irina se paró, se dio la vuelta y se arrodilló sobre el sofá, se subió la falda y el viso hasta la cintura. Repetíamos nuestras coreografías más íntimas... Llevaba una gran bombacha blanca de algodón, lo que se acostumbra llamar un calzón de vieja, pero que en realidad era idéntica a las que llevaba de adolescente. Se bajó la bombacha, mostrándome las nalgas, blancas y redondas como una gran luna. Comer un poco de más a esta edad da resultado no sólo para las arrugas de la cara. Recorrí con un dedo el canal, separando los labios. Estaba mojada. No tanto como cuando en el Edén, al retirar el dedo, colgaba un hilo de baba. Quizá esta humedad ni siquiera era natural. Quizá estaba allí sólo para testimoniar la intensidad de su deseo. Con eso me bastaba. Miré su cuerpo abierto para mí. Los labios de su sexo ya no eran delgados y rosados. Me vinieron lágrimas a los ojos, aunque no llegaron a rodar por mis mejillas. Inestable como quedo sin mi bastón, igual llegué a poner una rodilla en tierra. Separé las nalgas y con la lengua, rindiéndole un homenaje inédito en nuestro repertorio, recorrí desde el clítoris hasta el culo. El aroma dulzón y picante me llegó hasta el alma. Se estremeció y de sus labios escaparon suspiros.

-No... -suspiró, ganada por un pudor que sólo la invadía porque era yo quien la abría, su novio adolescente.

Adiviné en sus suspiros una mezcla de placer y llanto mudo. Me paré y con torpeza un poco temblorosa, quise penetrarla. Tuve que afinar la puntería. Cerré los ojos. El túnel del tiempo. Allí y entonces, y aquí y ahora. Unidos en un apareamiento total, mucho más allá de la piel.

-Mi amor -dijo con una emoción en la voz que no le conocía.

Su sexo ya no era la conchita apretada de una adolescente apenas estrenada, pero no menos sentí que, hundido en ella, había regresado a casa. Me incliné hacia adelante y atrapé sus tetas con mis dedos sarmentosos. Culeaba ella, removiendo la verga en lo profundo. Me puse a cogerla alegremente, como si tuviera veinte años y pudiera controlarme tanto como quisiera. No era así. Pronto sentí que estaba por acabar, y ella,

con la sensibilidad mágica que tenía en la vagina, al menos para mi verga, sintió que me iba.

-Sí, venite... -susurró, intensificando su culeo hasta el descontrol.

En ese momento caí en la cuenta de que, por primera vez, podía acabarle en la concha. Me solté, pero ella se vino primero, gritando de placer, pero con la boca cerrada, y girando cuanto pudo la cabeza como para que le viera la cara. Cosa que no pude gozar completamente porque caí en el apagón. Por el tallo me bajó lo que me parecía una gran bola de semen, tan tremenda como no me recordaba haber producido jamás

-Mi amor -dije en el momento de vaciar en su vagina el mucho o poco semen que tuviera. Ni por un segundo pensé en lo infértil que era ya su cuerpo, y quizá también el mío, ni pensé en el marido que la preñara, ni en su amante, el enmarcador, que hacía con ella lo que se le antojaba, ni en el medio siglo perdido. Nada había más que la maravilla de estar cogiéndola otra vez. Mi vida se me apareció como un páramo interminable, que tuve que cruzar como castigo y como enseñanza, para volver a estar con ella, para poder volver al comienzo. Su cuerpo era el hogar de mi cuerpo, y pensé que lo único que le podía pedir a la vida, que había sido tan avara conmigo, era que, cuando me llegara la hora de la muerte, estuviera así, clavado en ella. Sentí, y supe, como si pudiera leer su mente, que ella sentía de la misma manera. Estoy seguro de que, en estos segundos de Edén recuperado mientras mi verga aún rígida seguía guardada en su vagina, ella sabía que esto era aquello a lo que nunca debimos de haber renunciado. Pero no lo sentía con la tristeza de lo perdido sino con la alegría de lo recuperado. El problema ahora es qué hacemos con esto, con lo que queda, con el cuerpo del otro como hogar y con los años que nos quedan de vida. Años digo porque el amor nos vuelve optimista, aunque sé muy bien, como ella lo sabe, que, a partir de cierta edad, que ya superamos, en cualquier momento podemos ser llamados a rendir las cuentas finales.

...

Nos sentamos en el sofá, muy juntos. Se inclina sobre mi vientre, toma en su boca la verga ya a duras penas tumefacta, y la chupa, con un amor recuperado, intacto. Ya no tenía ninguna duda: el Tiempo no había sido capaz de erosionar nuestro amor.

-Yo lo sabía antes de venir -dijo, como si hubiera seguido el hilo de mis pensamientos, mientras guardaba la maravilla recuperada y cerraba el tabernáculo-: Es más, lo sabía antes de que me llamaras. Mientras te buscaba, no sé si hace ya dos o tres años, pensaba que si mi amor estaba intacto, entonces el tuyo también lo estaría.

Mirándome a los ojos adivinaba lo que yo pensaba.

-Te preguntás por qué no pensé antes que nuestro amor estaba intacto. Al principio no podía pensar en vos, porque me dolía demasiado. Después porque me lo impedía mi familia. Amo a mi familia y soy incapaz de hacerles daño... Cuando pensaba en nosotros lo que sentía era un dolor insoportable. Durante mucho tiempo lo único que era capaz de pensar era que todo estaba perdido para siempre, que era imposible dar marcha atrás, corregir el error. Hasta que un día recordé que nos habíamos prometido volver a vernos al final de la vida. Era lo que necesitaba para salirme del dolor y ponerme a buscarte.

-También yo lo recordé, pero lo recordé como una profecía tuya, y también a mí me decidió a buscarte.

-Unas palabras que dije un poco al azar... nos salvaron... -balbuceó, y nos abrazamos, ganados una vez más por la emoción.

Me miró a los ojos, con la determinación más absoluta en la mirada.

-Pero no quiero recordar, no quiero saber cómo fue tu vida ni quiero contarte cómo fue la mía. Quiero que hagamos como si nunca nos hubiéramos separado. Si ya no nos podemos proyectar en el futuro, tampoco nos vamos a proyectar en el pasado. Lo que importa es que aún estamos vivos. Vivamos ahora. Cada día juntos anula todos los errores del pasado y realiza todos los futuros imposibles.

Así habló, clara y concisa, como siempre lo hizo de muchachos, como me fascinaba que lo hiciera sin que supiera en realidad escuchar lo que decía. Y me miraba a los ojos preguntándome sin palabras si estaba dispuesto al desafío final, con nuestras vidas como premio, o si le iba a decir, con espantosa resignación, a la que ella no quería ceder, que nadie puede vivir fuera del Pasado y del Futuro, fuera del Tiempo. Comprendí la diferencia entre aquella Irina y esta: en esta la dulce fragilidad por detrás de la apariencia de seguridad, ya no existía. Esta Irina era como la roca que enfrenta al mar por toda la eternidad. Me pregunté qué de nuevo vería

ella en mí ¿la tendencia irresistible a llorar mis miserias? No. Así me dejaría otra vez. Tenía por lo menos que ser tan soberbio y petulante como el adolescente que ella amaba. Sí, en todo había fracasado, pero aún podía comportarme como un príncipe sin corona. Si ella me amaba aceptaría ese personaje.

-Sin Pasado, sin Futuro -dije, y sentí cómo el personaje se adueñaba de mí y me quedaba tan cómodo como hecho a medida.

-Somos jóvenes todavía -dijo, y de pronto la vi como la diosa capaz de dominar a todos los elementos de la creación: agua, tierra, fuego y aire, pero también a los poderes superiores, el Espacio y el Tiempo. Éramos, pues, jóvenes, porque ella lo había decidido. No se preguntaba para qué nos habíamos reencontrado ni cuáles serían las catástrofes que nos amenazarían por habernos reencontrado. Era infinitamente poderosa y había tomado nuestro destino en sus manos.

-No sabemos cuántos años nos quedan por delante -dije, inspirado por su resolución-, ni nos importa. Somos jóvenes.

-Exacto -dijo y sus ojos brillaron como con la convicción de que yo había devenido Príncipe de mi Vida, tanto como ella.

Sentí que el aire era más fino, más puro, que mi cuerpo vencido me pesaba menos. Como el inválido milagrosamente curado sentí que podía lanzar al aire mi bastón, porque la fuerza regresaba a mis piernas. ¿Qué milagros no podría ella obrar en mi cuerpo si su mera presencia había bastado para que mi verga erectara otra vez después de años de someterse a la decadencia?

-¿Estás solo? -preguntó.

Afirmé con la cabeza, incapaz de generar sonido alguno mi garganta, estrangulada por la emoción.

-Yo no -dijo, seria-. Y no puedo destruir lo que construí, hiriendo a los demás. Pero podemos ir a donde queramos, podemos viajar, puedo venir aquí todos los días, durante horas. Tendré dos casas. Pero en mi corazón seré sólo tuya.

Calló. Esperó inútilmente que yo dijera algo. ¿Qué podía decir? ¿Gracias, mi amor, por devolverme la vida? No. No esperaba eso de mí. No era una

respuesta principesca. Mejor respuesta era el silencio con el que parecía exigirle más.

-Nos amamos como siempre lo hicimos, desde que te sentaste a mi lado en el ómnibus -dijo.

-Antes -corregí.

-Sí, antes, desde que nos vimos de reojo en la plaza mientras nos despedíamos de nuestras madres, antes de subir al ómnibus.

-Antes.

Calló, sitiada por mi memoria. Pero recordó.

-Desde la reunión preparatoria del viaje. Pero allí vos me viste, yo no te vi, porque vos y tu madre se sentaron en el fondo del salón.

-Antes -dije.

Sonrió. La dejé anticiparse y paladear su victoria unos segundos antes de consumarla. Su sonrisa se acentuó.

-Sí, antes, desde que fue creado el Universo -dijo, triunfando sobre mi insistencia.

Nos abrazamos. Su cuerpo delgado, como antes, como siempre, se abandonó contra el mío. Comprendí cuánto había extrañado esta blandura con que se abandonaba contra mi cuerpo.

-No -dije.

-No ¿qué? -preguntó.

-Nunca más separarnos -dije.

-Aquel día que te dije que debíamos separarnos y vos aceptaste, aquel día que pensamos que la vida nos ofrecería cosas mejores que las que teníamos teniéndonos, ese día, nunca existió -dijo, suavemente, sin énfasis, como agotada por las emociones.

-Sí existió. Ese día es hoy. Y lo que decidimos no es separarnos sino estar juntos hasta el final -dije.

-Y cuando llegue el final nos iremos juntos, con la alegría del final perfecto, bien cumplido, corregido hasta el mínimo defecto -dijo tomándose de las manos.

-En México una mujer indígena, de pueblito, me dijo: A la muerte nomás hay que dejarle los huesitos -recordé.

Sonrió con una sonrisa ancha y satisfecha.

-Ese va a ser nuestro lema -dijo.

Nos miramos, sin tensión ya, relajados, con todo acordado, como dos que acaban de casarse.

-Nuestras vidas hubieran sido mejores si no nos hubiéramos separado nunca -dijo ella, o dije yo-, pero no hubieran sido mejores que lo que serán ahora, cumplido este juramento, más sólido que la alianza de Yahvé con Israel.

Desaparecieron de mi pecho toda la tristeza y toda la angustia que allí habían anidado durante tantos años. Muy tranquilamente, seguro de que ella tendría la respuesta perfecta, pregunté:

-¿Y tu marido?

-Es una persona sensata, me quiere y me respeta, sabe que somos incapaces de hacernos daño mutuamente y hace mucho que no nos hacemos preguntas que puedan resultar molestas.

-¿Y tu amante? -pregunté sin malicia alguna.

-Ya no lo hay. Corté el día que me llamaste.

La abracé y me devolvió el abrazo.

-¿Satisfecho el señor? -preguntó.

-Satisfecho.

-Tu casa es fría, y húmeda -dijo entonces.

-Tengo que ahorrar en calefacción.

-Ya no. Yo tengo todo lo que nos haga falta. Si esta es la casa de nuestro amor voy a hacerla habitable. Y tus piernas van a volver a ser fuertes.

Me arropaba no solo con su amor sino además con su dinero y con su saber médico.

-Si conseguiste que mi sexo volviera a erguirse para vos, no hay nada que no puedas hacer -dije entre burlón y convencido.

-Nunca en los infinitos días que estuvimos juntos dejaste de desearme -dijo-. De hecho nunca, ni un solo día dejamos de hacer el amor. ¿Por qué no habrías de desearme ahora?

-Y vos siempre estuviste mojada cuando te toqué.

-Siempre, desde antes de que llegaras a casa, y después de irte. Ahora mismo... -dijo, y mientras con una mano se subía la ropa hasta el pubis, con la otra tomó mi mano y la llevó a su entrepierna. Toqué la piel suave, dulce y húmeda-. Sólo que ahora estoy doblemente mojada: porque te deseo y porque todavía tengo tu semen -dijo, con voz y sonrisa inesperadamente pícaras.

Separé con los dedos los labios de su sexo y busqué la boquita. Bajó la cremallera de mi pantalón. Increíble, instantáneamente pronta, la erección saltó, como un bicho traidor y desbocado. La atrapó con la boca y sentí que no había nada que temer, que aquella, mi nueva erección era irrevocable. Montó sobre mi vientre, penetrándose. Nos besamos en la boca, húmedos los labios, deliciosa la saliva. Me cabalgó directamente en busca del orgasmo. Cuando sintió que se iba se apartó un poco para que pudiera ver en su rostro la dulce tormenta del orgasmo. Supe que aquello era una agenda, que debíamos levantar una por una las inhibiciones, todo lo que por pudor o por estupidez no nos habíamos dado. Finalmente abrió los ojos, su voz me suena tan amorosa como nunca, y me derrite.

-¿Lo viste? ¿Me viste acabar?

-Te vi acabar. Vi la expresión de tu rostro... en éxtasis.

-¿Me veía fea?

-Te veías celestial, o sea, a la vez horrible, impúdica, obscena.

En sus ojos vi la alarma. Y su ceño se frunció.

-Hermosa como una diosa -aclaré.

Sonrió y su rostro me mostró ahora, fugazmente, la ingenuidad de su lascivia.

-Ahora quiero beber tu semen.

Desmontó y se arrodilló entre mis pies, atrapó la verga por el tallo y se la llevó a la boca. Chupó y mamó hasta llevarme hasta la meseta más alta.

Entonces me masturbó tocándome apenas con la yema de los dedos, con la delicadeza con la que se masturba a un ángel. Se pasó la punta de la lengua por los labios. Abrió la boca con la lengua afuera, bien cerca del glande, dispuesta a recibir los disparos.

-Mi amor -dijo con voz mimosa e introdujo la cabeza en su boca en el momento mismo en que soltaba una acabada breve y más bien acuosa, pero tan intensa como si en ella me fuera la vida. Siguió mamando hasta que la verga, gustosamente, se convirtió en gusano. Nos sumergimos en el estanque de las miradas.

-Nunca fuiste sino mía -dije-. Y nunca fui sino tuyo.

Se sentó a mi lado y, abrazados, nos fuimos dejando ganar por la modorra y después por el sueño. Cuando desperté era noche avanzada. Estaba acostado en el sofá y ella me había sacado los zapatos y me había cubierto con una manta. Se había ido. Todo me parecía tan increíble que por un momento pensé que había sido un sueño, el mejor sueño de mi vida, pero no más que un sueño. Había encima de la mesa una nota escrita con su letra pequeña, redondita y perfectamente pareja. Decía: “Estuve tomando nota de todo lo que tu casa necesita para hacerla habitable de acuerdo con mis estándares. Mañana por la mañana van a empezar a llegar los proveedores. Sólo tenés que abrirles, llevan instrucciones precisas. Vuelvo temprano. Mi amor, mi Cielo, mi esposo, mi único hombre”. Así fue como el final de mi vida que parecía condenado a ser un infierno de vacío, soledad y fracaso, se convirtió en una Nueva Vida, hecha sólo de ahora, sin Pasado y sin Futuro. La vida ideal según se me ocurre y si no me equivoco.

.....

ÍNDICE

MANDATO DE BÚSQUEDA

POR VEZ PRIMERA
INVENCION DE UNA ADICCION
LA VOZ Y EL SILENCIO
ELLA YA NO ESTABA ALLI
LA CUADRERIA
EL SABOR DEL RIESGO
MOMENTOS ESTELARES
AGENDA ABIERTA
DESEO DE LO PEOR
TODA UNA DAMA
DESESPERACION
LA DUDA RADICAL
LA LLAMADA
EL EDEN RECUPERADO